

PRIMERA PARTE

**EL GRAN RIFT VALLEY EN ÁFRICA, ENTRE UN MILLÓN Y UN
MILLÓN Y MEDIO DE AÑOS ATRÁS**

Capítulo 1

I

El grito se propagó a través de la desierta sabana. Sobresaltada, Zena se agazapó a los pies de la vetusta acacia a fin de confundirse con el paisaje. Sus manos delataban su sufrimiento, pues no cesaba de frotarse el hinchado abdomen en un vano intento de aplacar las punzadas de hambre. Llevaba varios días sin comer.

El grito de alarma lo había proferido su madre, Tope, que se hallaba encaramada en el árbol. Tope gritó de nuevo y el segundo alarido hizo reaccionar a Zena, quien agarró una rama y trepó hasta la copa de la acacia donde se encontraba su madre. Al mirar hacia abajo vio que una hiena la observaba fijamente, mostrando sus fauces mientras un hilo de saliva se deslizaba por sus labios entreabiertos, dispuestos a devorarla. Zena sintió un escalofrío y se arrió a su madre.

La hiena dio un salto y trató de encaramarse a la acacia. Tope la amenazó con la rama que sostenía, sin dejar de gritar. Cuando el animal saltó de nuevo, Tope le golpeó el morro. La hiena retrocedió entre gemidos y se alejó apresuradamente. Tope la observó hasta que hubo desaparecido.

Zena permaneció atenta a la escena hasta que, debido al agotamiento, sus párpados empezaron a cerrarse. Entonces abrió de nuevo los ojos, temerosa de caer dormida, y contempló el polvoriento horizonte. El calor le nublab a un poco la vista, pero no detectó ningún movimiento, ninguna señal de vida en la tierra pardusca y cuarteada que se extendía ante ella. Antiguamente la estepa aparecía cubierta por gigantescas manadas de animales y kilómetros de pastos, pero Zena lo ignoraba. Lo único que había

visto era algún que otro árbol con sus desnudas ramas elevadas hacia el firmamento como en actitud de súplica y montones de huesos resecos por la acción del sol, un mudo testimonio del poder de la sequía.

De pronto una rama se partió junto a ella, y Zena se sobresaltó. Pero al alzar la vista comprobó que se trataba de su madre, que descendía del árbol con su hijito en los brazos, un bebé de ojos enormes y rostro diminuto.

Tras ordenar a Zena que la siguiera, Tope se dirigió hacia el lecho de un arroyo que había divisado a lo lejos. Lo único que quedaba del arroyo que en otros tiempos serpenteaba a través de la hierba era una profunda grieta sembrada de piedrecitas. Estaba seco, pero a veces debajo de la superficie de esos arroyos encontraban un poco de agua. Tope sabía que sin agua era imposible sobrevivir.

Zena, extenuada debido al hambre, la sed y el calor, no respondió a la llamada de su madre. Tope se volvió y le ordenó de nuevo que la siguiera, un ejercicio que fue repitiendo cada pocos metros. Al fin, al comprobar que su hija permanecía encaramada en el árbol, Tope hizo uso de aquel tono perentorio que la pequeña conocía bien desde que había nacido, seis años atrás. Zena reaccionó. Entre sollozos, bajó del árbol y siguió a Tope.

A medida que Tope escarbaba en el lecho del arroyo, se iba formando un pequeño charco de agua. Zena, imitando a su madre, consiguió tras muchos esfuerzos beber unos sorbos de agua turbia, los suficientes para calmar por el momento su sed.

El resto del día Tope siguió avanzando incansablemente hacia el oeste, guiada por una intuición en la que creía a ciegas. Mientras caminaba, sus ojos hundidos, protegidos del resplandor del sol por una frente protuberante, recorrían el árido paisaje al tiempo que su sensible olfato trataba de detectar algún aroma. Zena imitó a su madre, pero no había nada que ver salvo el fulgor del sol y nada que oler salvo la sequedad del ambiente. La pequeña se lamió los

brazos en un intento de sorber unas gotas de sudor, pero sólo consiguió llenarse la boca de polvo y tierra.

De improviso Tope se abalanzó sobre un pequeño lagarto que se había cruzado en el camino, lo atrapó y lo devoró en un instante. Desconcertado por el brusco movimiento de su madre, el hijito rompió a llorar. Tope lo estrechó contra sus flácidos pechos para que el bebé mamara, pero apenas le quedaba leche y el pequeño continuó llorando.

Al cabo de unos minutos Tope percibió un ruido y se detuvo en seco. Un gigantesco macho la estaba siguiendo, sus pasos sofocados por el seco terreno y los berridos del bebé. Tope lo observó con recelo. No se fiaba de los machos desconocidos. En una ocasión había visto a un macho arrebatarse a un bebé de los brazos de su madre y estamparlo contra el suelo; la escena se le había quedado grabada en la mente.

Zena se ocultó detrás de su madre y observó con temor al intruso. Rara vez tenía ocasión de ver a seres parecidos a ella. Su grupo se había dispersado hacía mucho tiempo, pues en aquella zona afligida por la sequía no había suficiente comida ni agua para todos ellos. El extraño le inspiraba temor. Era casi dos veces más alto que su madre, tenía unos hombros descomunales y su mandíbula y torso estaban cubiertos de pelo negro.

El macho extendió la mano como si quisiera agarrar al bebé. Zena lanzó un grito y retrocedió unos pasos, pero Tope no se inmutó. Estrechando al bebé con fuerza entre sus brazos, se dio media vuelta y presentó su trasero al extraño. El macho la olfateó y extendió de nuevo su musculoso brazo para arrebatarse al bebé. Tope le gritó y volvió a ofrecerle el trasero. El macho la montó y empezó a moverse y a gemir de placer, al igual que Tope. Cuando hubo terminado, el macho se alejó tranquilamente.

Tope esperó hasta cerciorarse de que el intruso no volvería a seguirla y echó a andar de nuevo hacia el oeste. Los débiles rayos de sol que iluminaban el horizonte anunciaban que pronto oscurecería, y Tope estaba ansiosa por hallar un lugar seguro donde

pasar la noche. Pero no vio ni una peña ni un árbol que le ofreciera refugio; sólo encontró unos arbustos cuyas ramas habían sido despojadas de los frutos que solían constituir un opíparo festín anual para Tope y el resto de su grupo. No obstante, las desnudas ramas proporcionaban cierta protección contra los depredadores que rondaban de noche por aquel paraje.

Zena se instaló junto a su madre debajo de los arbustos, nerviosa y asustada. Al poco rato se hizo de noche. La densa oscuridad impedía a Zena distinguir siquiera la silueta de su mano. La pequeña permaneció alerta, tratando de percibir algún sonido sospechoso o unas sigilosas pisadas que la obligaran a emprender la huida. Pero no apareció ningún león ni ningún tigre, y al cabo de unas horas amaneció de nuevo.

En cuanto empezó a clarear, Tope salió de su escondrijo y echó a andar de nuevo. Zena siguió a su madre con pasos torpes, pues tenía las piernas entumecidas y la garganta tan seca que apenas podía respirar. De repente tropezó y cayó de rodillas. Tope la agarró del brazo para ayudarla a incorporarse, pero no lo consiguió y siguió avanzando. Al cabo de un rato Tope llegó a un pequeño terraplén.

Tras trepar por él, Tope se volvió, sosteniendo a su hijito entre los brazos, y llamó a Zena. Al oír el excitado tono de voz de su madre, Zena alzó la cabeza. Tope le indicó que se acercara. Haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, la niña se puso en pie y obedeció a su madre. Cuando alcanzó la cima del terraplén, contempló asombrada un viejo lago en cuyo centro había un pequeño charco de agua.

Pese a la acuciante sed que sentían, madre e hija dudaron unos segundos. Tiempo atrás, los azules lagos de la sabana relucían bajo el sol y proporcionaban agua a todas las criaturas que habitaban aquella zona, aunque ni Tope ni Zena recordaban esos tiempos de esplendor. Para ellas, los secos lagos significaban tan sólo la muerte. Sus vastas y agrietadas superficies estaban sembradas de huesos de animales que habían muerto en un último y desesperado intento de aplacar su sed. El deseo de beber podía resultar fatal.

Los depredadores acechaban tras los matorrales, dispuestos a precipitarse sobre los incautos que se acercaran al lago a beber. Sin embargo, también corrían un gran riesgo: atraídos por la perspectiva de darse un banquete, tanto el cazador como su presa caían con frecuencia en las aguas pantanosas que circundaban el lago.

Tope se acercó con cautela al lago seguida por Zena, deseosa de beber. Pero cuando ésta empezó a hundirse en el lodo se agarró al brazo de su madre, gimiendo de temor. Tope retrocedió unos pasos, arrastrando consigo a su hija. Sus oscuros ojos escrutaron la húmeda tierra y el charco de agua que había en el centro del lago. Luego entregó el bebé a Zena y empezó a escarbar el lodo con sus fuertes dedos. Cuando brotó a la superficie un agua de color pardusco, madre e hija se arrodillaron para beber.

Tras aplacar su sed, Tope escarbó a mayor profundidad primero en un extremo del lago y luego en otro, ayudándose de una rama. De pronto había recordado la imagen de su propia madre realizando la misma operación. Con una mueca en el rostro, Tope metió la mano en uno de los orificios y extrajo unos objetos duros. A continuación los golpeó con una piedra hasta partir el cascarón y se apresuró a engullir el contenido blando y carnoso.

Zena olfateó prudentemente los curiosos objetos que le entregaba su madre; despedían un olor extraño, pero apetitoso. Estaba tan famélica que incluso le dolía la barriga. Tras devolver el bebé a Tope, Zena comenzó a devorar los mejillones hasta que logró mitigar el hambre. Luego cogió una rama y removió el lodo en busca de más comida. Al fin, tras haber conseguido por primera vez en varios meses saciar el apetito y aplacar la sed, Tope y Zena reanudaron su camino.

Durante las semanas siguientes no tuvieron tanta suerte. Cada día representaba un esfuerzo por sobrevivir, por hallar la suficiente comida para mantenerse en pie y el agua suficiente para mantener alejado el delirio que provoca la deshidratación. Las noches eran todavía más duras. Con frecuencia, Tope y su hija pasaban las

largas horas nocturnas acurrucadas en un hoyo poco profundo, sin apenas pegar ojo, siempre pendientes de cada ruido que percibían.

Poco a poco, a medida que avanzaban hacia el oeste, el terreno empezó a cambiar. El suelo estaba sembrado de piedras y la llanura daba paso a unas lomas. Desesperada por hallar un lugar que les ofreciera el medio de subsistir, algún tipo de alimento y refugio por las noches, Tope trepaba hasta la cima de cada loma para examinar el paisaje que se abría a sus pies. Al fin, una tarde su perseverancia se vio recompensada. Desde lo alto de una loma Tope divisó unos peñascos lo suficientemente grandes para ofrecerles cobijo; más allá, una pendiente conducía hasta el lecho de un viejo río, donde Tope supuso que hallarían comida. A lo lejos, divisó la tenue silueta de unas montañas. De forma instintiva Tope comprendió que donde había montañas debía haber agua. Y donde había agua había vida.

Entusiasmada por el descubrimiento, Tope echó a correr. Pero al aproximarse a las peñas redujo el paso, manteniendo a Zena a sus espaldas, y echó un vistazo a su alrededor. Tope sabía que en estos lugares rocosos habitaban numerosos depredadores. Al fin, tras comprobar que no les acechaba ningún peligro inmediato, se acercó con cautela y olisqueó las piedras. Su olfato le indicaba a qué clase de animal pertenecía un determinado olor, y si éste representaba un peligro.

Al acercarse a dos peñas, Tope notó que la atmósfera estaba impregnada de un olor fuerte y penetrante y retrocedió sobresaltada. El olor le resultaba familiar pero no por ello dejaba de alarmarla, pues indicaba que en aquel lugar había vivido un tigre. Tope llamó a Zena y empezó a investigar una pequeña abertura que se hallaba en el otro extremo de los peñascos. Al acercarse no la asaltó ningún olor sospechoso y Tope penetró en la abertura, indicando a su hija que la siguiera. Zena olfateó las piedras, tal como había hecho su madre, para retener el aroma del depredador y luego siguió a su madre a través de la angosta abertura.

Ante Tope y Zena se abría un espacio oscuro y cavernoso. Los muros de las rocas proporcionaban una agradable sensación de

frescor. Zena se agazapó en un rincón y observó a su madre mientras ésta examinaba unos huesos que yacían diseminados por el suelo de la cueva. Eran antiguos y no despedían ningún olor. Madre e hija se tumbaron en el suelo. Ninguna otra criatura vivía allí, y ningún animal de mayor tamaño que ellas podía penetrar en su refugio. Al fin habían dado con un lugar seguro donde dormir.

II

Zena se despertó al oír un ruido extraño, una especie de tamborileo sobre las rocas. El aire tenía un olor extraño, ligeramente acre, y los muros de la cueva estaban húmedos. Aquello sorprendió a Zena, pues jamás había contemplado unas rocas cubiertas de humedad; no obstante, se sintió aliviada. El lecho del río contenía agua, pero debían escarbar a gran profundidad para hallarla. Zena comenzó a lamer los muros de las rocas, describiendo con la lengua un amplio arco sobre la áspera superficie.

De golpe advirtió que estaba sola. Sin embargo aún percibía el olor tranquilizador de su madre y de su hermano, así que decidió explorar con los dedos las grietas y orificios de la roca en busca de comida. Hacía ya casi un año que vivían allí y Zena conocía todos los lugares donde se escondían los gusanos y las cucarachas. Al cabo de un rato descubrió unas jugosas semillas. Tras devorarlas rápidamente, se relamió de satisfacción.

De pronto apareció una serpiente, cuyo reposo había interrumpido Zena con sus exploraciones, y ésta retrocedió al tiempo que lanzaba un grito de terror. El reptil la observó con aire amenazador y se ocultó de nuevo debajo de la roca.

Asustada por la presencia de la serpiente, Zena asomó la cabeza por la abertura de la cueva en busca de su madre. El olor acre y penetrante era más fuerte en el exterior y Zena notó que le

caían unas gotas sobre el rostro. Desconcertada por aquellos extraños acontecimientos, comenzó a gemir. Sin embargo, los deseos de hallar a su madre eran más fuertes que su temor y la pequeña salió de la cueva.

De inmediato le empezaron a resbalar unas gruesas gotas por el rostro, los brazos y la espalda. Zena sacudió la cabeza y los brazos, pero no tardó en quedar empapada. Perpleja, alzó la vista. Nunca había visto caer unas gotas del cielo, y aún más alarmante resultaba la ausencia de sol. Zena estaba acostumbrada a ver cómo los rayos solares se extendían a cada rincón del paisaje. Ahora el sol había desaparecido por completo y hacía un día triste y gris.

Zena lanzó otro gemido de angustia, esta vez más fuerte. Su madre respondió desde el lecho seco del río, que trazaba una amplia, profunda y tortuosa senda a través del terreno. Tope se hallaba junto al lecho del río y sostenía al bebé con un brazo mientras con el otro señalaba hacia la colina, a modo de invitación. Tras lanzar otro grito en respuesta a la petición de auxilio de su hija, Tope se agachó para seguir buscando gusanos y caracoles.

Zena vaciló. El sol seguía sin aparecer y aquel olor acre se había vuelto más intenso. De pronto oyó un ruido que provenía del cielo y alzó los ojos. Pero no vio nada, pues las gotas de agua le nublaban la vista, todo el paisaje estaba inundado. El agua caía sobre las peñas que la rodeaban y formaba unos charcos en el suelo, de los que arrancaban unos riachuelos que se deslizaban hacia el lecho del río.

Zena miró a su alrededor, aturdida; luego soltó un grito y corrió a refugiarse en la cueva. En aquel momento la luz cegadora de un rayo rasgó las nubes y estalló un trueno. Zena permaneció agazapada en un rincón de la cueva, empapada y temblando de miedo.

De pronto oyó unos pasos y se sobresaltó, pero al cabo de unos instantes apareció su madre en la entrada de la cueva. En una mano sostenía el cuerpo inerte de un roedor que estaba cubierto de una fina piel y tenía una cola corta y gruesa. La lluvia torrencial

había obligado al roedor a abandonar su madriguera y la mujer no había tenido ninguna dificultad en atraparlo.

Tope emitió un reconfortante gruñido para responder al saludo de su hija. Luego practicó un corte en el cuerpo del animal con el afilado canto de una piedra, le arrancó la piel y comenzó a devorar su carne. Zena extendió la mano y su madre le entregó los restos del animal.

Zena hizo una mueca de disgusto ante el fuerte sabor del roedor, cuya carne le costaba masticar. Sus dientes estaban más habituados a triturar tubérculos, granos y nueces que carne, pero aquel roedor vino a llenar el hueco que durante tanto tiempo había sentido en el estómago. Tras saciar su apetito, Zena bebió un sorbo de agua de un charco que se había formado a la entrada de la cueva y volvió a quedarse dormida.

La lluvia no cesó durante el resto del día y se prolongó aún varios días más. Los rayos iluminaban el cielo, seguidos por el ruido ensordecedor de los truenos. Zena continuaba agazapada en un rincón de la cueva, royendo los huesos del animal y otros pedazos de comida que le había dejado su madre. Espantada por los rayos y los truenos, se había negado a abandonar la cueva. Pero estaba famélica y la lluvia había empezado a remitir, de modo que al cabo de un rato se asomó para olfatear el aire y salió de la cueva.

El mundo exterior era distinto a todo lo que Zena había contemplado hasta entonces. Había agua por doquier: en unos charcos en el suelo, en las grietas de las rocas, en unos riachuelos que se deslizaban por la pendiente hacia el lecho del río. Unas pequeñas gotas le cayeron sobre la frente y los ojos, pero Zena estaba tan asombrada ante lo que veía que no se molestó siquiera en secarse el rostro. El fulgor de las rocas, el resplandor de los charcos y, especialmente, las formas que adoptaban las gotas de agua cuando caían sobre una superficie la tenían fascinada. Zena se agachó junto a un charco para examinarlo más de cerca. Al descubrir un insecto de gran tamaño que flotaba sobre el agua e

intentaba remontar el vuelo, extendió la mano y lo engulló sin más. Luego cogió otro puñado de insectos y los devoró con fruición.

Al oír que su madre la llamaba, Zena corrió hacia ella. Pero de pronto se detuvo junto a otro charco en el que se debatían dos animalitos negros que tenían unas colas muy largas. Zena trató de atrapar a uno de ellos, pero se le escapó. Entonces lo intentó de nuevo, y esta vez consiguió capturar al renacuajo. Durante los largos años de sequía los renacuajos habían permanecido inactivos, pero en cuanto las larvas recibieron el agua, cobraron de nuevo vida.

El verdor había empezado también a modificar el paisaje. Dos semanas de lluvia ininterrumpida habían hecho que nacieran unos brotes de color esmeralda entre las hierbas marchitas y que asomaran unas hojas entre las piedras. En la estepa que se extendía detrás del refugio, Zena descubrió unos bulbos rojos, blancos y azules que se agitaban sobre sus cortos tallos. Zena se acercó corriendo y probó algunas de esas plantas. La roja tenía un gusto amargo y la escupió al instante, pero los bulbos blancos eran tiernos y succulentos.

De pronto salió el sol a través de las nubes y derramó su luz sobre las hojas, las piedras y las ondas que se formaban en la superficie del agua. Zena se arrodilló para examinarlas, pero en cuanto las tocaba desaparecían. Al cabo de unos instantes reaparecieron, pero de golpe se extendió una inmensa sombra sobre el suelo y las ondas desaparecieron de nuevo. Zena alzó la vista, perpleja. Las nubes, ahora negras y de un aspecto compacto y bulboso, se cernían sobre ella, ocultando el sol.

Se levantó precipitadamente, llena de temor. El cielo se había oscurecido casi como si fuera de noche y Zena oyó un ruido extraño, una especie de rugido sofocado, distinto a todos los sonidos que había oído antes. Parecía provenir de las montañas, no del firmamento. Zena dirigió la vista hacia la cumbre de las montañas, pero las nubes le impedían distinguirlas. Entonces comenzó a llover de nuevo. Unas gotas gruesas precedieron a una

lluvia torrencial. Zena echó a correr hacia la entrada de la cueva, pero no penetró en ella. Más que la seguridad que le ofrecía el refugio, ansiaba la presencia de su madre. La repentina oscuridad y el extraño clamor la tenían aterrorizada.

Al mirar hacia la pendiente, Zena vio a su madre de pie junto al lecho del río. El agua le alcanzaba los tobillos. Tope avanzó unos pasos hacia la ladera pero de pronto se detuvo y se volvió hacia el nacimiento del río, allí, en las montañas que se recortaban sobre el horizonte meridional.

Zena percibió el sonido que había atraído la atención de su madre y notó que su temor aumentaba. Se trataba de un ruido nuevo, más intenso que el otro y que fue creciendo hasta convertirse en un estruendo ensordecedor. El viento soplaba ahora con furia y Zena se agarró a los peñascos mientras llamaba con desespero a su madre, pero el fragor del viento sofocaba sus gritos.

De improviso, mientras observaba a su madre, una gigantesca muralla de agua apareció por el recodo del río y se abalanzó sobre Tope. Zena vio cómo su madre estrechaba con fuerza al bebé entre sus brazos y trataba de ganar la escarpada orilla. Pero la muralla de agua se alzó sobre su cabeza y cubrió el profundo lecho del río. Tope levantó una mano para protegerse pero el torrente cayó sobre ella, derribándola, y la sepultó.

Zena emitió un alarido de dolor e impotencia. Tras muchos esfuerzos, consiguió introducirse entre dos peñas para que el viento no la arrastrara y se volvió hacia el lugar donde su madre había desaparecido. La lluvia le impedía la visión.

Gimiendo de forma lastimera, Zena se dirigió hacia la cueva y buscó refugio en el rincón más oscuro de la misma. En el fondo de su corazón, sabía que su madre no regresaría jamás. Se había quedado sola en aquel mundo desconocido y violento en el que no lucía el sol, un mundo invadido por el agua torrencial y unos ruidos ensordecedores que provenían de las montañas y el cielo.

Capítulo 2

I

La noche era oscura como boca de lobo. Las densas nubes se deslizaban pesadamente a través del cielo, ocultando la luna. Ésta se dejó ver en una ocasión, y su aparición fue tan repentina, tan fantasmagórica, que más bien pareció un espejismo.

Aturdida por el miedo y el dolor, Zena permaneció agazapada en la cueva, sin apenas moverse, mientras las horas transcurrían lentamente. Fuera, la impetuosa corriente golpeaba los márgenes del río, arrastrando arbustos, animales y árboles. El agua trepaba de modo inexorable por las laderas y arrancaba a su paso las plantas y hierbas que habían brotado con la llegada de las lluvias. Ya alcanzaba las piedras que había a la entrada de la cueva, haciendo que se deslizaran unos pequeños riachuelos hasta los pies de Zena, quien no dejaba de tiritar.

Hacia el amanecer, el diluvio remitió. La lluvia torrencial se convirtió en una suave llovizna y el viento dejó de soplar a través de las grietas de la roca. Zena empezó a percibir otros sonidos aparte del rugido de la tormenta. Un ruido rítmico y silbante acompañaba el paso del agua cargada de piedrecitas por la colina, y también oyó unas pisadas suaves, como si un animal se hallara sobre su refugio.

Zena se alarmó al percibir el olor acre que había atemorizado a su madre el día en que llegaron a la cueva. Luego, sobre su cabeza, oyó un rugido ronco y feroz. El temible sonido tenía un significado para ella. Aunque Zena había olvidado a sus antiguos compañeros, siempre recordaría los gritos que uno de ellos profirió cuando un tigre se abalanzó sobre él y se lo llevó a rastras. En aquel momento

acudió a su mente la imagen del inmenso felino de dientes grandes y afilados, y se estremeció.

Entonces oyó cómo el tigre se paseaba inquieto sobre las rocas. El animal se detuvo de repente y al cabo de unos minutos las pisadas sonaron más cerca. Sin apenas atreverse a respirar, Zena se deslizó sigilosamente hacia el rincón más oculto de la cueva. De pronto, una gigantesca pata apareció en la entrada y comenzó a arañar con sus garras la tierra sobre la que Zena había estado sentada. La pata retrocedió y el tigre empezó a escarbar de forma enérgica primero en un extremo del montón de piedras que rodeaban la entrada de la cueva y luego en el otro. Las lluvias torrenciales que lo habían obligado a retroceder hacia su cubil, le habían impedido capturar a una presa y el animal estaba hambriento. Pero la madre de Zena había elegido el refugio perfecto, pues el inmenso depredador no conseguía penetrar en la cueva.

El tigre dejó de escarbar la tierra y Zena lo oyó emprender la retirada. Durante un buen rato Zena no se atrevió a moverse, ni siquiera para desentumecer las piernas, por miedo a que el animal oyera sus movimientos e intentara de nuevo entrar. Al fin, haciendo acopio de valor se dirigió con gran sigilo hacia la entrada de la cueva, dispuesta a huir antes de que el inmenso felino apareciera otra vez.

Con cautela, los músculos tensos y presta para huir a la menor señal de peligro, Zena asomó la cabeza y echó un vistazo a los alrededores de la cueva. Lo único que vio fue el destrozo que había causado la tormenta. El terreno estaba anegado; las plantas que crecían entre las rocas, las hierbas y las flores habían sido arrasadas por el agua y el viento. Palos y ramas, e incluso los árboles de las montañas que se alzaban hacia el oeste, habían sido arrancados de raíz y yacían diseminados sobre la ladera. El nivel del agua seguía aumentando, aunque había dejado de llover, y las olas lamían las piedras.

El olor acre era muy intenso. Al alzar los ojos y ver que la guarida del tigre se hallaba sobre una peña junto al refugio, Zena lanzó un alarido de terror. Sin su madre para orientarla, no sabía qué hacer. No podía quedarse allí, cerca del inmenso felino, pero temía que al echar a correr éste oyera sus pasos y la atacara; tal vez permanecía al acecho, oculto en su guarida, detrás de una roca...

Atemorizada, Zena volvió a ocultarse en un rincón de la cueva. Durante el resto del día y la noche siguiente permaneció agazapada en su refugio, tiritando de frío mientras el agua se deslizaba en torno a sus piernas. Estaba famélica, pero lo que aún le resultaba más duro de soportar era la angustia de hallarse sola. Zena echaba de menos el calor que le proporcionaba el cuerpo de su madre, su reconfortante aroma y el olor a leche del bebé. Pero ambos habían desaparecido, y Zena sabía que no regresarían jamás.

A ratos caía en un ligero sopor, pero el frío y las pesadillas le impedían descansar. Una y otra vez se despertaba al evocar las imágenes de su madre, alzando los brazos para protegerse del torrente y del feroz depredador que rondaba junto a la cueva. Sin embargo Zena no volvió a oír sus pasos, y al final se sumió en un profundo sueño.

La despertó la intensa luz del sol que penetraba a través de una grieta en la roca. Aliviada por la reaparición del sol, y movida por el hambre que sentía, Zena se asomó de nuevo al exterior. Tras comprobar que no había rastro del tigre, cuyo olor se había desvanecido, Zena salió de la cueva. El agua había retrocedido, dejando unos enormes charcos llenos de ramas, hojas y piedras. Más abajo, las turbias aguas del río fluían impetuosamente. Pero la corriente no discurría con tanta violencia como el día anterior, y el sol se reflejaba en su superficie.

Zena comenzó a explorar los charcos que había en la ladera, debajo de su refugio. No vio ningún renacuajo, pero sí algunas plantas de bulbos blancos, numerosos insectos y el cadáver de un roedor. Entonces se apresuró a devorar los bulbos y los insectos,

aunque temía ponerse a machacar el cuerpo del roedor con una piedra y que el tigre la oyera. Así pues, cogió una piedra afilada y se llevó el cadáver del roedor a su refugio para comérselo con tranquilidad.

Al volverse, Zena percibió un leve movimiento entre las piedras. Al instante sus músculos se tensaron y un grito se heló en su garganta cuando vio al tigre salir de su madriguera. El felino se desperezó, alzando sus musculosos cuartos traseros y su gigantesca cabeza mientras arqueaba el lomo. Luego se dirigió lentamente hacia la cueva, olfateó el aire, miró a su alrededor y se tumbó frente a ella, ocultando la entrada con sus enormes patas.

El tigre apoyó la cabeza sobre las patas y bostezó. Zena contempló las temibles fauces, fascinada ante los largos y afilados dientes. El intenso sol la cegaba, pero no se atrevía a apartar los ojos o siquiera parpadear, pues el inmenso depredador todavía no había detectado su presencia. Un lagarto que tomaba el sol sobre las rocas decidió alejarse al ver la sombra del inmenso felino. El tigre levantó la cabeza con indolencia para observar al reptil. Zena vio cómo el animal escrutaba con sus ojos amarillos la zona próxima al río, y de pronto se posaron sobre su rostro. Durante unos instantes el animal contempló a Zena fijamente al tiempo que movía la cola; luego se incorporó y se dirigió con pasos lentos hacia ella.

Zena gritó angustiada. No había escapatoria. A sus espaldas discurrían las agitadas aguas del río y entre ella y el refugio se hallaba el tigre. Estaba paralizada de terror; sólo alcanzaba a mover los ojos. El felino emitió un rugido y el horripilante sonido la hizo reaccionar: echó a correr por la pendiente, tropezando con las piedras y tratando de sortear los charcos; respiraba con dificultad y notaba los acelerados latidos de su corazón.

Al aproximarse al torrente se detuvo, aterrorizada por su violento clamor. El tigre lanzó otro rugido y en tres zancadas se situó junto a ella. Zena gritó y se arrojó al agua.

De inmediato, las turbulentas aguas comenzaron a arrastrarla. Trató de agarrarse a un tronco o una rama, pero la corriente la

zarandeaba con violencia. Zena logró sacar la cabeza unos segundos para tomar aire, pero volvió a hundirse enseguida. Unas ramas se enredaron en sus brazos y piernas, tirando de ella hacia el fondo del río, y sintió que sus pulmones iban a estallar. Al fin consiguió librarse de las ramas y siguió deslizándose río abajo.

Una gruesa rama le rozó el hombro y se agarró a ella para sacar la cabeza a la superficie y llenar sus pulmones de aire antes de sumergirse de nuevo. Tenía los ojos, los oídos y la nariz llenos de agua. Se debatía desesperadamente, pero no podía luchar contra el tempestuoso río. Al fin desistió y se dejó arrastrar por la corriente que la sacudía como si fuera una hoja, impulsándola hacia el fondo y devolviéndola a la superficie una y otra vez, arrojándola contra piedras, troncos y ramas. De pronto, a más de un kilómetro de distancia del lugar donde se había tirado al río, la corriente la arrojó contra una peña que se hallaba en la orilla opuesta. El impacto la hizo reaccionar y Zena se aferró a ella con desespero. Luego el impetuoso oleaje la lanzó hacia la arena y Zena se golpeó la cabeza contra la roca, quedando inconsciente.

Al cabo de una hora recobró el conocimiento. Se hallaba atrapada entre dos peñas. El agua le lamía los pies, pero su rostro yacía sobre la arena. Entonces comenzó a vomitar y a escupir agua, sintiendo un intenso dolor en la cabeza. Al cabo de un rato el dolor remitió y Zena se apresuró a trepar por el margen del río para ponerse a salvo. Cuando alcanzó la orilla se tumbó en el suelo, y allí permaneció varias horas mientras el sol proporcionaba calor a su magullado cuerpo.

Al despertar, comprobó que había empezado a oscurecer. Trató de incorporarse, consciente de que tenía que buscar un lugar donde refugiarse, pero las náuseas y el mareo se lo impidieron. Al fin, con los ojos nublados por las lágrimas se arrastró a lo largo de la orilla hasta unos matorrales. Una vez oculta entre los arbustos y protegida por las espinas, se desplomó sobre la dura tierra.

II

Zena gimió. Le dolía cada músculo del cuerpo y estaba aterida de frío. Mientras dormía, la humedad del suelo le había calado hasta los huesos. No podía dejar de tiritar, y los bruscos espasmos intensificaban el dolor que sentía en todo el cuerpo.

Trató de levantarse pero las espinas de los matorrales arañaron su piel, de modo que permaneció tendida, sollozando. El sonido de sus propios lamentos la consolaba, como si provinieran de otro ser de su especie.

Al fin, el sol despuntó sobre las montañas que se alzaban hacia el este. Zena notó su calor, aún tibio, acariciándole los hombros mientras yacía hecha un ovillo, y eso le dio fuerzas para arrastrarse unos metros. Agotada por el esfuerzo, se tumbó a descansar un rato hasta que el sol, ya en su cenit derramó sus potentes rayos sobre ella. Entonces, reuniendo sus últimas fuerzas, se arrastró hasta la sabana.

Lo primero que vio fue un sinfín de patas largas y esbeltas que correteaban por la estepa. Las patas estaban rematadas por los vientres suavemente redondeados, los largos y airosos cuellos y los potentes cuernos de una manada de antílopes. En los siete años de su corta existencia Zena sólo había visto antílopes en una ocasión, pero no los recordaba. Antes de producirse la sequía, los antílopes acudían cada año a pastar en los exuberantes prados alimentados por la lluvia. Desde el año de su nacimiento, los antílopes habían desaparecido. Ahora, siguiendo un instinto ancestral que les decía que esa zona de la sabana volvía a estar cubierta de verdes pastos, habían regresado a ella.

Zena no temía a los antílopes, pues de forma inconsciente sabía que aquellos animales de largas patas no pretendían hacerle daño.

Su intuición le decía también que debía observarlos con atención. Si notaba que se alarmaban, significaba que había un depredador rondando. Pero en aquellos momentos los antílopes pastaban tranquilamente, de modo que se levantó y se dirigió hacia la estepa.

Frente a Zena se extendían unos pastos de forma triangular que lindaban por un lado con el río y por el otro con las montañas violáceas que se erguían a lo lejos. Al otro lado de la estepa se elevaban unas colinas sembradas de grandes piedras. Zena se encaminó hacia ellas, pues su madre le había dicho que las piedras representaban un refugio seguro.

Avanzaba despacio, buscando tubérculos y otros productos comestibles mientras caminaba, y a menudo se detenía a descansar. En una ocasión tropezó con unos nidos de termitas. Tal como su madre le había enseñado, Zena golpeó suavemente uno de los nidos con una rama para que los insectos salieran. Hizo una mueca cuando los bichos empezaron a trepar por sus dedos y le hicieron cosquillas en los labios, pero los lamió y devoró con fruición.

Al aproximarse a las colinas que se hallaban junto a la estepa, vio una charca. La niña se acercó con gran cautela, recordando las violentas aguas del río que se habían llevado a su madre y la habían arrastrado a ella durante un largo trayecto. Pero esta agua permanecía estancada en una depresión del terreno y estaba rodeada de hierba. Justo en el centro de la charca había una piedra grande y lisa. Al aproximarse, vio un curioso animalito verde oscuro que saltaba apresuradamente de la piedra para zambullirse en el agua. Zena observó las ondas que se formaron en la superficie, esperando en vano que el animal apareciera de nuevo. Al fin, al darse cuenta de que no la acechaba ningún peligro, se arrodilló junto a la charca para beber.

A medida que su sombra se iba alargando, Zena comprendió que debía buscar un refugio. En primer lugar se acercó a investigar las piedras que había divisado desde el otro lado de la estepa, pero estaban diseminadas por la ladera y ninguna le ofrecía un cobijo

adecuado. Entonces recorrió las demás laderas que aparecían sembradas de piedras, pero no halló ningún lugar donde guarecerse. Desalentada, se sentó a descansar junto al pico de un cerro que se alzaba al este de la charca.

De pronto se dibujó la sombra de unas alas gigantescas sobre el suelo, frente a ella, y Zena corrió a ocultarse entre unos matorrales. Pero la sombra pasó lentamente sobre su cuerpo. Después oyó el rumor de las alas mientras el buitre revoloteaba sobre ella.

Zena se estremeció de terror. Los buitres siempre le habían inspirado temor. Casi todos los días de su infancia había visto alguno devorando ferozmente los restos sanguinolentos de un animal que yacía sobre la árida tierra. El olor a muerte y podredumbre le producía náuseas. Tenía grabada en la memoria la imagen de las grotescas cabezas de los buitres, desgarrando con sus temibles picos los cadáveres indefensos y atrapando con sus afiladas garras cualquier animal demasiado débil para huir. Ahora que se había quedado sola, esas imágenes le inspiraban un terror aún mayor.

Al cabo de unos minutos apareció un segundo buitre, y después un tercero. Zena echó a correr hacia unos matorrales. Pero eran tan densos que no había espacio para permanecer de pie o arrodillada, de modo que tuvo que arrastrarse a lo largo de una tosca senda que se iba estrechando tanto que al final apenas le permitía el paso. Asustada, intentó retroceder, pero las enredaderas que pendían sobre ella se lo impidieron. Así pues, no tuvo más remedio que seguir avanzando.

Al cabo de un rato Zena advirtió que el terreno adquiría una inclinación ascendente y el suelo cubierto de enredaderas dio paso a una superficie sembrada de piedras que se clavaban en su dolorida carne. No obstante, allí los matorrales eran menos densos y ante ella apareció una explanada desnuda y, más allá, una pequeña colina rocosa. Junto a la cima había un saliente debajo del cual Zena descubrió una abertura lo suficientemente ancha para pasar a través de ella.

Tras dudar unos instantes, la niña extendió una mano en la oscuridad para comprobar la profundidad de la hendidura y consiguió introducir el tronco de su delgado cuerpo a través de ella. La atmósfera en el interior de la pequeña cueva estaba impregnada de polvo, que la hizo toser. Zena temía que el buitre la oyera e intentase atacarla, pero no se atrevió a penetrar más. Del fondo de la cueva brotaba un desagradable olor que no había detectado antes. La pequeña supuso que aquello era la morada de un grupo de roedores, un nido de serpientes o incluso una pequeña hiena. Debido a la oscuridad, apenas distinguía el interior de la cueva.

Más temerosa de un peligro desconocido que del buitre, Zena comenzó a retroceder. De pronto oyó el rumor de unas alas y una lluvia de piedrecitas aterrizó sobre sus piernas. Entonces alzó la cabeza y vio a la feroz ave posada sobre el saliente de la roca; el buitre se inclinó sobre ella y la contempló fijamente.

Zena abrió la boca para gritar, pero los músculos de su garganta se contrajeron y sólo logró emitir un débil quejido. Rápidamente, introdujo el cuerpo entero en la cueva, encogiéndose las piernas para que el buitre no la atrapase. Al aspirar otra bocanada de polvo Zena comenzó a estornudar. El hedor era tan penetrante que apenas la dejaba respirar. Desesperada, casi histérica, apoyó los hombros contra la abertura de la cueva y las rodillas contra el suelo en un intento de hacerse espacio. Ante su asombro, la tierra cedió y Zena alzó los brazos para protegerse contra una caída segura.

La niña aterrizó sobre el suelo de tierra de otro recinto. Durante unos momentos le fue imposible ver nada debido a la nube de polvo que había provocado su caída. Pero en cuanto la nube se disipó, comprobó que en aquel lugar había más luz y más espacio. La impenetrable oscuridad había dado paso a un tenue resplandor grisáceo que emanaba de dos estrechas grietas de la roca que se hallaba a sus espaldas. Aturdida, contempló unas diminutas motas de polvo que permanecían suspendidas en el aire, pero de inmediato el terror y sus doloridos músculos le hicieron regresar a la realidad.

Zena permaneció tendida en el suelo, inmóvil aunque alerta, pero no captó ningún sonido que procediera del exterior o de la misma cueva en la que había aterrizado. Allí reinaba un silencio total y no se percibía prácticamente ningún olor. Poco a poco la pequeña empezó a calmarse. No había indicio de que en aquel lugar viviera otro ser y ella estaba convencida de que el buitre no lograría atravesar la estrecha hendidura. De momento se encontraba a salvo.

Extenuada, empezó a emitir suaves gemidos para consolarse, como ya había hecho antes. Durante un buen rato permaneció tumbada, escuchando los pequeños sonidos que ella misma producía. La angustiada sensación de soledad que experimentaba se fue disipando y por primera vez desde que había muerto su madre Zena se sumió en un sueño profundo y reparador.



Una suave luz penetraba en la cueva. Zena abrió los ojos y miró a su alrededor, desconcertada. Luego recordó su caída y se apresuró a incorporarse. Se encontraba aproximadamente medio metro más abajo del lugar donde el suelo había cedido, sobre un suelo de tierra cuyo diámetro medía el doble de su estatura. Trató de ponerse en pie para explorar el nuevo espacio, pero se golpeó la cabeza contra el techo. En vista de ello, recorrió la cueva a gatas y examinó cada rincón de su nuevo refugio con sus sensibles dedos. Palpó unos excrementos, pero estaban fríos y secos; los olisqueó delicadamente y después prosiguió la exploración.

Detrás de ella, frente al lugar donde había caído, había dos aberturas a través de las cuales se filtraba la luz. Una era apenas una grieta, pero la otra era una hendidura larga y estrecha, lo suficientemente grande para permitirle el paso. El angosto pasillo

conducía a una cueva que se hallaba en la colina. Zena salió y estudió la zona, a fin de hallar después la entrada. Al igual que el agujero por el que había caído, la cueva estaba bien oculta detrás de la roca y resultaba casi imposible distinguirla desde lo alto de la colina. En ambos casos el acceso era demasiado estrecho para que se introdujera un depredador, pero si una serpiente o un animal de menor tamaño trataba de atacarla siempre podría huir a través de la segunda abertura. Existían pocos escondrijos como éste en la sabana africana. Gracias a que el suelo había cedido debajo de ella, Zena disponía del refugio ideal.

Antes de dirigirse hacia el saliente, Zena se detuvo para comprobar si percibía algún ruido que indicara la presencia del buitre. Al no oír nada, se encaramó sobre el saliente y contempló el paisaje que se abría a sus pies.

Había silencio alrededor y la charca tenía un color gris pálido bajo los primeros rayos del sol. La hierba y las flores se mecían suavemente por acción de la brisa. Hacia el norte unos grandes árboles cubiertos de hojas decoraban los márgenes del río, y el cerro sobre el que se hallaba Zena estaba tapizado de arbustos y plantas silvestres. Ante sus ojos, acostumbrados al paisaje devastado por la sequía, la tierra, rica y fértil, ofrecía un aspecto infinitamente acogedor. Entonces se volvió como para llamar a su madre y mostrarle aquel maravilloso lugar. Pese a los días que habían transcurrido desde la muerte de ésta, Zena no había perdido el hábito de comunicarse con ella.

De pronto observó algo que la distrajo de los tristes pensamientos que por unos instantes habían empañado la belleza del paisaje. Las aguas del río habían empezado a brillar y su color grisáceo se había transformado en plateado. Luego, el sol se alzó a sus espaldas sobre el cerro e iluminó las montañas que se erguían al sur. Zena contempló la escena extasiada. Las cumbres más próximas aparecían envueltas en un resplandor rosáceo y anaranjado; las otras se recortaban sobre el horizonte formando una cordillera de variado y magnífico colorido.

Al cabo de unos minutos la niña observó otra cosa que la inquietó. De una montaña cuya cima tenía forma de cuenco brotaba una delgada columna de humo, lo cual parecía estar fuera de lugar en aquel paraje.

Una manada de antílopes cuyo dorado pelaje relucía bajo el sol apareció entre dos pequeñas colinas que se hallaban al norte de la charca y los animales se detuvieron para beber. Estaban nerviosos; no cesaban de pisotear la hierba con sus delicados cascos y de alzar la cabeza para olfatear el aire. Zena los observó con atención.

Al cabo de un rato comprendió el motivo del nerviosismo que mostraban los antílopes. Un ruidoso grupo de jabalíes pasó trotando frente al cerro que lo había ocultado y se dirigió hacia la charca. Los jabalíes organizaron un gran escándalo mientras bebían arrojando agua a su alrededor y enturbiándola con sus cascos. En cuanto hubieron aplacado su sed, se revolcaron en el barro, luego se levantaron y sacudieron de forma enérgica la cabeza y el cuerpo.

Zena no se movió hasta que los jabalíes dieron por finalizada su ruidosa visita y regresaron a las colinas. Luego prosiguió sus exploraciones. Al cabo de un rato halló cuatro huevos salpicados de motas en un nido que estaba formado por gruesas ramas. Zena recordaba vagamente haber visto con anterioridad unos huevos y sabía que eran comestibles, aunque no tenía idea de cómo comerlos. Cogió uno y lo mordió; la cáscara se rompió y, para no desperdiciar el contenido, se metió el huevo entero en la boca. El líquido era delicioso, pero al engullirlo tragó unos trocitos de cáscara que la hicieron toser y entonces se apresuró a escupir el huevo. Luego cogió los pedazos más grandes de cáscara y lamió los restos de huevo que estaban adheridos a ellos junto con un puñado de tierra y fragmentos de roca. Tenía un sabor riquísimo.

A continuación contempló los otros huevos, indecisa. Cuando se disponía a comerse otro, una ruidosa pareja de aves la disuadió. Chillando y agitando furiosamente las alas, las aves se precipitaron sobre Zena. Ésta se cubrió la cabeza con las manos y bajó corriendo mientras las aves seguían chillando y revoloteando sobre

ella. No eran lo suficientemente grandes para inspirarle temor, pero no quería provocar un segundo ataque. No obstante, decidió regresar más tarde para devorar el resto de los huevos.

Al aproximarse al cerro notó que estaba sedienta. No tenía ganas de arrastrarse de nuevo entre la maleza y buscó un medio más sencillo de alcanzar la charca. Al cabo de unos minutos llegó a un estrecho sendero que se hallaba al otro lado del saliente donde estaba su refugio. Zena echó a caminar por él y al poco rato se vio rodeada de arbustos espinosos, pero éstos ni siquiera la rozaban y continuó avanzando. El sendero estaba impregnado del olor de un animal que Zena no lograba identificar. Nerviosa, se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. Si un animal trataba de atacarla, no tenía escapatoria.

Al doblar un recodo Zena se topó con un par de poderosos cuernos. El animal la observó sobresaltado, dio media vuelta y echó a correr. Después aparecieron dos más, que huyeron despavoridos al igual que el primero. Temblando de miedo, Zena se agazapó junto al borde del sendero por si aparecían otros animales. Pero no ocurrió nada y al cabo de un rato prosiguió su camino.

De pronto los arbustos se acabaron. Al mirar hacia abajo vio la charca, apacible y reluciente. Junto a ésta pastaban numerosos antílopes y una reducida manada de aquellos animales que Zena se había encontrado en el sendero. Todos alzaron la cabeza y la miraron, para luego seguir comiendo tranquilamente. Al comprobar que no tenían intención de atacarla, Zena se arrodilló junto a la charca para beber.

Cerca del centro de la charca oyó unos extraños sonidos que la hicieron levantar la vista. Unos diminutos animales, esbeltos y plateados, brincaban en el agua. Zena se aproximó, cuando movida por la curiosidad, éstos se alejaron con rapidez. Luego vio deslizarse lentamente frente a ella una forma estrecha y gris. Era un animal más largo que los otros y movía su cuerpo de forma airosa. Zena extendió la mano para atraparlo, pero no lo consiguió. Enojada, se agachó para capturar la huidiza presa y de pronto notó

que el agua le invadía la nariz y los ojos. Zena cayó hacia atrás, tosiendo y escupiendo. Los antílopes que estaban bebiendo al otro lado de la charca alzaron la cabeza y se alejaron con aire digno.

Zena emprendió la retirada para evitar más tropiezos. Se sentó frente a la charca y la observó durante un buen rato. De vez en cuando unas ondas rompían la superficie uniforme, pero aparte de eso las aguas no se movían. Zena se acercó de nuevo a la charca e introdujo los pies en ella. Sus dedos desaparecieron bajo la superficie, pero al sacar un pie y comprobar que estaba intacto avanzó unos pasos. Hacía un calor sofocante y el agua refrescaba su magullada piel.

Un trío de pequeñas aves amarillas pasó nadando junto a ella entre agudos chillidos. Zena se echó a reír al ver cómo se sumergían bajo el agua, la cola asomando a la superficie, para luego reaparecer con unas algas colgando de sus rosados picos. Zena metió la mano en el agua para averiguar qué comían, pero al probar las plantas que había recogido del fondo comprobó que tenían un gusto amargo. A continuación hundió la mano en el mullido barro cerca del borde de la charca, apartando el rostro para no mojarse, y halló unos caracoles, unos renacuajos y unas plantas rastreras que tenían unos deliciosos bulbos blancos.

Los pequeños peces plateados que había visto antes la seguían por doquier, sumergiéndose en el agua y desapareciendo debajo del lodo. Cuando Zena se detuvo los peces comenzaron a mordisquearle los tobillos. Asustada, avanzó unos pasos y los peces la dejaron en paz, pero en cuanto se detuvo de nuevo volvieron a abalanzarse sobre ella. Entonces atrapó uno de los pececitos y engulló el delicioso manjar relamiéndose. Después de repetir la operación tres o cuatro veces, se dirigió satisfecha hacia su refugio.

Los huevos seguían en el nido. Zena pasó de largo sin tocarlos siquiera. Había saciado su hambre y no necesitaba comer nada más.

Lanzó un suspiro de satisfacción y se tumbó a descansar sobre el saliente. Ni siquiera se movió al ver aparecer el buitre. Ahora que

había hallado un lugar donde refugiarse, ya no le temía. Pero más tarde, cuando anocheció y oyó gemir a un animal en la colina, su serenidad se vino abajo. Aunque había empezado a recobrase del dolor que había experimentado por la muerte de su madre y de su angustioso encuentro con el tigre, Zena anhelaba sentir, oír y oler a otro ser que fuera semejante a ella. Sin embargo, estaba sola.

Capítulo 3

I

Un desgarrador alarido hizo que Zena se despertara sobresaltada. Antes, el rugido del tigre la había hecho evocar unas imágenes tristes; ahora ese grito le recordó el día en que un miembro de su grupo había muerto bajo las garras de un gigantesco felino. La niña se estremeció ante la idea de oír otros gritos, pero volvió a imponerse el silencio.

Zena permaneció alerta, inmóvil. Al cabo de unos minutos captó un sonido distinto, apenas audible, que procedía del cerro. De forma intuitiva, cogió una piedra para defenderse.

Un sonido diferente, similar a un débil maullido, se unió al primero. Zena arrugó el ceño, confundida. Aquel ruido le resultaba familiar; era como si estuviera oyéndose a sí misma, cuando su madre desapareció arrastrada por el torrente. Había transcurrido casi un año, pero recordaba perfectamente la escena.

Zena dudó, sin saber qué hacer. Luego los maullidos se convirtieron en un grito de terror y, sin pensárselo dos veces, la pequeña salió de la cueva y corrió hacia el cerro. Entonces notó un olor que tenía grabado en su mente desde que era una criatura, y que había vuelto a percibir repetidas veces cuando nació su hermano. Movida por un impulso más profundo que la memoria, se tocó suavemente el pecho.

De pronto otro olor, que reconoció al instante, invadió su nariz; se trataba de sangre, sangre fresca.

Zena se dirigió con sigilo hacia el lugar del que procedía el olor, pero éste quedó rápidamente sofocado por el aroma a humedad y hojas pisoteadas que ascendía del terreno a medida que corría.

Zena miró a su alrededor, pero el sol todavía se hallaba oculto bajo el horizonte y todo estaba envuelto en sombras. Al cabo de unos instantes oyó un gemido y al volverse vio un diminuto cuerpo, una copia en miniatura del suyo propio, que yacía inmóvil en el suelo con los brazos extendidos.

Zena lo observó y esperó a que hiciera algún movimiento o emitiera algún sonido. La criatura tenía los ojos cerrados y la boca abierta, dejando entrever unas encías sin dientes y unos labios como los suyos. Era una criatura semejante a ella, desprovista de pelo salvo en la cabeza, aunque, a diferencia de ella, tenía una pequeña protuberancia entre las ingles. Zena recordó que su hermano también la tenía. Se acercó a la criatura que yacía en el suelo, pero ésta hizo un movimiento brusco que la alarmó. Luego volvió a quedarse inmóvil.

Al contemplar a la criatura, Zena experimentó un sentimiento desconocido, un sentimiento que se intensificó cuando el pequeño macho se volvió lentamente mientras esbozaba una mueca de dolor. Zena comprendió entonces el motivo de que olera a sangre. El pequeño tenía una herida en la espalda que parecía producida por las zarpas de un animal. De forma instintiva, la niña se arrodilló junto a él y empezó a lamer la herida con suavidad. El bebé gimió y alzó los brazos. Ella se apartó, alarmada. El bebé le acarició el rostro y luego le agarró un mechón de pelo y empezó a tirar de él. La niña trató de liberarse, pero el pequeño macho se negaba a soltarla. Al fin, para evitar que le siguiera dando tirones, lo cogió en brazos con delicadeza. El bebé emitió entonces un profundo suspiro y la soltó.

Zena se levantó sosteniendo al bebé en brazos. Su peso y el calor que emanaba le producían una sensación extraña pero al mismo tiempo natural. Zena acarició aquel cuerpecito tan parecido al suyo salvo por la pequeña protuberancia que asomaba entre sus piernas. De pronto notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. El hecho de sostener en brazos y consolar a esa criatura herida y asustada le producía una sensación muy gratificante. Después de haber vivido sola durante tantos meses, el pequeño macho hacía

que Zena se sintiera completa, como si hubiera llenado un doloroso vacío que había en su interior. Con suavidad, Zena lo besó en la mejilla.

No quería abandonarlo ni siquiera un instante, de modo que se lo llevó a la cueva. Una vez allí, le lamió la herida hasta que ésta dejó de sangrar. Tras limpiarla, observó que la herida no era muy profunda. Cuando hubo terminado, el bebé apoyó la cabeza en su pecho y se quedó dormido.

Al cabo de unas horas Zena sintió hambre. Se levantó procurando no despertar al bebé, pero éste abrió los ojos y la miró asustado; sus enormes ojos, oscuros y redondos, contrastaban con las diminutas facciones. Acto seguido emitió un prolongado bostezo y comenzó a lloriquear. El llanto se convirtió rápidamente en berrido. Zena lo meció en sus brazos, sin saber qué hacer. De repente los berridos cesaron y el pequeño macho se volvió, le agarró el pezón con los labios y empezó a succionarlo. Pero al ver que del pecho de Zena no brotaba leche lanzó un furioso chillido.

Desconcertada, Zena lo depositó en el suelo, lo cual enfureció aún más al bebé. Sin dejar de gritar, el pequeño macho echó a andar hacia ella, pero sus piernas no lo sostenían y cayó sentado. Entonces extendió los bracitos hacia Zena, y la miró con cara de desesperación. La niña se apresuró a cogerlo en brazos al tiempo que murmuraba unos sonidos tranquilizadores. Cuando el bebé dejó de llorar, Zena atravesó la polvorienta cueva con el pequeño en brazos y salió en busca de comida. El bebé estornudó y la miró sorprendido.

A los pies de la colina había unos arbustos que estaban repletos de bayas rojas. Zena cogió algunas y las introdujo en la boca del bebé, pero éste las escupió de inmediato y rompió a llorar. Zena se metió un puñado de bayas en la boca y empezó a masticarlas lentamente. El pequeño macho volvió la carita y la observó fijamente a los ojos. Al observar su expresión de desconsuelo, Zena recordó algo que había visto hacer a su madre con su hermanito. Acercó su boca a la del bebé y le transfirió algunas de las bayas que había

masticado. El pequeño las engulló y abrió la boca para recibir más. Zena repitió la operación varias veces, hasta que el bebé apoyó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos.

Cansada de transportar un peso al que no estaba acostumbrada, llevó al bebé de regreso a la cueva, ahora doblemente agradecida por la protección que ésta les brindaba, y lo depositó sobre un montón de hierba seca que utilizaba para dormir. Luego se dirigió hacia la charca. El pequeño macho se había comido la mayor parte de las bayas y Zena todavía tenía hambre.

La charca estaba desierta a excepción de unas pequeñas aves que se paseaban sobre sus delgadas patas y observaban a Zena con recelo cada vez que ésta se acercaba. Haciendo caso omiso de ellas, Zena cogió un puñado de plantas rastreras y empezó a devorar sus blancos y suculentos bulbos. De repente oyó un sonoro grito que procedía de la cueva. Entonces se levantó de un salto, sin soltar los bulbos, y echó a correr hacia su refugio.

Cuando entró, el pequeño macho dejó de llorar al instante, se acercó a ella a gatas y extendió la mano. Zena le dio un puñado de bulbos y el pequeño miró extrañado los largos tallos, pero no se los comió. Sin embargo, en cuanto ella empezó a masticar algunos, el bebé alzó la carita y abrió la boca. Zena le dio unos cuantos que el pequeño se apresuró a engullir. Luego le dio a probar unos tubérculos, pero tardaba más en masticarlos y el bebé se impacientó, de modo que siguió dándole bulbos.

Al cabo de un rato, se cansó de alimentar al bebé. Éste se metió un bulbo en la boca y lo chupó; acto seguido cogió otro y lo examinó detenidamente. Luego empezó a gatear por la cueva sosteniendo el tallo de un bulbo en la boca y otro en la mano. Trató de ponerse en pie varias veces, sin conseguirlo. Enojado, escupió el bulbo, se instaló en el regazo de Zena y volvió a quedarse dormido.

La niña lo observó divertida. El bebé había aparecido de forma inesperada en su vida sin que ella supiera cómo ni por qué y, no obstante, sentía que ya formaba parte de su persona. Todo en él le resultaba familiar. Zena miró al bebé con ternura mientras evocaba

unas imágenes de su madre y su hermanito. De golpe se incorporó bruscamente al recordar el grito que había oído la noche anterior. Debió de proferirlo otra hembra, otra madre.

Al examinar la herida que tenía el bebé en la espalda Zena recordó la imagen del temible felino; vio de nuevo sus garras escarbando el suelo del refugio mientras ella permanecía agazapada en un rincón de la cueva. La herida del bebé había sido producida por las zarpas de una fiera, las mismas zarpas y los afilados dientes que habían asesinado a la madre. Eso significaba que el felino todavía merodeaba por los alrededores, devorando los restos de la presa...

Zena estrechó al pequeño macho entre sus brazos en un gesto protector. El bebé se despertó bruscamente y lanzó un pequeño berrido. Luego, sintiéndose seguro en brazos de Zena, suspiró satisfecho y cerró los ojos. Ella sonrió. El bebé se ponía a berrear cada vez que se sentía asustado o tenía hambre. Zena le hizo cosquillas; el pequeño macho soltó otro berrido y la miró enojado. Ella repitió la operación y el bebé se quejó de nuevo. Al fin Zena dejó que durmiera en paz. Pero a partir de aquel momento, cada vez que pensaba en el bebé que se había encontrado entre los arbustos recordaba sus berridos y en su mente le dio el nombre de Screech, es decir, berrido.

II

Durante algunas semanas, mientras Screech se recuperaba de su herida, Zena visitó cada día la charca en busca de comida para ambos cuando el bebé dormía. Pero un día el pequeño se negó a quedarse solo en la cueva y agarró a Zena de un tobillo, entre gemidos y llantos, cuando ésta se disponía a salir. Zena trató de apartarlo suavemente, pero Screech se negaba a soltarla. Al fin, ella

abrió los brazos y el pequeño se agarró a su cuello emitiendo unos gorgoritos de satisfacción. Sus negros ojos expresaban alegría. Zena frotó su nariz contra la del bebé. Screech echó la cabeza hacia atrás, sonriendo divertido, y luego acercó su rostro al de Zena, deseoso de repetir el juego. Zena lo complació encantada, abrazándolo con ternura y sintiendo el reconfortante calor de su cuerpecito.

Screech se revolvió inquieto, pues quería seguir jugando. Zena lo depositó en el suelo y, ante su asombro, el pequeño se sostuvo de pie. Tras unos momentos de vacilación, dio unos pasos.

Zena lo miró sonriendo y aplaudió. Screech la imitó mientras una sonrisa radiante iluminaba su diminuto rostro y avanzó unos pasos más, concentrado en lo que hacía para no perder el equilibrio. Cuando alcanzó a Zena, le arrojó los brazos al cuello. Renunciando a la idea de dejarlo en el refugio, la niña decidió llevarlo consigo.

Al llegar a la charca vieron unos antílopes que pastaban junto a ella. Eso significaba que no había ningún depredador merodeando por la zona. Zena instaló a Screech sobre su cadera y echó a andar a través de los densos matorrales. Luego lo depositó en el suelo y se acercó a la charca para beber. El pequeño se apresuró a seguirla a gatas, y cuando Zena se volvió comprobó que había alcanzado el borde de la charca y contemplaba el agua fijamente; al cabo de unos instantes dio una palmada en la superficie de la charca y apartó la mano rápidamente, asustado por el ruido. Zena se llenó la boca de agua y acercó su rostro al de Screech; cuando el pequeño abrió la boca, ella vertió el agua dentro. En lugar de beberse el agua Screech se atragantó y empezó a toser, escupiendo en todas direcciones. Pero se recuperó rápidamente y entonces abrió la boca para que Zena le diera más.

Pasaron todo el día juntos. Screech imitaba cada movimiento de Zena, arañando la tierra con sus manitas mientras ella buscaba tubérculos, arrancando unas bayas de color púrpura que crecían en unos arbustos junto a la charca. Al cabo de un rato el pequeño tenía las manos y la cara teñidas de rojo debido al jugo de los frutos. Zena

lo condujo hasta el borde de la charca para lavarlo. Una enorme rana verde saltó al agua; Screech la miró y luego se zambulló tras ella, aterrizando indemne sobre su trasero. Sobresaltado, el pequeño miró a Zena en busca de consuelo, pero enseguida se distrajo con las novedades que lo rodeaban. Metió la mano en el agua y la sacó llena de algas y plantas, que examinó con atención antes de desprenderse de ellas.

Zena lo dejó jugar un rato, luego lo cogió en brazos y se dirigió hacia la cueva. El sol casi se hallaba en poniente y el calor había remitido. A esas horas era cuando los depredadores salían a cazar. Zena alzó la vista hacia el saliente. El tenue sol del atardecer suavizaba los contornos de la zona donde se encontraba el refugio, otorgándole un aspecto cálido y acogedor. Las rocas, la hierba y los matorrales se fundían en una suave amalgama de rosas y dorados, y toda la zona que se extendía al oeste aparecía envuelta en una fantástica luz.

Screech se había dormido sobre el hombro de Zena y ésta lo depositó sobre el lecho de hierba. El pequeño se despertó de repente y buscó los brazos de Zena, gimiendo. Entonces ella se acostó a su lado para tranquilizarlo. Como todas las noches desde que había aparecido Screech, durmieron abrazados el uno al otro, respirando de forma rítmica y sosegada.

A la mañana siguiente, cuando salieron de la cueva, Screech señaló con insistencia unas bayas rojas como las que Zena le había ofrecido el primer día. Ella se sacó unas cuantas bayas de la boca y se las dio; el pequeño intentó masticar los frutos por sí mismo, pues estaban maduros y tiernos. Tras saciar su hambre, iniciaron el lento ascenso hacia la cima del cerro a través de los matorrales. Zena no conocía ese camino; siempre se dirigía a la charca debido a la abundante comida que hallaba en sus alrededores.

Zena miró hacia abajo con curiosidad. A sus pies yacía un profundo y angosto valle que estaba tachonado de árboles. El cerro se elevaba hacia el sur, frente a las montañas, cerrando el valle por un lado; al otro había un profundo barranco. Más allá del barranco,

el terreno ascendía de forma paulatina hasta formar una enorme meseta. A lo lejos se veía multitud de animales que pastaban en los verdes prados.

Zena observó un movimiento que atrajo su atención y la alarmó. Una larga cola, con la punta blanca, asomó por un instante sobre la hierba. Los antílopes que pastaban en el prado se pusieron nerviosos, sacudieron la cabeza y pisotearon la hierba con sus delicados cascos. Zena, angustiada, temía oír aquel sonido que tanto la atemorizaba.

De pronto apareció entre la hierba un leopardo.

Con cada uno de los músculos de su esbelto cuerpo en tensión y sus poderosas fauces crispadas debido a la concentración, miró fijamente a los antílopes y avanzó hacia ellos, su vientre casi rozando el suelo. Algunos animales emprendieron rápidamente la huida, pero uno que se quedó rezagado cayó en las garras del leopardo. Nada ni nadie podía detenerlo. Cada músculo y cada nervio estaban prestos para la caza, para perseguir a su víctima y al final abalanzarse sobre ella. Presa del pánico el antílope echó a correr y el leopardo se lanzó tras él a toda velocidad; su cuerpo leonado no era sino una silueta borrosa. Ambos animales desaparecieron tras una colina.

Zena permaneció inmóvil, y contuvo la respiración, incapaz de alejarse de la escena. Al poco rato reapareció el leopardo arrastrando el cuerpo inerte del antílope. Luego se instaló en un árbol para devorar su botín.

Zena contempló la cicatriz que tenía Screech en la espalda. El grito había llegado de ese lugar, del cerro... Debió de ser el leopardo, no el tigre, el que había asestado un zarpazo al bebé matando a su madre...

Zena dio media vuelta y condujo a Screech a la charca, que estaba fuera del territorio de caza del leopardo. No obstante, el incidente la inquietó y durante varias noches sufrió pesadillas, como cuando había perdido a su madre. Soñaba que unos leopardos y tigres acechaban a Screech de forma permanente y ella no lo podía

socorrer, pues sus piernas no la obedecían. Estaba paralizada de terror.

A partir de aquel día Zena veía al leopardo de vez en cuando, pero éste nunca se acercaba a la charca. Poco a poco la angustia de Zena se fue disipando, aunque procuraba evitar la zona que se hallaba detrás del cerro. Pronto encontró otro lugar donde crecían bayas rojas, y allí solía llevar a Screech cuando éste tenía hambre. El pequeño ya era capaz de masticar distintos tipos de frutos, pues le habían salido algunos dientes. También aprendió a caminar e incluso a correr tan rápido que Zena apenas lograba alcanzarlo. Screech disfrutaba persiguiéndola, o escapándose y haciendo que Zena lo persiguiera a él. Sólo se detenía cuando ella lo llamaba de una determinada manera. Zena utilizaba distintos sonidos y voces para indicarle que había encontrado comida o que había visto a un depredador, a fin de que el pequeño se pusiera a salvo. Solía emitir unos ruidos que tanto ella como Screech podían recordar con facilidad. Al poco tiempo Screech también sabía utilizarlos. Imitaba todo cuanto realizaba Zena. Aprendió a olfatear el aire y a escrutar el terreno antes de bajar a la charca, a permanecer atento para detectar la menor señal de peligro. Asimismo, aprendió a escarbar la tierra con las manos en busca de bulbos y tubérculos y atrapar renacuajos, ranas o peces pequeños.

La comida abundaba por doquier. Los arbustos estaban cubiertos de bayas, y los árboles que se hallaban junto al río ofrecían maravillosos frutos y nueces. Los campos estaban llenos de trigo, los melones y los tubérculos proliferaban y las aves ponían gran cantidad de huevos. Screech se divertía ahuyentándolas de sus nidos a gritos mientras Zena sustraía un par de huevos y dejaba el resto para que los empollaran las aves.

A veces Screech trataba de atrapar algún animal joven, pero Zena siempre se lo impedía. Dada la abundancia de alimentos no tenían necesidad de comer carne y le parecía injusto capturar a un animal si no iban a devorarlo. En vez de eso, se divertían observando a los pequeños antílopes o cebras que correteaban

junto a sus madres. Un día vieron a una joven jirafa caer del lomo de su madre y seguirla con pasos vacilantes hasta la charca; al llegar a ésta, la jirafa separó las piernas torpemente y agachó la cabeza para beber mientras su cría mamaba bajo su vientre. Con frecuencia atravesaba el valle una manada de elefantes, las crías agrupadas entre las patas de los animales adultos; usaban sus trompas para arrancar los frutos de los árboles y arbustos a fin de aplacar su insaciable apetito. Zena y Screech procuraban no acercarse a los gigantescos animales, pero los observaban fascinados mientras éstos se bañaban en la charca y se rociaban unos a otros con sus largas trompas. Después de la visita de los elefantes, el agua de la charca tenía durante unos días un color pardusco y opaco.

Lo único que Zena y Screech echaban de menos era la compañía de otros seres semejantes a ellos. Zena ya no se sentía sola desde que tenía a Screech a su lado, pero a veces notaba un extraño vacío. Habían pasado trece años desde su nacimiento y medía un metro de estatura, lo mismo que había medido su madre. Sus genitales estaban cubiertos por un vello oscuro y en su huesudo tórax habían aparecido unos incipientes pechos. A veces, cuando se los tocaba, experimentaba una curiosa sensación, algo así como si deseara o tuviera que hacer algo que no alcanzaba a imaginar. A menudo la invadían unos extraños deseos, sobre todo cuando subía al cerro y el viento transportaba unos aromas del valle que le hacían evocar recuerdos de otros seres como ella, de su madre y de su hermanito. Fue ahí donde Zena ovó el grito de otro miembro de su especie...

Sin embargo, no se atrevió a bajar por aquella vertiente del cerro que conducía al territorio del leopardo.



Una mañana en que se sentía nerviosa e intranquila, bajó a la charca. El cielo iba cubierto de grandes nubarrones, pues estaban a punto de llegar las lluvias. Screech se adelantó y tras beber en la charca se dirigió hacia el lado opuesto del cerro en busca de fruta, su comida favorita, que ahora empezaba a escasear. Durante varios meses los animales, grandes y pequeños, se habían alimentado de la succulenta cosecha, pero en poco tiempo ésta desaparecería hasta que se iniciara un nuevo ciclo, lo cual sucedería después de las lluvias.

En lugar de acompañar a Screech, Zena permaneció junto a la charca masticando distraídamente unos bulbos mientras observaba a un grupo de patitos que correteaban junto a su madre. Cada año, los animalitos abandonaban sus nidos para divertir a Zena con sus juegos y travesuras. Pero esta vez la risa de Zena se convirtió en un grito de alarma cuando uno de los patitos desapareció bajo las turbias aguas. Al cabo de unos momentos, Zena vio aparecer la cabeza de una tortuga, que abrió sus fauces para engullir otro patito. Sin embargo éste consiguió escapar mientras la madre ahuyentaba a la tortuga con sus chillidos.

Screech avisó a Zena que había hallado unos árboles frutales. Tras contestar a su llamada, Zena se levantó. Entonces percibió un ruido, un sonido ululante que no recordaba haber oído jamás. No provenía de los árboles, sino de entre las peñas que se alzaban detrás del refugio. Dirigió la vista hacia el cerro, pero no vio nada, de modo que echó a andar hacia el lugar donde se encontraba Screech.

Al cabo de un rato volvió a percibir el extraño sonido. Al volverse vio aparecer por entre los matorrales un joven macho, mucho más alto que Screech. Alarmada, Zena lanzó un alarido. Screech corrió hacia ella, pero al ver al intruso se detuvo en seco. El extraño se dirigió lentamente hacia Zena al tiempo que emitía unos suaves sonidos guturales.

Zena se quedó inmóvil. Por algún misterioso motivo, no sentía deseos de huir. El intruso se acercó a ella y la olfateó. Luego trató

de montarla pero ella lo rechazó con brusquedad y el joven macho retrocedió, sobresaltado. Acto seguido Zena dio media vuelta y regresó a la charca, haciendo caso omiso de él. El macho la siguió, deteniéndose cada vez que ella se volvía para observarlo. El extraño ni siquiera reparó en Screech, quien al cabo de un rato se dirigió de nuevo hacia los árboles frutales.

Zena condujo al macho hasta la charca y se sentó sobre la hierba. El intruso se colocó en cuclillas junto a ella y observó fijamente. Al ver que Zena no le devolvía la mirada, el macho arrancó unas jugosas plantas y se las ofreció. Ella las aceptó, pero no se dignó a mirarlo. El joven macho aguardó pacientemente, atento a cada movimiento que hacía Zena. Cuando ella se levantaba, él la seguía; si comía unos bulbos o bebía en la charca, él hacía otro tanto. Durante todo el día el macho se entretuvo observando y siguiendo a Zena, pero al atardecer se dirigió hacia el cerro y desapareció. Zena se quedó muy triste y por la noche no logró conciliar el sueño, afligida por una profunda sensación de vacío, como si llevara muchos días sin comer, aunque no tenía hambre.

A la mañana siguiente el macho regresó. Esta vez Zena lo trató con menos reserva, y al cuarto día ya lo recibió con entusiasmo. Le complacía las atenciones que éste le dispensaba y su presencia mitigaba la extraña sensación de vacío que experimentaba a veces. Cada vez que el macho acudía a visitarla le llevaba algo de comer, y se lo ofrecía emitiendo ciertos sonidos guturales que sonaban como «dak, dak», y Zena le puso el nombre de Dak.

A Screech no le hacían tanta gracia las visitas del joven macho. Cada vez que aparecía Dak, echaba a correr hacia los árboles frutales o se sentaba en la colina con aire melancólico. Quería que Zena estuviera pendiente de él en lugar de prestar atención al intruso. Ella advirtió que la presencia de éste disgustaba a Screech, pero por primera vez desde que estaban juntos decidió no hacerle caso. Necesitaba la compañía de Dak, y supuso que Screech acabaría aceptándolo.

Al quinto día, cuando Zena oyó que Dak la llamaba desde el cerro corrió hacia él y le acarició el brazo. Luego lo condujo lentamente hacia la charca, donde se sentaron muy juntos, casi rozándose. Cuando Dak le entregó unos bulbos, ella lo miró a los ojos. La expresión que observó en el rostro de Dak hizo que sintiera un extraño calor en su vientre. Él se apresuró a apartar la vista, como si se sintiera turbado. Zena persistió y, al cabo de un rato, Dak le devolvió la mirada. Entonces ella se le acercó más al tiempo que gemía suavemente y apretó el cuerpo contra el de él. Luego se volvió y le ofreció sus genitales. Dak olfateó entre sus piernas, lo cual la excitó más, y la montó. Zena sintió que Dak la penetraba y se movía en su interior, proporcionándole un intenso placer. Su excitación fue en aumento hasta alcanzar el paroxismo. Entonces se estremeció violentamente y lanzó un profundo gemido de satisfacción.

Durante las siguientes semanas, Dak y ella copularon numerosas veces. El acto le resultaba muy placentero y siempre estaba dispuesta a recibir a Dak. Éste iba a verla todas las mañanas y le llevaba alguna fruta u otro manjar. Después del coito, permanecían sentados juntos durante largas horas.

Screech, que se había acostumbrado a la presencia de Dak, solía ir a reunirse con ellos, y reclamaba la atención de ambos. La primera vez que los vio copular se quedó horrorizado; se abalanzó sobre Dak, gritando y tratando de apartarlo de Zena. Pero ésta le reprendió y Dak se negó a moverse. Derrotado, Screech se sentó junto a la charca y los observó con expresión de perplejidad.

A partir de aquel día Screech no puso más objeciones a las visitas de Dak, e incluso lo acogía con afecto cuando aparecía. Dak, a su vez, se mostraba muy tolerante con el pequeño macho. Jugaba con él, arrojando piedras a la charca, o lo perseguía describiendo grandes círculos. A veces, se sentaba junto a Screech y acariciaba con suavidad la larga cicatriz que el pequeño tenía en la espalda, sin dejar de observarlo.

Una mañana, Dak no apareció. Curiosamente, Zena se sintió triste pero al mismo tiempo satisfecha. Dak había colmado el vacío que experimentaba y ya no se sentía nerviosa e inquieta. Cuando su vientre empezó a hincharse unos meses más tarde, no se mostró sorprendida. No sabía a qué se debía aquel fenómeno, pero no le preocupaba. Screech, sin embargo, se sobresaltó una noche cuando apoyó una mano sobre el vientre de Zena y notó una patada. Apartó la mano apresuradamente y miró a Zena, perplejo. Ella le cogió la mano, la apoyó de nuevo sobre su abdomen y dejó que Screech lo acariciara hasta que se acostumbró a las patadas y movimientos que notaba en el interior.

Una noche, al cabo de varios meses, Zena se despertó a causa de unos fuertes dolores en el vientre. De forma instintiva, había construido un segundo lecho en un rincón de la cueva, y se arrastró hacia él, entre gemidos y suaves lamentos. Screech se tumbó junto a ella y la observó con preocupación. Les unía un vínculo muy poderoso, y cada vez que la veía sufrir él sufría también. Zena le acarició el rostro con ternura.

Cuando las contracciones se aceleraron, Zena comenzó a gritar de dolor. Screech gimió y trató de ayudarla a levantarse. Pero Zena se resistió, pues no tenía fuerzas para ponerse en pie. Todas sus energías estaban concentradas en su abdomen, en la sensación y los espasmos que notaba en su interior. De pronto sintió un intenso dolor en la espalda y una enorme presión entre las piernas. Las contracciones seguían aumentando en intensidad y frecuencia, sin darle tiempo a recobrase. Screech le acarició el vientre, sin dejar de emitir suaves gruñidos junto a ella, pero Zena ni siquiera se dio cuenta.

Al cabo de unos minutos Zena experimentó un intenso dolor que parecía arrancarle las entrañas y empujó hacia abajo con los músculos del vientre. Entonces el dolor aumentó, obligándola a alzar el torso y arquear la espalda mientras los feroces espasmos le sacudían todo el cuerpo.

De pronto notó que expulsaba un chorro de líquido y sintió algo duro entre las piernas. Cuando se inclinó hacia delante comprobó que el suelo de la cueva estaba cubierto de sangre. Curiosamente, no se alarmó; ni tampoco lo hizo al ver la diminuta figura que asomaba entre sus piernas, sino que sintió una inmensa alegría. Zena cogió la cabecita del pequeño ser y, tras encontrar una leve resistencia, consiguió extraer el resto del cuerpo. Luego se lo acercó a la boca y empezó a lamerlo. El pequeño ser lanzó un sonoro berrido y Screech se sobresaltó, pero Zena no le hizo caso y siguió lamiendo el cuerpo del recién nacido. Luego lo estrechó contra su pecho. El bebé le agarró el pezón y empezó a succionarlo con voracidad mientras Screech contemplaba la escena atónito.

La luz empezaba a penetrar en la cueva y Zena vio entonces al bebé con más claridad. Tenía la carita rosada y arrugada, y el diminuto cráneo estaba cubierto de una sustancia pegajosa que Zena no había conseguido limpiar con la lengua. Al igual que ella, no tenía una protuberancia entre las piernas. Durante unos breves momentos, el bebé abrió los ojos y la miró fijamente. Zena también lo observó, fascinada. Después emitió un suave gemido y estrechó de nuevo a la criatura contra su cuerpo. Ésta se aferró a su pecho, pero no lo succionó, sino que se quedó dormida, gimiendo de vez en cuando a la vez que un ligero temblor recorría su pequeño cuerpo.

Exhausta, Zena se tumbó sobre su nido de hierba, sosteniendo a la criatura contra su pecho. De pronto volvió a notar unas contracciones en el vientre, esta vez menos intensas que las anteriores, y se lo frotó con fuerza para mitigar el dolor; al poco rato expulsó la placenta. De forma instintiva, Zena devoró una parte de la misma y luego cortó con los dientes el cordón que la mantenía unida a la criatura. Satisfecha, se acostó de nuevo y durmió hasta la mañana siguiente.

Al despertar comprobó que Screech había desaparecido. Alarmada por su ausencia, Zena lo llamó pero no obtuvo respuesta. Al cabo de un rato Screech apareció portando unos bulbos y unos tubérculos, así como dos huevos salpicado de motas. Tenía la cara

cubierta de yema de huevo y pedacitos de cáscara. Ella había aprendido a comer los huevos introduciendo una uña en la parte superior e inferior de la cáscara para succionar después el contenido, pero Screech aún no dominaba esa técnica.

De pronto Zena reparó en el hambre que sentía y devoró los huevos con avidez. Era su comida predilecta, pues saciaban su apetito más que cualquier otro alimento. Screech no apartaba la vista de ella. Zena le acercó la criatura y Screech la acarició con suavidad y la olfateó; tenía un olor nuevo y complejo, una mezcla de sangre, leche y heces que le hizo toser.

Zena apoyó la criatura contra su pecho y ésta empezó a mamar mientras ella comía unos bulbos y unos tubérculos. Luego se levantó e indicó a Screech que la siguiera. Tras reunir en un gran montón la hierba, la empujó hacia la entrada de la cueva. El hedor de la sangre y la placenta era muy fuerte y Zena temía que atrajera a un depredador. Screech la ayudó a transportar el material del lecho fuera de la cueva y diseminarlo alrededor de ésta para disipar el olor.

Cansada pero satisfecha, Zena se detuvo unos instantes para contemplar la vista que se extendía a sus pies. Aunque hacía varios años que vivía en ese lugar, siempre se quedaba extasiada ante su belleza y abundancia. Luego dirigió la vista hacia la columna de humo que brotaba sin cesar de la montaña cuya cima tenía forma de cuenco. Ese día el humo era más oscuro que de costumbre.

Zena arrugó el ceño, preocupada. Durante semanas la montaña había expulsado humo y hollín, y a veces emitía un ruido extraño. Cuando soplaba viento, el aire transportaba una delgada capa de tierra que lo cubría todo: rocas, hierba, el rostro de Zena e incluso las bayas que comía. Mientras contemplaba el panorama, en la base de la columna de humo apareció de pronto un resplandor rojizo.

Zena se volvió. La cima de la montaña, con sus ominosos olores y ruidos, la inquietaba. Pero en esos momentos estaba demasiado

cansada para preocuparse. La montaña podía esperar. Y durante casi un mes, eso fue lo que hizo.

Pero un día, en una salvaje explosión de llamas y lava, entró en erupción.

Capítulo 4

I

Los antílopes estaban muy nerviosos; no cesaban de alzar las cabezas y corretear de un lado a otro, como atraídos por una fuerza invisible. Zena los observó con inquietud. No conocía la causa de su nerviosismo, pero ella también sentía algo. Sobre ellos se cernía un peligro mayor que el que representaba un leopardo o un tigre, o incluso una tormenta.

Un angustioso cosquilleo recorrió su piel y le recordó la sensación que había experimentado poco antes de que se produjeran las lluvias, cuando sonaron unos estallidos en el cielo y unos destellos de luz atravesaron las nubes; pero esta vez la sensación era mucho más opresiva.

Zena se volvió y contempló las montañas. Hacía semanas que de ellas emanaba un olor acre e intenso que hacía que le lloraran los ojos. Ahora el hedor era aún más penetrante. Había también una luz extraña. El cielo presentaba una tonalidad verde-grisácea. Zena no alcanzaba a ver el sol, no lo había visto en todo el día; el astro parecía remiso a mostrar su rostro, como si se hubiera cansado de esforzarse en atravesar la densa neblina.

De la montaña cuya cima tenía forma de cuenco brotaban unos penachos de humo negro que al dispersarse adquirían un tono grisáceo y se mezclaban con las densas nubes ribeteadas de un color amarillo sulfúreo. Éstas parecían cubrir todo el universo con su horrible palidez. La inquietud de Zena iba en aumento. La montaña era la causa del nerviosismo de los animales, estaba segura de ello.

Zena se estremeció, asustada. Por primera vez en muchos años, echaba de menos a su madre. No sabía qué hacer, si abandonar

aquel lugar con Screech y la criatura o permanecer en su refugio hasta que hubiera pasado el peligro. Su madre la habría ayudado a tomar una decisión.

Zena llamó a Screech y se dirigió hacia la cueva. Había empezado a oscurecer y era hora de regresar al refugio. Tras depositar en el suelo de la cueva el montón de plantas y tubérculos que había cogido, dio de mamar a su hijita. Había tratado de hacer comprender a Screech que debía llevar a la cueva la mayor cantidad posible de comida. Eso era todo cuanto se le ocurrió para defenderse del peligro que los amenazaba.

Screech llegó de inmediato. Había comprendido el mensaje de Zena y sus pequeñas manos estaban llenas de plantas y frutas. Tras dejarlas en el suelo se acurrucó junto a ella y le acarició el brazo, como si notara su preocupación. Hasta la criatura parecía estar afectada por la inquietud que reinaba en el ambiente, pues no había dejado de gemir en todo el día.

Al poco rato anocheció, pero Zena no lograba conciliar el sueño. La montaña emitía un ruido sordo que a veces se convertía en un potente estruendo. En dos ocasiones la tierra tembló mientras Zena y los pequeños se hallaban acostados. Después del segundo temblor, Zena cogió a su hijita en brazos y salió de la cueva, movida por un impulso más fuerte que el temor. Hacía una noche templada y silenciosa, a excepción del ruido del volcán; era como si hasta los insectos estuvieran demasiado cansados para emitir sus acostumbrados sonidos. La luz de la luna bañaba la estepa. Zena distinguió la silueta de los animales que pastaban junto a la charca, y los notó más nerviosos que antes.

Una de las nubes negras que cubrían el cielo se deslizó ante la faz de la luna y los animales desaparecieron. Lo único que veía Zena era el resplandor de la montaña a lo lejos. El destello rojo que se apreciaba junto a la cima había adquirido mayor volumen, al igual que el humo; éste brotaba ahora en una gruesa columna que se elevaba hacia el firmamento. Detrás del humo aparecieron unas

llamas, que esta vez brotaron con inusitada fuerza, convirtiendo la cima en un infierno.

Zena estaba horrorizada. Algo terrible iba a suceder. Lo intuía por el cosquilleo de su piel y el dolor que sentía en el vientre. Tenía que llevarse a los pequeños de allí.

Zena se dispuso a regresar a la cueva, pero antes de que diera un paso la montaña explotó. Una gigantesca columna de humo y llamas brotó de su cima y atravesó las tumultuosas nubes acompañada por un estrépito ensordecedor, mientras miles de toneladas de lava escapaban a través de la endurecida capa de magma que las había mantenido cautivas. Los ardientes fragmentos de roca rodaron por la ladera a cientos de kilómetros por hora, sepultando y abrasándolo todo a su paso.

Al cabo de unos instantes se produjo otra explosión. La montaña escupió unas bolas de roca incandescentes que cayeron sobre la tierra describiendo unos grandes arcos luminosos y sembraron el fuego por doquier, quemando en pocos segundos la hierba, los árboles y los animales que se habían refugiado bajo éstos.

Aterrorizada y demasiado impresionada para reaccionar, Zena permaneció inmóvil y contempló la dantesca escena. Las llamas cubrían por completo el valle que se abría a sus pies, abrasando la estepa y tiñendo el aire de rojo. Los animales corrían despavoridos, pisoteándose unos a otros en el intento de huir de aquel infierno. Una manada de jabalíes echó a correr hacia Zena, pero se desvió en el último momento para dirigirse al cerro. No todos los animales lograron escapar al fuego que asoló la estepa; los gritos de los que morían abrasados se confundían con el crepitar de las llamas y el rugido del volcán.

De pronto un fuerte temblor sacudió la tierra. Zena llamó a Screech, pero éste ya se encontraba junto a ella y tenía el rostro demudado; súbitamente desapareció a través de una inmensa grieta que se abrió a sus pies. Zena cayó y se golpeó en el costado contra el saliente. Trató de llamar a Screech, pero no logró emitir ningún sonido. Entonces aferró a su hijita con un brazo mientras con la otra

mano buscaba el cuerpo cálido de Screech. El pequeño había desaparecido.

Al fin oyó que la llamaba con voz angustiada desde algún lugar situado debajo del saliente. Zena se dirigió hacia él, pero en aquel momento se produjo otro temblor de tierra. Zena estrechó a la criatura contra su pecho y se arrastró hasta el lugar del que procedían los gritos de Screech. Las densas nubes habían eclipsado la luna y Zena apenas veía nada; luego apareció por un instante e iluminó la ladera donde yacía Screech. Zena corrió hacia él y lo condujo de nuevo hacia la cueva, suponiendo que allí estarían a salvo.

Sin embargo, cuando se aproximaron a la entrada del refugio comprobaron que había desaparecido. Zena miró atónita a su alrededor. El saliente se había desplomado sobre la entrada. Zena agarró a Screech de la mano y se dirigió hacia la segunda entrada, pero también ésta había quedado enterrada bajo el peñasco. El refugio había desaparecido, no tenían adonde ir.

El rugido de la montaña fue en aumento hasta convertirse en un sostenido alarido. Zena apretó la cabeza de la criatura contra su pecho y se cubrió una oreja con la otra mano para acallar el sonido. Pero de pronto estalló un clamor aún más potente; la salvaje intromisión del volcán en la atmósfera había desencadenado una pavorosa tormenta; los truenos estallaban por doquier, seguidos de fuertes relámpagos. Uno de ellos alcanzó la cima del cerro y convirtió la zona en un infierno.

Aturdida, incapaz de pensar con claridad en medio de aquel estruendo, de aquel horror, Zena se quedó clavada en el suelo. De pronto un pedazo de roca candente aterrizó a sus pies y la obligó a reaccionar. Zena agarró a Screech de la mano y echó a correr, dejando atrás la montaña que escupía fuego.

Zena y Screech corrieron durante toda la noche a través de la oscuridad, tropezando y cayendo innumerables veces, hasta que estuvieron tan magullados que apenas eran capaces de moverse. Tan sólo la luz de los relámpagos iluminaba el paisaje. Cuando caía

un rayo, la silueta de cada peña, cada arbusto y cada árbol se recortaba con nitidez sobre el cielo escarlata, pero en cuanto desaparecía la incandescente lanza aparecía de nuevo un telón de polvo negruzco que daba a la atmósfera un aspecto lívido e impenetrable. Zena experimentó un deseo irresistible de detenerse pero siguió avanzando, pues presentía una amenaza aún más temible que el fuego. Se volvió en dos ocasiones y vio el resplandor de la lava que se deslizaba a través de la estepa y las colinas, y se sintió como si la misma montaña la persiguiera.

La ferocidad de la tormenta aumentaba por momentos. Los truenos se sucedían sin interrupción y los relámpagos parecían desgarrar el firmamento. De pronto se levantó un fuerte viento que llenó el aire de cenizas. Después empezó a caer una lluvia torrencial, negra e impregnada de hollín. Zena siguió avanzando con la asustada criatura en un brazo, y protegiéndose los ojos con el otro.

A sus espaldas cayó un árbol que produjo un estruendo ensordecedor. Zena echó a correr, desesperada por hallar un refugio. Apenas veía nada y las ramas le arañaban la piel. Era peligroso seguir adelante.

Al volverse para indicar a Screech que la siguiera hacia un saliente que había divisado, comprobó que el pequeño no estaba detrás de ella.

Llamó a Screech repetidas veces, pero no obtuvo respuesta. Supuso que no andaría muy lejos, pues poco antes aún se encontraba junto a ella. Presa del pánico, Zena comenzó a gritar con todas sus fuerzas para hacerse oír sobre el clamor de los truenos, el viento y las llamas, pero Screech no contestó.

Desesperada, Zena decidió retroceder sobre sus pasos, pero la oscuridad le impedía distinguir el camino. Al fin cayó de rodillas y avanzó a gatas, estrechando a la criatura contra el pecho mientras exploraba el suelo con una mano. Quizá Screech se había caído o estaba atrapado en alguna parte.

Pero no consiguió dar con él. Zena exploró el área entera, gritando hasta quedarse ronca. Al fin se tumbó en el suelo, agotada, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Screech había desaparecido. Lo había perdido, al igual que había perdido a su madre.

La criatura rompió a llorar, pero Zena no le hizo caso. Tenía que hallar a Screech; lo quería más que al bebé. Estaba más ligada a él, pues había llegado antes a su vida, cuando ella estaba sola.

Una intensa desesperación se apoderó de Zena. Sentía como si algo en su interior hubiera muerto, como si hubiera sido herida mortalmente de un modo que no lograba comprender. Cerró los ojos y lanzó un gemido, olvidándose de la tormenta, del volcán y del peligro que la amenazaba. Luego se desplomó en silencio sobre la tierra cubierta de cenizas.

II

Zena se despertó ante la total ausencia de sonido. El bosque estaba extrañamente silencioso, como si la furia del volcán hubiera acallado a todos los animales que habitaban allí. No soplaba viento ni se movía ningún animal; tampoco ningún pájaro llamaba a su compañero.

Una gota de agua cayó en un charco y produjo un sonido apenas audible, pues su tono normal quedó sofocado por las empapadas cenizas. Zena volvió la cabeza. El sonido parecía provenir de algún punto lejano, de modo que no hizo caso y trató de conciliar de nuevo el sueño. Pero se sentía incómoda; le dolía todo el cuerpo y tenía la garganta tan irritada que apenas lograba tragar saliva.

Entonces se levantó torpemente pues tenía las piernas entumecidas, y estrechó a la dormida criatura contra su pecho. Durante unos instantes no logró recordar dónde se encontraba.

Luego recuperó la memoria y sintió una punzada de dolor. Screech había desaparecido... Una terrible angustia invadió su corazón al pensar que estaría solo y perdido.

Zena se enderezó y empezó a buscar al niño entre los matorrales. Quizás estuviera cerca. La noche había sido oscura como boca de lobo, terrible. Era posible que ahora que había empezado a clarear lo encontrase. Entonces intentó recordar el camino que habían seguido hasta llegar allí, pero nada le resultaba familiar y sus pasos habían sido borrados por la lluvia. No había huellas ni olores, de modo que recorrió toda la zona una y otra vez, llamando a Screech. Pero no obtuvo respuesta.

Aturdida por el dolor y el cansancio, Zena se apoyó en un árbol para descansar. Cerró los ojos unos instantes pero volvió a abrirlos, sorprendida, cuando la criatura se despertó y empezó a succionar su pecho. En su desesperada búsqueda de Screech, casi se había olvidado de su hijita.

Al ver mamar a la criatura, Zena comprendió que también ella misma estaba hambrienta. Pero aquel desolado paraje no le ofrecía esperanzas de hallar comida. No había la menor señal de vida. El calor y el viento habían arrancado las hojas de los árboles; el fuego había calcinado las plantas y los arbustos. El aire estaba impregnado de un intenso olor a madera quemada y hollín húmedo.

Zena se estremeció. ¿Cómo sobreviviría en ese lugar? El sol no proporcionaba calor, ni había arbustos con bayas; tampoco había una charca que contuviera bulbos ni campos donde crecieran los tubérculos. No existía nada de eso. Quizá ya no existiera en ninguna parte del mundo. Zena había visto como todo se quemaba mientras huía.

De pronto se le ocurrió que tal vez aún existía la charca a la que ella solía ir. Quizá Screech, al no encontrar a Zena, había regresado a ella.

La imagen de Screech aguardando junto a la charca le infundió ánimos, así que comenzó a trepar por una peña que se hallaba junto a la cima de la colina, y desde la cual se divisaba un amplio

panorama de la zona. Resbaló en un par de ocasiones pues la peña estaba cubierta de hollín, pero siguió avanzando, resuelta a alcanzar la cima y comprobar si el lugar que le había brindado refugio durante tantos años podía seguir cobijándola y le devolvía a Screech.

El paisaje que se abría ante ella era desolador. La lava, negra e inerte, se extendía hasta el horizonte. Nada tenía vida en aquella vasta llanura, excepto el vapor que brotaba de la dura roca. La lava se había precipitado sobre el valle, más abajo del refugio, y había borrado toda señal de la rica flora y fauna que existía en la zona, deslizándose a través de las colinas y extendiéndose más allá del profundo barranco que separaba a Zena de la meseta que había visto un día desde la cima del cerro.

Las esperanzas de Zena se vinieron abajo. No podía regresar, y Screech no estaría esperándola junto a la charca. De ésta, cuyas aguas solían relucir bajo el sol, tan sólo quedaba un charquito lleno de cenizas. No había hierba ni arbustos, nada. Incluso los árboles que crecían junto al río habían desaparecido, calcinados por las llamas.

Asustada, Zena rompió a llorar. Del volcán brotaban todavía unas llamas. El peligro no había pasado: los arcos incandescentes atravesando el firmamento, la lava, la impenetrable oscuridad que era aún peor que el fuego y los temblores de tierra que sacudían las rocas y hacían que se desplomara el cerro podían repetirse.

Zena decidió ir en busca de Screech para luego abandonar aquel lugar de inmediato. ¿Pero adonde podía ir? Alzó los ojos y contempló de nuevo la elevada meseta. Sólo allí distinguía árboles, hierba y el movimiento de animales.

Tras sentar a la criatura sobre su cadera, Zena descendió por la peña y echó a andar hacia la meseta con renovados ánimos. Había perdido a Screech cerca de ese lugar y estaba convencida de que ahora, a la luz del sol, no le resultaría difícil dar con él. Mientras avanzaba por el camino sembrado de hollín, Zena no dejaba de escrutar la zona y de llamar a Screech. Pero no percibió ningún sonido. En cierta ocasión apareció una serpiente que dejó un largo y

curvado rastro gris a su paso. Al cabo de un rato, Zena tropezó con un par de antílopes que habían logrado escapar del fuego. Al verla, se alejaron apresuradamente y desaparecieron detrás de unos arbustos.

Al aproximarse al barranco, Zena oyó un potente clamor que le hizo arrugar el ceño, confundida. La noche anterior no había percibido ese ruido. Siguió avanzando con cautela y de pronto se detuvo. El ruido procedía del agua. La tormenta había transformado el barranco en un turbulento río. Zena lo contempló desolada. La imagen del torrente en el que había perecido su madre casi se había disipado de su memoria, pero su cerebro y su cuerpo reaccionaron de forma instintiva: se apartó de un salto de la peligrosa corriente y comenzó a trepar por la colina para buscar otra vía de acceso a la meseta. Durante horas dio vueltas y más vueltas, pero acababa siempre regresando al barranco. No había forma de sortearlo. Para llegar a la meseta tenía que atravesar el impetuoso río, lo cual era imposible.

Sollozando y desalentada, Zena se dejó caer en el suelo: estaba atrapada.

De pronto el llanto de la criatura la hizo reaccionar. Zena contempló su diminuto rostro y acarició sus suaves mejillas con las yemas de los dedos. Poco a poco empezó a imaginarse un paisaje de verdes praderas, de animales pastando, de árboles y arbustos cargados de frutos. Esas cosas existían en la meseta; ella las había visto. Además, tenía la obligación de procurar que la criatura sobreviviera.

Zena se incorporó y se dirigió de nuevo hacia el barranco. Tenía que alcanzar la meseta. Era su única esperanza. Caminó durante un buen trecho en busca del lugar adecuado para atravesar el río, pero sólo veía unos tumultuosos rápidos que la arrastrarían irremisiblemente.

Casi sin fuerzas, Zena continuó avanzando. Tropezó con una rama y cayó sobre un matorral calcinado. Al levantarse, apoyó la mano en un objeto redondo que se partió bajo su peso. Sorprendida,

miró hacia abajo y vio que se trataba de un huevo bastante grande, junto al cual había otros cuatro. La perspectiva de comer algo agudizó las punzadas de hambre que Zena había sentido toda la mañana. Partió la cáscara de un huevo con la uña y se dispuso a sorber el contenido, pero no salió nada. Impaciente, rompió toda la cáscara y debajo de ella apareció el huevo, éste más tierno. Zena lo olfateó y se lo introdujo en la boca. Su solidez la sorprendió, pero sabía bien. A continuación devoró el resto de huevos y casi de inmediato se sintió más fuerte.

Luego siguió andando. Al cabo de un rato, mientras contemplaba una roca que sobresalía en el agua, percibió un olor que le resultaba muy familiar. No era el olor de Screech, pero se le parecía mucho.

El olor se desvaneció antes de que Zena lograra identificarlo. Más adelante vio un árbol cuyo gigantesco tronco yacía atravesado en el barranco. Sus ramas, gruesas como las de los árboles que Zena había visto junto al río, creaban una impenetrable espesura. El tronco y las ramas estaban resbaladizos debido a la lluvia y a las turbias aguas del río que discurría entre las rocas.

Zena contempló el árbol, asustada ante la oportunidad que éste le ofrecía. Palpó el tronco pero su mano resbaló. Luego agarró una de las ramas que, aunque también estaba resbaladiza, le proporcionaba un asidero seguro. Con lentos movimientos, Zena se montó sobre el inmenso árbol y, estrechando a su hijita contra su pecho, deslizó un muslo sobre la mojada superficie y luego el otro.

Una rama gruesa y retorcida le impedía avanzar. Con gran cuidado, Zena consiguió superar el obstáculo y cuando alcanzó el otro extremo del tronco lanzó un suspiro de alivio. Aunque debajo aún había tierra firme, si seguía avanzando se adentraría en el río. Zena contempló el barranco para calcular su profundidad, y cerró los ojos asustada. El agua discurría entre dos peñas que se hallaban a unos tres metros debajo del árbol y luego se precipitaba a través de una estrecha hendidura para caer en cascada sobre las rocas. Si caía al río, jamás saldría de él con vida.

Zena oyó el rugido del agua, pero no se atrevió a mirar hacia abajo. Lo que hizo fue fijar la vista en otra rama del tronco y el lugar al que se aferraría una vez lograra superar el siguiente obstáculo. Al cabo de unos minutos se topó con dos grandes ramas que formaban un ángulo agudo. Lentamente, sujetando a la criatura con un brazo y una gruesa rama con la otra mano, Zena pasó a través de las ramas, pero resbaló. Sobresaltada, la criatura empezó a llorar. Zena la sostuvo con fuerza mientras intentaba recuperar el equilibrio. Al fin consiguió montarse de nuevo sobre el tronco.

Temblando de miedo y cansancio, Zena se detuvo a descansar unos instantes. Ante ella se extendía una zona desnuda, sin ramas ni hojas a las que agarrarse. Entre Zena y el tumultuoso río sólo existía el gigantesco y resbaladizo árbol. La parte principal del tronco se alzaba en el aire, sostenida por unas ramas más pequeñas que se apoyaban en el suelo. Una de las dos partes en las que se dividía el tronco cerca de la copa era más estrecha y presentaba menos obstáculos que la otra, pero no estaba bien afianzada en la orilla del río. Zena dudó, sin saber qué hacer, pero cuando alcanzó el lugar donde el tronco se dividía en dos comprobó que no tenía opción. Era imposible trepar por la parte más gruesa, de modo que empezó a deslizarse muy despacio por el tronco más pequeño. Ya faltaba poco para alcanzar la orilla.

Con cuidado, Zena se incorporó para sortear una rama que se alzaba en medio del tronco. Pero no llegó a ponerse en pie, porque en aquel momento el tronco se movió. Las ramas que sostenían el tronco más grande cedieron y éste cayó al suelo, arrastrando al más pequeño que se precipitó en el agua.

Zena gritó, se aferró desesperadamente al tronco con las piernas y extendió una mano para agarrarse a unos elevados arbustos que crecían en el margen opuesto. Pero al caer el árbol perdió el equilibrio y no consiguió sujetarse. El brusco movimiento casi le hizo soltar a la criatura. Zena sabía que no lograría resistir mucho tiempo y temía dejar caer al bebé en las impetuosas aguas.

Con un gigantesco esfuerzo, la mujer levantó los brazos mientras se agarraba al tronco del árbol con las piernas y lanzó a la criatura hacia los arbustos. Luego se aferró con todas sus fuerzas a una rama que tenía ante ella mientras el árbol oscilaba de modo violento sobre el barranco.

Al cabo de unos instantes, el tronco se precipitó sobre la ribera. Casi de forma involuntaria, Zena se quedó contemplando la impetuosa corriente que discurría por el barranco, alcanzándole el rostro y lamiéndole las piernas como si pretendiera arrastrarla consigo.

Aturdida, cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, lanzó un gemido de desesperación. No había escapatoria. Era imposible trepar por aquella escabrosa y resbaladiza orilla del río erosionada por la acción de las tumultuosas aguas. Los arbustos se alzaban por encima de Zena, lejos de su alcance. La criatura permanecía quieta, sin emitir el menor sonido.

Capítulo 5

I

Dak anduvo en silencio a través del bosque. Había dejado a los otros agazapados debajo de una peña en el barranco. Allí estaban a salvo. Era peligroso aventurarse más lejos tratando de huir de la montaña que escupía fuego. Después de la explosión habían caminado durante horas, pero la tormenta era tan intensa que Dak no se atrevía a alejarse más. Los árboles caían abatidos por los rayos o calcinados por las llamas y el aire estaba tan cargado de humo y polvo que no se veía nada. Por otra parte, Myta llevaba consigo a sus dos hijitos, y Rune, su madre, era demasiado vieja para correr. Klep, su hermano menor, era fuerte, pero sus cortas piernas no estaban acostumbradas a caminar durante toda una noche.

Dak decidió regresar al barranco, del que se había alejado al oír unos angustiosos gritos que le causaron una honda impresión. No sabía qué clase de criatura los había emitido ni por qué, pero a él le habían traspasado el corazón. Incluso cuando dejó de oírlos, no había logrado apartarlos de su pensamiento y, haciendo caso omiso de la tormenta, había partido para tratar de socorrer al desgraciado ser que los profería.

De pronto un pedazo de roca candente aterrizó junto a él, incendiando un arbusto. Dak agarró una rama y sofocó con él las llamas. No quería que el fuego se propagara y le impidiese regresar junto a los suyos. Dak observó con curiosidad la punta de la rama, que estaba encendida y arrojaba un resplandor rojo. Luego siguió avanzando.

Al alcanzar el extremo del cerro, notó que el terreno empezaba a ascender en dirección al sur. La zona no le resultaba familiar. Él y los otros habitaban un valle orientado hacia el este, detrás del cerro, y rara vez ascendían la abrupta colina, pues sabían que el leopardo cazaba por aquellos parajes. Apar, la hermana de Dak, se había aventurado allí un día en busca de fruta y jamás regresó. El hijito de ella también había desaparecido, aunque sólo habían hallado el cuerpo de Apar colgando de un árbol.

Un día ya lejano, Dak había trepado hasta la cima del cerro atraído por el olor de otras criaturas, procurando evitar el territorio del leopardo. Dak sonrió al evocar una imagen de la charca y de la compañera que había encontrado allí.

El recuerdo se desvaneció cuando Dak oyó un sonido apagado. Parecía un gemido, como los que emiten las criaturas jóvenes cuando están asustadas o hambrientas. Dak avanzó con cautela, olfateando el aire impregnado de humo. Más adelante percibió un olor que desapareció al cabo de unos segundos, cuando una ráfaga de aire levantó las hojas y cenizas que vacían en el suelo del bosque y las arrojó contra su rostro. No obstante, Dak se dio cuenta de inmediato que aquel olor le resultaba familiar.

El gemido sonaba cada vez más fuerte. Dak arrugó el ceño, consternado. ¿Cómo había llegado una criatura joven hasta allí? Dak había dejado a los otros en el barranco. No faltaba ninguno, y aquel olor no pertenecía a un miembro de su grupo, aunque era parecido. Dak entornó los párpados mientras trataba de identificar el olor.

El sonido lo percibía ahora debajo mismo de sus pies. Provenía de debajo de un inmenso árbol que había caído. Dak sostuvo el extremo incandescente de la rama junto al suelo y examinó el amasijo de ramas. Entre ellas yacía una pequeña figura.

Dak se arrodilló, tratando de ver con más claridad a través de la lluvia y el aire impregnado de hollín. Al acercarse al extremo de la rama al lugar donde yacía la criatura, ésta se estremeció. El resplandor que arrojaba la rama iluminó la escena y la oscura figura

cobró forma. Se trataba de un ser joven. Una gruesa rama cubría su cuello y hombros, impidiéndole moverse. En la espalda tenía una larga cicatriz.

Dak sintió que se le erizaba el vello del codo. Aquella cicatriz tenía un significado para él. La reconoció al instante, pero no recordaba el significado. Al introducir la mano a través de las ramas y tocar la pequeña forma, la criatura alzó el brazo para defenderse y comenzó de nuevo a gemir. Dak dudó unos momentos. No tenía costumbre de rescatar a criaturas que no pertenecían a su grupo, pero ésta despertaba en él su instinto de protección.

Dak observó el árbol. La mayor parte de su peso estaba sostenido por unas ramas, una de las cuales había caído sobre la criatura, atrapándola. Existía el peligro de que las otras se rompieran y la aplastaran. Dak trató de levantar la rama, pero el peso del árbol se lo impidió. Apretando las mandíbulas por el esfuerzo, Dak se arrodilló debajo de una enorme rama y trató de levantarla. De golpe todo el árbol cayó al suelo. Entonces se apresuró a coger en brazos a la criatura y retrocedió de un salto mientras el gigantesco árbol se estrellaba contra la húmeda tierra, partiéndose en dos.

Dak contempló a la criatura que sostenía en brazos. Su rostro estaba cubierto de sangre, pero tenía los ojos abiertos. Al ver a Dak, emitió un sonido que éste desconocía y le acarició la mejilla. Luego suspiró hondo y cerró los ojos.

Dak dudó de nuevo. Los gritos que había oído resonaban todavía en su mente, pero aún no había hallado a la criatura que los había emitido. La joven criatura que sostenía en brazos no era la autora de esos gritos. Quizás había otra criatura atrapada bajo un árbol, o que yacía herida en algún lugar. Dak exploró la zona, pero la oscuridad le impedía ver con claridad.

De pronto empezó a soplar el viento, silbando con furia y arrojando cenizas contra el rostro de Dak. Éste percibió un nuevo ruido, que lo hizo volverse hacia el barranco. Era el sonido que producía el agua al golpear las peñas. Dak echó a correr y se

asomó al barranco. El nivel del agua había aumentado y calculó que si se metía en el río ésta le alcanzaría los tobillos. Al recordar a los otros, que permanecían agazapados junto al peñasco aguardando su regreso, Dak dio media vuelta y retrocedió sobre sus pasos.

La pequeña criatura que transportaba en brazos no dejaba de gemir mientras él avanzaba rápidamente a través del bosque. Dak miró su rostro, pero no detuvo el paso. El nivel del agua ascendía por momentos; era preciso apresurarse. Pero cuando llegó al lugar donde había dejado a los otros, comprobó que habían desaparecido. Alarmado, miró a su alrededor. En aquel momento cayó un rayo y el resplandor iluminó unas huellas en la vertiente norte del barranco. Dak dio un suspiro de alivio al comprender que los otros habían logrado atravesar el río. Al meterse en el agua comprobó que ésta le cubría los tobillos; durante unos instantes le alcanzó el pecho. Dak alzó los brazos para sostener en alto al pequeño mientras atravesaba el río. La corriente pronto sería tan turbulenta que ninguna criatura conseguiría atravesarla. Los otros habían hecho bien en adelantarse.

Al alcanzar la orilla Dak trepó por el terraplén, examinando con atención las huellas. La lluvia había borrado buena parte de ellas, pero por las marcas que aún eran visibles Dak comprendió que los otros se dirigían hacia el norte. Durante el día anterior, mientras las monstruosas nubes se abrían y derramaban una lluvia torrencial, su madre, Rune, los había instado a tomar esa dirección. Rune conocía algunos lugares que los otros jamás habían visto, pues había vivido muchos años. Cuando la montaña hizo explosión, Rune llamó a Dak, Myta y Klep y, junto con los pequeños, partieron apresuradamente hacia el norte. Dak recordaba haber visto una meseta al norte el día que subió al cerro para dirigirse a la charca. Se trataba de una pradera verde, llena de animales. Estaba lejos de la montaña que arrojaba fuego, de modo que allí estarían seguros.

Las huellas conducían a un claro en el bosque. El fuego había quemado todos los árboles, así que no había peligro de que el bosque se incendiara de nuevo. Un coro de voces recibió el olor que

emanaba de Dak, anunciando su presencia, y los otros echaron a correr hacia él.

Dak se alegró al ver que todos estaban ilesos. Rune, Myta y Klep se agolparon a su alrededor, pero retrocedieron alarmados al ver que Dak sostenía a una joven criatura en los brazos. Cuando Dak les aseguró que el pequeño era inofensivo se acercaron de nuevo y lo tocaron con suavidad. Rune lo olfateó, arrugando el ceño, miró a Dak con aire interrogante y volvió a olfatear al pequeño. Luego tomó a Screech en brazos y empezó a lamer la sangre que le cubría el rostro mientras emitía unos sonidos tranquilizadores.

Dak observó a su madre perplejo. Rune sólo trataba así a sus hijos, o a los hijos de sus hijas. Dos de sus hijas habían muerto a causa de una enfermedad que había diezclado al grupo; otra se había marchado en busca de un compañero. De los hijos de Rune, sólo Dak y Klep seguían en el grupo. Antes, estaba Apar; Rune también se había comportado de ese modo con el hijito de Apar...

Dak dejó de darle vueltas al asunto. El comportamiento de Rune indicaba que aceptaba al pequeño que Dak había encontrado en el bosque, y eso era lo único que importaba.

Rune también estaba extrañada, pero sabía que su intuición no la engañaba. Había reconocido de inmediato al hijo de Apar. Exhalaba un olor singular, que Rune conocía a la perfección. Antes de que el pequeño desapareciera, ella lo había cuidado, lamiéndolo y dándole de comer, transportándolo en brazos a todas partes. Su olor era la prueba de que formaba parte del grupo.

Rune cogió unas hojas que se habían salvado del fuego y depositó a Screech con suavidad sobre ellas. Al moverlo, el pequeño volvió a gemir. Rune lo examinó de forma muy minuciosa. El pequeño tenía un brazo torcido, hinchado y magullado, y también unos morados sobre los hombros y el cuello. Rune le dio la vuelta para que el brazo hinchado no quedara apoyado contra el suelo. Tenía también una herida en la frente y Rune la lamió hasta que dejó de sangrar.

Screech emitió un leve sonido. Los hijitos de Myta se acercaron y observaron al recién llegado con curiosidad, pero Rune les ordenó que lo dejaran tranquilo. Permaneció toda la noche junto a él, impidiendo a los otros que se aproximaran demasiado al pequeño. De vez en cuando, bebía un sorbo de agua en un charco que había a sus pies y aplicaba sus labios sobre los del pequeño; buena parte del agua se deslizaba por la barbilla y el cuello de éste, pero al menos conseguía tragar unas gotas. Cada movimiento le provocaba una mueca de dolor. Había permanecido durante horas tendido en el suelo, atrapado bajo el peso de la enorme rama, y tenía todo el cuerpo dolorido. Rune no le quitaba los ojos de encima, observándole preocupada.

Screech volvió a emitir un extraño sonido. Rune se inclinó sobre él de forma solícita, pero el pequeño arrugó el ceño y volvió la cara. Quería a otro ser a su lado. Buscaba a Zena. Al recordar su imagen, en su rostro se dibujó una pequeña y breve sonrisa.

En cierta ocasión había creído oír la voz de Zena, pero no sabía si el sonido era real o sólo formaba parte de las visiones que tenía mientras yacía bajo el árbol. Tampoco estaba seguro de si ella había respondido a su llamada. Cansado, Screech cerró de nuevo los ojos y siguió esperando. Había esperado durante las largas horas de la noche, atrapado bajo el árbol, y podía seguir haciéndolo un poco más. Sabía que Zena acudiría a rescatarlo, como había hecho siempre; estaba convencido de ello.

II

Algunas horas más tarde empezó a filtrarse la luz a través del aire impregnado de cenizas y hollín. El color rojizo había desaparecido del firmamento y la lluvia había cesado. Dak se levantó de su lecho de hojas y se desperezó. Klep lo cogió de la

mano y lo condujo hacia el lugar donde yacía el pequeño. Haciendo caso omiso de las amonestaciones de Rune, palpó suavemente la cicatriz que tenía Screech en la espalda. Ese gesto despertó un vago recuerdo en la memoria de Dak: se vio a sí mismo junto a la charca, recorriendo la cicatriz con la yema de los dedos...

Era el pequeño macho que había conocido junto a la charca. Pero ¿dónde estaba la joven hembra con la que había yacido? Dak frunció el ceño, intrigado. La hembra le había gustado y deseaba verla de nuevo. Quizá se encontraba herida en alguna parte. Dak decidió ir en su busca.

Rune se acercó a Dak y señaló hacia el norte, indicándole que deseaba partir. Dak alzó la vista y contempló la montaña que arrojaba fuego. Ésta podía volver a estallar y dejarlos allí atrapados. No había tiempo para ir en busca de la joven hembra. Dak era el único adulto que quedaba en el grupo, y tenía que ayudar a Rune y a los otros a escapar.

El joven se volvió y echó a caminar con tristeza hacia el norte. Rune cogió a Screech en brazos y lo siguió, pero el pequeño pesaba demasiado y al cabo de un rato se lo entregó a Dak. Klep caminaba a grandes zancadas junto a su hermano, intentando no perder el paso. Los dos hijitos de Myta echaron a correr a través del bosque, indiferentes ante los estragos que habían causado el volcán y la tormenta. Myta salió tras ellos, llamándolos para que no se alejaran demasiado.

Los dos pequeños habían nacido al mismo tiempo, casi un año después de que Myta, desnutrida y asustada, apareciera en el valle. Al principio Rune había tratado de ahuyentarla, pero Myta se negaba a marcharse. Permanecía siempre junto a ellos, cuando dormían y cuando iban a buscar comida, inclinando la cabeza en actitud sumisa cada vez que Rune o uno de sus hijos se acercaba a ella. Al fin acabaron acostumbrándose a su presencia. Al poco tiempo Myta les comunicó que estaba preparada para copular. Dak y otro macho yacieron con ella repetidas veces. A partir de entonces, Rune aceptó a Myta como un miembro más del grupo.

La aprobación de Rune era fundamental, pues ella era la indiscutible matriarca del grupo. Dak observó a su madre con admiración mientras ésta caminaba junto a él, con los ojos clavados en el norte, en aquel lugar donde deseaba instalarse. Rune les había enseñado qué clase de alimentos debían comer, dónde hallar refugio y cómo proteger y alimentar a los pequeños; ella les había conducido a otros lugares cuando la comida empezaba a escasear. Durante la sequía que había matado a tantos miembros del grupo, cuando Dak era niño, Rune los había conducido al valle que se extendía detrás del cerro, allí donde existía agua y comida al alcance de quienes conocían el territorio, como Rune. Ahora, los conducía de nuevo hacia un lugar seguro.

Dak bajó la vista, sorprendido, a medida que las hojas húmedas e impregnadas de cenizas que tapizaban el suelo del bosque dejaban paso a una sustancia blanda y pegajosa que casi le cubría los pies. Al alzar la vista se dio cuenta de que habían dejado el bosque atrás. Por primera vez desde que habían huido del volcán, Dak veía el paisaje con nitidez. Todo el terreno que los rodeaba estaba cubierto por una costra negra y dura sobre la que yacía una delgada capa de ceniza todavía húmeda debido a la lluvia. La lava cubierta de cenizas se extendía hacia el este y el oeste, y hasta el borde del erosionado acantilado que aparecía al norte. Sobre el acantilado se hallaba la meseta, donde se veían unos prados.

Klep llamó a Dak. Había descubierto unos huesos que asomaban por entre la lava. Al acercarse, Dak comprobó que los huesos conformaban el esqueleto de un antílope. Éste yacía en el suelo, como si durmiera, aunque buena parte de la carne había desaparecido. Dak arrancó un pedazo de carne quemada de las costillas del animal. Tenía un sabor amargo. Pero más adelante halló los restos de un animal cuya carne estaba en mejores condiciones, y llamó a los otros para que la probaran.

Rune arrancó un trozo de carne y lo devoró con avidez. Luego metió un pedazo más pequeño en la boca de Screech. El pequeño

se atragantó y emitió un quejido. Rune miró preocupada a Dak. El pequeño macho tenía los labios muy calientes.

Los hijitos de Myta comenzaron a jugar con los cuernos del animal, entre risas, mientras los otros devoraban su carne. Llevaban muchos días sin comer. Tras saciar su apetito, reanudaron la marcha a través de la inmensa explanada cubierta de lava, dejando sus huellas sobre las húmedas cenizas. El calor del sol secó las huellas, dejando una marca indeleble de su paso por aquel lugar.

De pronto Klep se puso a gritar y brincar. Dak corrió hacia él pero al instante comenzó a dar brincos, pues las cenizas estaban ardiendo. Dak apartó a Klep de aquel lugar, pero a medida que el sol brillaba con más fuerza las cenizas empezaron a calentarse y tuvieron que avanzar a saltitos para no quemarse las plantas de los pies. Al poco rato empezó a atormentarlos la sed. Dak recordó las hojas húmedas que habían dejado atrás, en el bosque, mientras se pasaba la lengua por los labios agrietados.

Frente a ellos vieron una roca que se elevaba en medio de la lava y se detuvieron a descansar unos instantes sobre ella, aliviados de poder retirar los pies del ardiente suelo. Sin embargo, la acuciante sed los obligó a reanudar de inmediato la marcha. Myta era quien más necesitaba el agua, pues estaba amamantando a sus pequeños y empezaba a deshidratarse. Rune los condujo hacia la derecha, llevando a Klep de la mano. El instinto que le proporcionaban sus años de experiencia, le decía que en aquel lugar hallarían agua. A la derecha de la meseta el terreno se inclinaba en sentido descendente, y Rune sabía que eso indicaba la presencia de un pantano.

De pronto, más allá de una pequeña loma, Dak divisó una charca de agua turbia. Avanzó a trompicones hacia ella, sin advertir que la lava y las cenizas habían desaparecido para dar paso a una hierba fresca y mullida. Dak bajó la vista, asombrado. Todavía quedaban restos de lava y cenizas, que se extendían como lenguas negras hacia el pantano. Pero frente a él había un maravilloso prado verde y, más allá, el agua.

Rune y Klep se habían adelantado y estaban arrodillados junto a la charca, bebiendo con avidez. Myta seguía a sus hijitos. Los pequeños habían echado a correr alegremente hacia el pantano, pero en lugar de detenerse a beber se metieron en el agua. Myta gritó para advertirles que corrían peligro y los pequeños salieron en el acto. Myta había divisado unos ojos feroces sobre la superficie del agua. No sabía a qué animal correspondían, pues jamás había visto algo semejante, pero presentía que podía lastimar a sus hijos.

Dak se arrodilló junto a la charca para beber. Al inclinarse sobre el agua vio el largo cuerpo del animal debajo de la superficie. Estaba cubierto de escamas, tenía la cola muy larga y un morro alargado que exhibía unos dientes afilados y temibles. Dak indicó a su madre la presencia del animal y Rune retrocedió, advirtiéndole a los otros por medio de gestos que el animal podía herirlos con sus feroces fauces.

Los dos pequeños se apartaron al instante del agua, pero su temor se disipó rápidamente al ver unas ranitas brincando en el pantano. Los mellizos echaron a correr tras ellas, hundiendo los pies en el húmedo musgo que rodeaba la charca. Uno de ellos cogió un puñado de musgo y se lo arrojó a su hermano, quien no tardó en contraatacar.

Los demás se alejaron del territorio del cocodrilo y se sentaron junto a otra pequeña charca que había en el pantano, donde refrescaron sus doloridos pies. Luego se tumbaron sobre una explanada cubierta de hierba para descansar un rato. Dak miró satisfecho a su alrededor. La comida abundaba en ese lugar. Los pantanos estaban repletos de plantas comestibles, además de toda clase de insectos, reptiles, pequeños mamíferos y aves.

Dak dejó con cuidado a Screech en el suelo. El pequeño macho apenas se movía y no había emitido un solo sonido desde hacía mucho rato, ni siquiera cuando Dak había echado a correr hacia el agua. Ahora el pequeño abrió los ojos y lanzó otro débil gemido.

Rune se acercó y observó preocupada al pequeño.

Dak creyó ver unas lágrimas en sus ojos, lo cual le alarmó aún más. Rune se dirigió con paso decidido hacia la charca y sorbió un poco de agua. Era preciso dar de beber al pequeño. Estaba deshidratado debido al calor de la lava y tenía mucha fiebre. Screech no se resistió cuando Rune aplicó sus labios sobre los de él, pero no conseguía tragarse el agua.

Mientras Rune permanecía inclinada sobre el pequeño, una bola de musgo la golpeó en la espalda. Rune se volvió y reprendió a los mellizos. Luego se le ocurrió una idea: el musgo tenía un tacto refrescante. Rune indicó a uno de los niños que le entregara la bola de musgo y la aplicó sobre la frente de Screech. Luego pidió a los niños que recogieran más musgo. Éstos obedecieron y regresaron con un montón que Rune depositó sobre el pecho y el cuello de Screech. El frescor del musgo parecía aliviarlo, pues la expresión del pequeño se relajó. Satisfecha, Rune se sentó junto a él para aguardar a que le bajara la fiebre.

Dak se incorporó y trepó hasta la cima del acantilado que se alzaba sobre el pantano. Desde allí se divisaba el valle donde habían vivido. El contraste entre el lugar donde se hallaba en aquellos momentos y el sitio de donde provenía resultaba asombroso. Aquí, todo era verde y frondoso, mientras que más abajo se extendía un panorama devastado por el volcán, negro e inerme. Sólo los árboles del bosque que habían dejado atrás, erguidos sobre las cenizas, rompían la monotonía del siniestro paisaje. Al cabo de unos minutos Dak vio unos antílopes y unos jabalíes que aprovechaban el frescor del atardecer para atravesar la estepa cubierta de lava. El grupo de animales era reducido, pero demostraba que algunos habían logrado sobrevivir. A lo lejos, cerca del lugar donde habían tropezado con la lava, Dak creyó ver otra criatura que caminaba en posición erecta, como él. Pero por más que se esforzó no logró distinguir su forma y tamaño.

Dak dirigió la vista hacia el horizonte. El sol acababa de desaparecer y el firmamento estaba teñido de rojo. Su resplandor iluminaba las voluminosas nubes que asomaban detrás del

humeante volcán, dando a la lava un color púrpura. El paisaje parecía oscilar ante Dak a medida que empezaba a oscurecer. Al cabo de un rato decidió regresar junto a los otros. No tardaría en caer la noche y debía protegerlos. Aquí estaban a salvo del volcán, pero podían acecharles otros peligros. Cuando regresó al pantano, Dak comprobó que Rune y los otros se habían instalado a unos cuantos metros del agua y los cocodrilos. Dak cogió unas cuantas piedras para arrojarlas contra cualquier depredador que se acercara y Klep hizo otro tanto. Rune también había cogido una piedra para defenderse.

Dak se acercó a su madre, que yacía junto a Screech sobre un montón de hierba. El pequeño macho permanecía inmóvil y silencioso. Mientras Dak lo contemplaba abrió los ojos durante unos instantes y gimió, pero enseguida volvió a cerrarlos. Dak miró a su madre, pero el rostro de Rune mostraba una expresión impenetrable.

Rune acarició la mano y la frente del pequeño. A pesar del frescor y la humedad del musgo, Screech estaba todavía ardiendo. La anciana miró a Dak y sacudió la cabeza con tristeza.

Dak suspiró y se echó junto a ellos. Aun dormido, su oído permanecía alerta para detectar el menor sonido extraño. Al cabo de un rato oyó a un animal que hociaba en busca de comida y un coro de insectos. También percibió el chillido de un ave y el alarido de un animal al caer víctima de un depredador. Sin embargo, ninguno de esos sonidos despertaron a Dak, aunque era consciente de ellos. De pronto oyó unos gritos que lo obligaron a incorporarse de forma brusca. Los gritos cesaron, pero al cabo de unos momentos se reanudaron desde otro punto más lejano.

Dak se acostó de nuevo. Los gritos que había oído con anterioridad eran distintos. Se durmió y soñó con la joven hembra con quien había copulado junto a la charca. Estaba sentada sobre la lava, la cabeza entre las manos mientras gritaba llena de angustia. Dak vio su imagen una y otra vez, y a la mañana siguiente, al

despertarse, no sabía si había oído realmente unos gritos o si había soñado.

Capítulo 6

I

Zena se aferró con ambas manos a una gruesa rama para conservar el equilibrio mientras el tronco se precipitaba sobre la ribera, arrancando unos terrones que cayeron al agua y desaparecieron bajo la superficie.

El tronco se había desplomado sobre el río. Zena notó que el agua le lamía las rodillas y le salpicaba los ojos, pero no se atrevía a enjugarse la cara por temor a caer del tronco. No osó mover ni un músculo del cuerpo. Estaba atrapada, a merced de la impetuosa corriente.

Zena se apoyó contra la rama y de pronto ovó un débil gemido, apenas audible sobre el clamor del agua. Estaba casi segura de que se trataba de la pequeña.

Haciendo acopio de las escasas fuerzas que le quedaban, se incorporó. Tenía que rescatar a su hijita.

Con gran cuidado, se secó los ojos con una mano para ver mejor. A un lado el torrente discurría con violencia entre las rocas, al otro había unos matorrales llenos de enredaderas y unas ramas que colgaban del tronco principal. Si conseguía alcanzarlas, tal vez lograra ponerse en pie.

Pero cuando empezó a deslizarse hacia delante, un tronco que flotaba a la deriva la golpeó en una pierna. Asustada, Zena se levantó y agarró una enredadera que pendía junto a ella, entre los matorrales. Al incorporarse resbaló y quedó suspendida sobre el agua, que le alcanzaba el pecho. Zena se aferró a la enredadera con todas sus fuerzas mientras la tumultuosa corriente intentaba arrastrarla consigo.

Temblando debido al esfuerzo, miró a su alrededor en busca de algún punto de apoyo. El tronco que había chocado contra ella se hallaba a escasa distancia, flotando en la impetuosa corriente, y Zena apoyó los pies sobre él. El tronco sostuvo su peso durante unos minutos, pero luego empezó a deslizarse con gran rapidez río abajo y la lanzó contra los matorrales. Pese al brusco movimiento, Zena se sintió más segura, pues el agua le llegaba sólo a las rodillas y alcanzaba las ramas. Sujetándose a una de ellas, se elevó por encima del agua hasta conseguir sustraerse al ímpetu de la corriente.

Estaba segura de haber oído a la criatura, que no dejaba de berrear. El sonido hizo que Zena redoblara esfuerzos por salvarla. Lentamente, se arrastró a través del amasijo de ramas hasta que se situó debajo del tronco principal. Luego, rodeándolo con ambos brazos, consiguió montarse sobre él. Esta vez no intentó sentarse a horcajadas, sino que se tumbó boca abajo y así se dejó transportar hacia la orilla del río.

Al cabo de unos instantes advirtió que el agua ya no le salpicaba el rostro y bajó la vista para contemplar el torrente que discurría a sus pies. En aquel momento sintió un alivio tan inmenso que casi perdió el equilibrio. Por fin estaba en tierra firme. Tras enjugarse unas lágrimas de emoción, se encaminó hacia el lugar del que provenían los berridos de la criatura.

De pronto ovó un ruido que hizo que su corazón empezara a latir de forma violenta, rebosante de esperanza. Era un estornudo igual a los que lanzaba la criatura cuando Zena atravesaba la polvorienta cueva con ella en brazos. Zena echó a correr y vio que su hijita yacía entre unos arbustos, junto al barranco, moviendo los pies y agitando sus diminutos puños como si tratara de liberarse de algo que la tenía atrapada. Aparte de un chichón en la frente y unos rasguños en el abdomen, estaba ilesa. La criatura miró a su madre y gimió. Zena la estrechó entre sus brazos mientras unas gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

El bebé suspiró y empezó a mamar. Zena se sentó, aturdida por el cúmulo de emociones que había experimentado durante las últimas horas. Al cabo de unos minutos se levantó. Estaba a punto de anochecer y tenía que hallar un refugio. Se encontraba tan cansada que las piernas no la sostenían y apenas lograba mantener los ojos abiertos, pero continuó avanzando. Lo único que la impulsaba a seguir adelante eran los movimientos y sonidos que emitía la criatura. Cada vez que tropezaba o sus brazos empezaban a relajarse, la pequeña se revolvía y gritaba asustada.

De repente Zena reparó en que atravesaba una zona con menos árboles. El suelo tenía un tacto más mullido y en algunos lugares estaba caliente. Arrugando el ceño, escrutó el paisaje.

Ante ella se extendía una inmensa explanada que estaba cubierta de lava y cenizas. Era un paraje desolado y no había animales ni árboles ni arbustos ni hierba. No advirtió ningún movimiento, ni percibió el menor sonido.

La embargó un sentimiento de desespero e impotencia. No sabía qué hacer. Para alcanzar la meseta tenía que atravesar la negra explanada, lo cual resultaba poco menos que imposible; era demasiado grande, demasiado peligrosa. Pero tampoco podía permanecer en ese horrible lugar donde no había luz ni comida ni una peña que le sirviera de refugio.

Con cautela, Zena avanzó unos pasos para tantear el terreno. La lava le abrasaba las plantas de los pies, de modo que se volvió y echó a andar hacia el este, procurando no alejarse de los árboles, en busca de un lugar más fresco. Pero al poco rato el hambre y el cansancio la obligaron a detenerse. Era incapaz de seguir adelante. Tenía que hallar un refugio. Despacio, haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, Zena se dirigió hacia el bosque en busca de algo que le sirviera de refugio durante la noche. Al fin divisó unas rocas en una zona calcinada y se encaramó sobre ellas, buscando una cavidad donde ocultarse.

Tras muchos esfuerzos consiguió introducirse a través de una grieta que se hallaba junto a la cima de las rocas. El espacio era

muy reducido y apenas la permitía moverse, pero al menos estaba segura. Agotada, se tumbó en el suelo, cerró los ojos y se quedó dormida, olvidando el hambre, el temor y la angustia que sentía ante la pérdida de Screech. Al fin podía descansar, y eso era lo único que le importaba.

II

Al percibir las sigilosas pisadas de un animal sobre las rocas, Zena se estremeció. El sonido le hizo recordar su terrorífico encuentro con el tigre. Apenas se atrevía a respirar. Sin embargo, el sonido desapareció al cabo de unos minutos. Algo más tranquila, Zena se dispuso a amamantar a la criatura, pues temía que los gemidos de ésta atrajeran a otro depredador. Estrechó a su hijita contra el pecho, pero se había quedado casi sin leche y la criatura no pudo aliviar su hambre. Con un suspiro de resignación, Zena abandonó el pequeño refugio. Ni ella ni su hijita lograrían sobrevivir si no encontraba pronto comida.

Zena se arrodilló a beber en un charco; el agua tenía el color del humo y sabía a fuego, pero aplacó su sed. Más trabajo le costó encontrar comida, pero después de dar muchas vueltas halló unas plantas que reconoció al instante. Los tubérculos largos y amarillos de éstas estaban sepultados bajo la tierra; al masticarlos, comprobó sorprendida que eran más tiernos que los que crecían junto a la charca. Arrancó un puñado y se dirigió de nuevo hacia la explanada cubierta de lava.

La comida y el descanso le habían proporcionado nuevas fuerzas, y la imagen de la meseta verde seguía obsesionándola, de modo que echó a andar a través de la oscura explanada con paso decidido. Las cenizas no estaban calientes, pues el sol comenzaba a despuntar por el horizonte. Zena anduvo durante una hora,

vagamente consciente de la presencia de unos pocos animales que se dirigían también hacia la meseta. De pronto se detuvo al descubrir unas marcas en las cenizas, unas marcas que había visto en numerosas ocasiones. Ella misma las producía con sus pies en el lodo, y también Screech. Pero ¿cómo habían llegado hasta ahí?

Zena observó sus pies. Con cuidado, colocó un pie junto a una de las huellas, luego lo retiró y contempló el resultado. La huella de su pie tenía el mismo aspecto que la otra, aunque era más pequeña y menos profunda, pues las cenizas se habían endurecido. El suelo estaba cubierto de huellas, algunas casi del mismo tamaño que las de ella y otras, más pequeñas. Zena se arrodilló y mientras las examinaba se acordó de Screech.

Al cabo de unos momentos alzó la vista y miró a su alrededor. Las inesperadas huellas hicieron renacer sus esperanzas, pero al mismo tiempo experimentó cierto temor. Presentía que las marcas habían sido hechas por unos seres semejantes a ella, pero llevaba tanto tiempo sin ver a otro miembro de su especie que no fuera Screech, que no sabía cómo reaccionarían los otros, ni ella misma, cuando se encontraran. Siguió adelante, mirando nerviosa a su alrededor, siempre atenta a percibir cualquier señal de los seres que habían dejado aquellas marcas en el suelo.

Las cenizas empezaron a calentarse a medida que el sol se elevaba en el firmamento. Zena situó los pies sobre las huellas de mayor tamaño, pues allí el suelo estaba más fresco, y continuó avanzando hasta que las marcas se interrumpieron de repente junto a una roca. Entonces se detuvo a descansar unos instantes y luego reanudó su camino, impaciente por atravesar la zona cubierta de lava antes de que ésta se calentara más y le abrasara los pies. Frente a ella, a poca distancia, vio un prado y unos arbustos e incluso creyó percibir el olor del agua. También advirtió que el olor que emanaba de las huellas se hacía más intenso. Zena había notado con frecuencia un olor semejante mientras contemplaba el valle desde la cima del cerro, aunque no era tan penetrante como

éste. Tras escrutar el paisaje que se extendía ante ella, se apresuró a reanudar la marcha.

Al poco rato percibió otro olor que la hizo detenerse en seco, y su corazón empezó a latir de forma acelerada. Se trataba de un olor demasiado débil para identificarlo con precisión y, por otra parte, era imposible que Screech hubiera llegado hasta allí...

Tensa y excitada, Zena siguió avanzando sin apenas reparar en que la frescura de la hierba había dejado paso a unas cenizas que le abrasaban los pies. Al cabo de unos minutos se levantó una ligera brisa que transportaba un aroma a agua y lodo, junto a ese otro olor que Zena no conseguía identificar.

La intensidad del olor aumentó y Zena se echó a temblar, profundamente conmovida. Estaba segura de que era el olor de Screech.

Zena se detuvo y lanzó un grito angustiado, sin importarle que su voz alertara a un depredador. Pero no obtuvo respuesta. Al cabo de unos minutos prosiguió la lenta marcha sin dejar de mirar a su alrededor y mantenerse atenta al menor sonido. La idea de hallar a Screech la obsesionaba de tal forma que a punto estuvo de caer en un charco de agua turbia. Entonces, se arrodilló para beber, pero al inclinar la cabeza notó un olor muy penetrante y parecido al de Screech, aunque distinto.

Confundida, emitió el grito que utilizaba para llamar al niño, y esta vez halló respuesta. Se trataba de un sonido débil, sofocado, pero que reconoció al instante. Zena echó a correr hacia el lugar de donde provenía, sin importarle el riesgo al que se exponía, sólo guiada por la imperiosa necesidad de hallar a Screech.

Cuando se aproximó al pequeño cuerpo que yacía en el suelo, una vieja hembra que estaba sentada junto a él, se levantó de un salto al tiempo que lanzaba un gruñido y le interceptaba el paso. Sin embargo Zena estaba segura de que aquella criatura era Screech y, haciendo caso omiso de la anciana, corrió hacia él. La mujer se apartó y Zena se arrodilló junto al niño, lo estrechó entre sus brazos y emitió unos sonidos de alegría.

Screech la miró con una expresión de profundo alivio; luego le cogió la mano y se la acercó a la mejilla. Zena había ido a buscarlo, tal como él sabía que haría. Screech cerró los ojos de nuevo, pero la angustia había desaparecido de su rostro.

Por las mejillas de Zena resbalaron unas lágrimas de alegría y temor. Screech tenía el rostro muy caliente. Al retirar el musgo que le cubría la frente, Zena comprobó que mostraba un chichón. Además, emanaba de él un olor extraño.

Zena le acarició las mejillas mientras emitía unos sonidos de felicidad que, al poco rato, se convirtieron en ruidos de alarma y preocupación ante el silencio y la inmovilidad del niño.

De pronto Zena percibió un sonido desconocido para ella. Casi había olvidado la presencia de aquellos cuyas huellas la habían conducido hasta allí. Al alzar los ojos se fijó en la hembra que había tratado de impedirle que se acercara a Screech. Aunque era delgada y tenía la espalda encorvada, se notaba que era fuerte y que estaba acostumbrada a mandar. La anciana había dejado de gruñir y observaba a Zena fijamente. Ambas mujeres se miraron, preocupadas por el estado de Screech.

Rune emitió de nuevo un sonido singular y al cabo de un instante apareció un macho que, al ver a Zena, se acercó para olfatearla. Ella se apartó, protegiendo a Screech y a su hijita con su cuerpo. El macho retrocedió apresuradamente y se sentó frente a ella, sin apartar la mirada de su rostro. Zena también lo observó fijamente. Su olor le resultaba familiar. Entonces recordó: era el macho que había conocido junto a la charca. Zena extendió la mano con timidez y le tocó el hombro. Dak sonrió y apoyó la mano sobre la de ella.

Zena emitió un largo y profundo suspiro y se inclinó de nuevo sobre Screech. El niño estaba ardiendo y tenía un brazo torcido y magullado. Ella arrugó el entrecejo y empezó a emitir unos sonidos tranquilizadores. Screech abrió los ojos por un instante, pero no reaccionó. Su incapacidad para moverse, para echarle los brazos al cuello y besarla como habría hecho en otras circunstancias, alarmó a Zena. De pronto temió perderlo para siempre.

Enseguida se impuso la razón y la calma. Screech estaba herido, al igual que el día en que Zena lo había encontrado entre los arbustos. Pero cuidaría de él y lograría que sanara, como había hecho entonces. Así pues, se dirigió a la charca, se llenó la boca de agua regresó junto al niño y acercó sus labios a los de él. Su instinto le decía que Screech necesitaba agua para aplacar aquel calor que lo quemaba por dentro.

Tras grandes esfuerzos, Screech consiguió tragar unas gotas de agua. El movimiento le produjo dolor en el brazo, pero al mirar a Zena y ver su rostro de preocupación, intentó beber algo más. Tenía la garganta reseca y dolorida debido a la tensión que había padecido hasta que apareció Zena. Durante las largas noches y los calurosos días, Screech había permanecido por completo inmóvil, siempre, atento a cualquier sonido que indicara la presencia de Zena. Ahora que ésta se hallaba junto a él, se sentía relajado y trató de ingerir otro sorbo de agua. Zena se dirigió de nuevo a la charca y obligó a Screech a beber un poco más. Luego masticó uno de los tubérculos que había cogido y trató de convencerlo de que se lo comiera, pero el niño apartó la cabeza. Entonces Rune se acercó, aplicó un puñado de musgo sobre la frente de Screech y entregó el resto a Zena, quien imitó a la anciana y depositó un poco de musgo sobre el febril cuerpecito de Screech. Luego miró a Rune con expresión de gratitud.

Mientras Zena estaba arrodillada junto a Screech, observándolo con preocupación, apareció otra hembra seguida de dos jóvenes criaturas. Ésta extendió la mano para tocar a Zena, pero de improviso se volvió hacia Rune como si solicitara su permiso.

Rune miró a Zena y a Screech, arrugando el ceño. Screech exhalaba un olor familiar, distinto al de Zena. Sin embargo, Dak había acogido a ésta como si la hubiera reconocido. Rune sacudió la cabeza, confundida, y fue a sentarse junto a un arbusto.

Aprovechando la confusión de Rune, Myta tocó levemente a Zena en el hombro y miró con curiosidad a Screech. Luego dio media vuelta y fue a sentarse junto a Rune. Al cabo de un rato,

ambas se levantaron y fueron en busca de comida. Los mellizos siguieron a Myta y a Rune parlotando entre sí y revolcándose sobre la hierba.

Dak desapareció detrás de una pequeña colina que se hallaba junto a la charca. Al cabo de unos minutos regresó, se sentó junto a Zena y le ofreció unas frutas.

Zena lo observó fijamente, extendió las manos y cogió las frutas. Tenían un color morado y un aspecto muy jugoso. Luego se inclinó sobre Screech. El niño abrió los ojos y la miró. Zena le mostró las frutas, tratando de convencerle de que tomara algunas, pero Screech siguió mirándola con expresión ausente. Zena decidió acostarse junto a él para descansar un rato. Más tarde volvería a intentar que comiera un poco. Pese a su preocupación, se sentía contenta.

Al notar que sus párpados empezaban a cerrarse, Zena se esforzó por mantener los ojos bien abiertos. No quería abandonar a Screech ni un segundo, ni siquiera para dormir. Pero el agotamiento y la sensación de seguridad que le proporcionaba la presencia de los otros acabaron por vencerla. Al fin, cerró los ojos y se quedó dormida.



Al despertarse vio que los otros estaban agrupados a su alrededor. Dak yacía de espaldas; un joven macho al que Zena no había visto hasta entonces estaba apoyado sobre él. Rune se hallaba sentada junto a Screech, observándolo. Myta sostenía en sus brazos a los dos mellizos mientras éstos mamaban con avidez.

Zena se volvió llena de temor hacia Screech. El niño, como si presintiera su angustia, abrió los ojos y extendió hacia ella el brazo sano. Zena cogió la manita con ternura y la apoyó en su mejilla. Al

cabo de un rato se levantó, tomó en brazos a su hijita y se dirigió a la charca en busca de más agua y musgo.

Dak la siguió y la observó mientras ella bebía en la charca. Ahora que Zena había regresado, estaba resuelto a ofrecer su protección a ella y al bebé. Aquellos pantanos estaban infestados de cocodrilos dispuestos a devorar a cualquier criatura que se acercara a ellos. Al distinguir unos ojos y unas pequeñas ondas en el agua, Dak arrojó una piedra con todas sus fuerzas para ahuyentar al cocodrilo, que se alejó apresuradamente mientras agitaba su cola cubierta de escamas. Zena miró a Dak con gratitud y éste sonrió satisfecho.

Zena regresó junto a Screech. Tras beber un sorbo de agua, el niño la miró y abrió la boca, como solía hacer de pequeño cuando tenía hambre. Eufórica ante este indicio de mejoría fue en busca de los tubérculos que había dejado junto a él. Habían desaparecido. Al volverse, Zena vio los restos de un tubérculo colgando de los labios de Myta. Entonces se acercó a Dak y le indicó que le diera más fruta. Estaba segura de que Screech la aceptaría sin protestar, pues era su comida favorita. Dak emitió un gruñido para señalar que había entendido su petición y condujo a Zena hacia los árboles frutales. Entre los dos cogieron una buena cantidad de suculentas frutas, que llevaron al lugar donde descansaban los otros.

Zena masticó algo de fruta hasta convertirla en papilla mientras Screech la observaba con atención. Cuando Zena acercó los labios a los suyos, el niño abrió la boca de forma dócil pero sólo consiguió succionar un poco de fruta. Zena suspiró resignada y contempló a Screech. El rostro del niño, a la débil luz del crepúsculo, sorprendía por su palidez.

Más tarde, cuando anocheció, Screech empezó a tiritar y a emitir extraños sonidos, como si no supiera dónde estaba ni quién era Zena. La llamó repetidas veces, pero parecía no oír su respuesta. Zena corrió a la charca en busca de más agua, pero Screech apenas consiguió tragar unas gotas. Le había bajado la fiebre y su piel presentaba un tacto frío y húmedo. Zena se acostó junto a él

para proporcionarle calor y le murmuró unos sonidos que él conocía, para hacerle comprender que no lo había abandonado.

De pronto, Screech lanzó un grito de angustia. Zena le acarició la mano. Ese gesto pareció rescatarlo de su delirio. El niño abrió los ojos y la miró. Zena contempló su rostro a la luz de la luna. Su expresión de alegría, la misma que mostraba cuando jugaban juntos, le indicó que Screech sabía que ella estaba junto a él. Zena frotó su nariz contra la del pequeño y éste reaccionó durante unos segundos, como si así le asegurara que recordaba esa costumbre. Luego volvió a mirarla a los ojos con expresión serena, lanzó un breve suspiro y su cuerpecito se relajó.

Zena se tumbó junto a Screech y le sostuvo la mano. Durante el resto de la noche, el niño no se movió ni emitió sonido alguno. Al despertar a la mañana siguiente, Zena comprobó que la mano de Screech estaba helada. Se inclinó sobre él y lo llamó repetidas veces, pero el niño no respondió. La tenue luz del amanecer iluminaba suavemente su rostro, que presentaba una palidez espectral.

Un terrible presentimiento se apoderó de Zena. Temblando, depositó al bebé sobre la hierba y estrechó a Screech entre sus brazos. El cuerpo del niño estaba frío y rígido.

Zena sintió como si el mundo se hubiera sumido en las tinieblas. No veía nada ni deseaba ver nada salvo el rostro de Screech, animado y lleno de alegría como antes. Zena no sabía qué era la muerte, ni lo que significaba, pero su instinto le hizo comprender que el pequeño se había marchado para siempre. Aturdida ante esta realidad, lo abrazó con fuerza y empezó a gemir y a gritar.

Dak se levantó sobresaltado. Los alaridos de Zena hicieron que se le erizara el vello del cogote, como la noche que estalló el volcán, pero no se atrevió a acercarse a ella para consolarla. La postura de su cuerpo y la desolación que reflejaba su voz se lo impedían. Dak se volvió hacia Rune sin saber qué hacer. Ésta parecía presentir también una barrera invisible, pues en lugar de acercarse a Zena y consolarla se limitó a menear la cabeza con tristeza. Rune era una

hembra anciana y había visto morir a muchos miembros de su grupo a causa de una enfermedad o un accidente, y recordaba bien los temblores y el delirio que se apoderaba de ellos poco antes de expirar.

Después de salir con los otros en busca de comida, Dak regresó junto a Zena y trató en vano de quitarle a Screech de entre los brazos para reanudar la marcha hacia la meseta. Rune deseaba partir de inmediato, pues los cocodrilos representaban una constante amenaza para los pequeños, pero Zena se negaba a separarse de Screech. Junto a ella yacía su hijita, que lloraba desconsoladamente.

Rune indicó a Dak que se adelantara con los otros. No le sorprendía la actitud de Zena, pues sabía por experiencia propia que era muy duro aceptar la muerte de una joven criatura. Rune se acercó a Zena despacio, con los brazos extendidos, y al ver que ésta no reaccionaba cogió al bebé en brazos. Zena se levantó entonces y la siguió, sin dejar de estrechar el cuerpo de Screech contra su pecho.

Durante el resto del día Zena anduvo con el cadáver de Screech a cuestas. Estaba rígido y pesaba mucho, pero a ella no parecía importarle. Había dejado de gritar y tenía los ojos secos. Estaba como ausente, como si al morir Screech le hubieran arrebatado una parte de su vida. Andaba de forma torpe, con los ojos clavados en el suelo, y en una ocasión que Dak trató de arrebatarse el cuerpo del niño para que ella descansara un rato, se apartó bruscamente y siguió caminando.

Hacia el mediodía, el bebé empezó a gemir de hambre, pero Zena no reparó en sus gritos. Al fin, Rune la obligó a sentarse y apoyó a la criatura contra su pecho para que mamara mientras los otros descansaban un rato. Zena depositó el cuerpo de Screech sobre la hierba para dar de mamar a su hijita con más comodidad, pero cuando reemprendieron la marcha entregó el bebé a Rune y cogió de nuevo en brazos a Screech.

Casi habían alcanzado la cima de la meseta. A su alrededor se extendía un paisaje verde salpicado de todo tipo de animales que pastaban tranquilamente. Los prados estaban tachonados de árboles frondosos, y más allá yacía un inmenso lago en cuyas aguas se reflejaban los rayos del sol. Era un panorama maravilloso, pero Zena apenas reparó en él. No veía nada, toda su atención se centraba en el enorme vacío que sentía en su interior.

Rune los condujo hacia el lago. En el lado que daba al este había unas rocas y peñas donde refugiarse. Tiempo atrás Rune había habitado en ese lugar y, aunque su memoria empezaba a flaquear, los condujo con paso decidido. Zena los siguió sin protestar, y cuando el grupo se instaló ella se recostó entre las peñas, depositó con suavidad a Screech sobre la hierba, a su lado, y durmió con un brazo apoyado sobre él en un gesto protector.

Zena despertó al amanecer, antes que los otros, y contempló el cuerpo de Screech durante unos instantes con expresión de infinita tristeza. Luego lo cogió en brazos y se dirigió sigilosamente hacia una zona pedregosa que se abría más allá del lago. Buscaba algo, aunque no sabía qué. Al ver una pequeña charca, fue hacia ella sin vacilar y se sentó junto a sus relucientes aguas, sosteniendo en brazos el cuerpo de Screech. Al cabo de un rato se levantó y lo colocó en una pequeña hendidura entre dos peñas, frente a la charca. Luego se volvió y fue a reunirse con los otros.

Capítulo 7

I

Zena estaba sentada junto al lago, y observaba con gran atención a los pájaros tejedores mientras éstos construían sus complicados nidos. Ella utilizaba un viejo nido que había hallado para guardar en él las bayas y las nueces, pero estaba lleno de agujeros y quería hacer uno nuevo. Así, arrancó unos juncos que crecían en la orilla del lago e intentó tejerlos como hacían los pájaros, pero no lo consiguió. Hizo un nuevo intento y esta vez logró su propósito, pero Tipp le arrebató el nido y lo arrojó al aire entre alegres risas.

Zena abrazó a su hija, cuyas travesuras y juegos le divertían mucho. Tipp era ahora casi tan mayor como lo era Screech cuando murió. Habían pasado algunos años, pero Zena se acordaba de él con frecuencia. Al evocar su imagen se entristecía, pero Tipp siempre conseguía animarla con su irreprimible alegría. Era una niña curiosa e intrépida. Zena la vigilaba a todas horas, temerosa de que sufriera algún percance. A Tipp le encantaba corretear y perseguir a los mellizos. Incluso cuando apenas andaba solía seguirlos a todas partes, cayéndose una y otra vez en su afán de compartir sus juegos.

De pronto Tipp comenzó a gritar y Zena se incorporó de un salto. Llevada por su curiosidad, la niña se había encaramado a un montículo de arena y había metido las manos en él, ignorando que contenía unas hormigas león; éstas se habían abalanzado sobre ella y la habían mordido en manos y pies. Tipp empezó a gritar y a brincar, tratando de liberarse de ellas. Entonces Zena la cogió en brazos y la sumergió en el lago. Tipp miró a su madre sorprendida

ante ese inesperado gesto, pero dejó de gritar. Olvidándose de las picaduras de las hormigas, la niña comenzó a chapotear alegremente en el agua.

En aquel momento apareció Dak, con aire preocupado. Zena le dio a entender que unas hormigas habían picado a Tipp. Él se encogió de hombros y se alejó. Al igual que el resto del grupo, estaba acostumbrado a las travesuras de la pequeña.

Al cabo de un rato se acercaron los mellizos a la orilla del lago y Tipp los invitó a jugar con ella. Los niños aceptaron encantados y se metieron en el agua entre risas y gritos. Unos flamencos que pescaban en el lago se alejaron apresuradamente ante el escándalo que organizaban los tres niños. Zena los observó mientras remontaban el vuelo en una nube rosácea, con sus largas patas suspendidas en el aire, para instalarse en otra zona del lago. Detrás de ellas apareció de pronto un hipopótamo, que al abrir su enorme boca exhibió unos grandes dientes amarillos; un segundo hipopótamo sacó la cabeza a la superficie, seguido de otro más. Protestando por la nueva invasión de su intimidad, los flamencos remontaron otra vez el vuelo.

Zena emitió un sonido de alarma. Aunque los hipopótamos no estaban cerca de ellos, su presencia la inquietaba. Pese a su inmenso tamaño, eran capaces de moverse con una rapidez pasmosa y solían atacar a cualquier animal o criatura que les irritara.

Al oír a Zena, Tipp y los mellizos salieron corriendo del lago. Todos los miembros del grupo habían aprendido el significado de los sonidos que Zena había ideado para comunicarse con Screech. Los niños tenían una gran habilidad para aprender el significado de los distintos sonidos, y se inventaban otros nuevos para designar cada objeto y situación.

Tipp emitió un sonido que significaba «correr», inventado por ella misma, y empezó a brincar a través de la alta hierba. Los mellizos echaron a correr tras ella al tiempo que repetían ese sonido. De pronto Tipp se detuvo bruscamente y los niños chocaron con ella,

derribándola. Alarmada, Zena se acercó a ellos para averiguar qué había sucedido. Tipp contemplaba fijamente un animalito que había salido de debajo de unos matorrales tenía aproximadamente el tamaño de la niña, un morro alargado y estaba cubierto por un espeso pelaje; tras él apareció otro animal de mayor tamaño.

Tipp extendió la mano y el animalito la olfateó. El segundo animal se volvió y siguió buscando insectos entre los matorrales. Zena soltó entonces un suspiro de alivio. Había visto babuinos en otras ocasiones, aunque no solían aproximarse a los seres humanos. No obstante, no presentaban ningún peligro a menos que se sintieran amenazados. Zena dio media vuelta y regresó al lugar donde el grupo se había instalado, ordenando a los niños que la siguieran.

Tipp y los mellizos obedecieron, un poco asustados por la repentina aparición de los babuinos. El más joven de éstos lo siguió, pero al oír que lo llamaba su madre desapareció rápidamente. Tipp lo observó con tristeza mientras se alejaba y luego fue a reunirse con los demás.

Todos los miembros del grupo se habían congregado en su lugar de descanso, un espacio abierto que se hallaba bajo los peñascos donde se refugiaban por las noches. Allí estaban Rune, Dak y Klep, así como Myta y su hijita recién nacida. También se encontraba presente un nuevo macho, llamado Lop, que había aparecido hacía un año por las inmediaciones del lago. Al igual que Myta, Lop había seguido al grupo durante varias semanas. Era muy tímido y al principio no se atrevía a acercarse, pero al cabo de un tiempo los otros se acostumbraron a su presencia. Cuando Myta inició su ciclo receptivo, copuló con él y con Dak, y a partir de aquel momento Lop entró a formar parte del grupo. Klep también trató de copular con Myta, pero ella lo rechazó pues todavía era demasiado joven.

Myta estaba dando de mamar a la pequeña hembra, que había nacido la noche anterior, mientras Tipp y los mellizos la observaban con curiosidad. Cuando la niña soltó un berrido, retrocedieron alarmados. Los otros se agruparon en torno a Myta, deseosos de tocar a la recién nacida. Myta dejó que la examinaran, pero sólo

permitió que Rune la sostuviera en brazos y lamiera su cuerpecito. También dejó que Zena le acariciara el rostro y las manitas, pero Dak y Klep tuvieron que contentarse con hacerle cosquillas en los pies. Lop ni siquiera intentó acercarse a la pequeña, sino que permaneció algo alejado del grupo, como si no se atreviera a participar en la reunión familiar.

Zena se encaramó sobre un peñasco. Aquél era su lugar favorito porque se divisaba el lago y los prados de los alrededores. El paisaje que se abría ante ella rebosaba vida. La meseta donde por fin se habían instalado era tan fértil como la charca junto a la que había vivido con Screech. En los valles y praderas que rodeaban el lago había comida para todos excepto durante la época más calurosa y seca del año. Entonces Rune los conducía a otros lugares que recordaba; primero a las marismas, donde siempre hallaban alimento, y después a un valle que se hallaba al oeste y a través del cual discurría un río. Allí había unos árboles inmensos que daban fruto incluso en pleno verano, y a orillas del caudaloso río crecían tubérculos, bayas y melones. No obstante, el grupo regresaba siempre al lago en cuanto el cielo empezaba a cubrirse, anunciando el regreso de las lluvias.

Dak se sentó junto a Zena. A él también le gustaba contemplar el lago y escuchar la mezcla de sonidos discordes que brotaban de la sabana africana durante esa época de abundancia. Alrededor de ellos se oía el zumbido de los insectos y las voces de las aves, sofocados de vez en cuando por el rugido de un león. Los leones cazaban en la orilla opuesta del lago, donde pastaban numerosos animales, pero en aquellos momentos su apetito estaba saciado porque la noche anterior habían atrapado una cebra. Los niños habían hallado los restos del animal, pero se habían mantenido a una distancia prudencial. Sabían que aunque los leones tuvieran el estómago lleno, podía resultar muy peligroso aventurarse en su territorio de caza.

Klep, más intrépido, se había ocultado cerca de donde yacían los despojos de la cebra y había cogido un hueso del animal, para luego

regresar al campamento agitando alegremente su trofeo. Los niños lo contemplaron con admiración, pero cuando Klep les permitió lamerlo hicieron una mueca de disgusto.

Klep se había desarrollado mucho durante los últimos meses. Era más alto que Dak, y muy fuerte, aunque siempre se mostraba afectuoso y delicado con los más pequeños. Zena lo observó mientras él descansaba a la sombra de un peñasco y experimentó una sensación que ya casi tenía olvidada. Arrugando el ceño, se volvió hacia Dak. La sensación se intensificó y Zena se acercó a Dak y restregó su cuerpo contra el de él. Pero éste no desvió la vista de la cigüeña que cazaba peces en el lago. Zena le acarició entonces los brazos y el rostro esperando que se volviera hacia ella y la mirara a los ojos; al hacerlo sintió un intenso calor entre las piernas.

Sin apartar la vista de sus ojos, Dak empezó a acariciarla suavemente y luego con más energía. Zena también lo acarició hasta que su excitación fue tal que se montó sobre sus rodillas para que él la penetrara. Dak empezó a moverse dentro de ella y Zena gemía de placer. Después unos espasmos sacudieron su cuerpo y al fin se relajó. Dak se estremeció también y la abrazó con fuerza. Tras haber mitigado aquel ardor que la invadía, Zena lanzó un profundo suspiro.

Klep mantuvo la vista apartada mientras Zena y Dak copulaban, aunque era consciente de lo que estaban haciendo. Aguardó hasta que se separaron y se tumbaron a descansar antes de acercarse a Zena y empezar a acariciarla. Sin embargo, ésta lo rechazó y se dirigió hacia unos matorrales que se hallaban debajo del peñasco. Al poco rato lo llamó y Klep fue a reunirse con ella. Era la primera vez que copulaba con una hembra, pero Zena se mostró paciente con su falta de experiencia y le indicó lo que debía hacer.

En los días sucesivos Zena copuló repetidas veces con Dak y Klep, así como con Lop. Su instinto le indicaba que era importante copular con todos los machos del grupo a fin de que éstos no se pelearan entre sí. Por otra parte, después de haber copulado con

ella, cada macho la ayudaría a proteger a su hijito o hijita cuando naciera.

Deseosos de gozar de su compañía, los tres varones seguían a Zena por doquier y la agasajaban con toda clase de manjares. A veces ella los recompensaba ofreciéndoles su trasero; en otras ocasiones se tumbaba de espaldas sobre la hierba o se sentaba sobre sus regazos, como había hecho con Dak. Zena disfrutaba copulando con ellos, pues eso le hacía sentirse llena y le proporcionaba unas sensaciones muy agradables. Cuando Tipp oía gritar y gemir a su madre, acudía rápidamente temiendo que ésta se hubiera lastimado. Pero eran gritos de placer, no de dolor.

Poco a poco Zena empezó a sentir menos deseos de copular, hasta que se olvidó por completo de ello. Al cabo de un tiempo su vientre comenzó a hincharse de nuevo. Esta vez era Tipp quien palpaba el abdomen de su madre y se mostraba sorprendida al notar que algo se movía en su interior. Pero fue Rune quien ayudó a Zena durante el parto.

Las contracciones se iniciaron a primeras horas de la tarde. Zena se dirigió a un área que estaba rodeada de peñascos donde había construido un nido de hierba. Intuyendo su deseo de estar sola, los otros se mantuvieron alejados, excepto Rune. Zena se alegró de tenerla a su lado durante el parto. A lo largo de toda la tarde, la noche y parte de la mañana del día siguiente los espasmos le sacudieron el cuerpo, cada uno más doloroso que el anterior, pero no había señal del bebé. Hacia el mediodía, Zena estaba agotada y temía que le hubiera pasado algo a la criatura, pues cuando nació Tipp el parto había sido rápido y sin complicaciones.

Rune contempló a Zena con cierta preocupación. Había asistido a muchos partos y enseguida comprendió que algo iba mal. Cuando se produjeron las siguientes contracciones, Rune se agachó para echar un vistazo y al ver el diminuto trasero del bebé asomando entre las piernas de Zena, tiró de él. Zena lanzó un grito de dolor, pero Rune siguió tirando de la criatura con más fuerza cuando Zena contrajo de nuevo los músculos. Entre las piernas de ésta empezó a

manar un chorro de sangre, pero la criatura se negaba a nacer. Triste y preocupada, Rune se sentó a esperar.

Hacia el anochecer Zena dejó de gemir y se quedó en silencio, sin apenas moverse. Rune temió que no aguantase mucho más. Tras frotarse las manos con tierra para que no resbalaran, introdujo los dedos por la vagina de Zena, tirando del bebé con todas sus fuerzas. Al tercer intento, tiró tan fuerte que cayó hacia atrás en el mismo momento en que la criatura aparecía, berreando a pleno pulmón. Rune sonrió satisfecha al entregar a Zena su bebé.

Zena lo estrechó entre sus brazos, olvidando por un momento el dolor y el cansancio. El bebé tenía la cara roja y arrugada y comprobaron que era un macho. Zena le lamió el cuerpo durante unos minutos y luego se tumbó sobre la hierba, extenuada. Se había quedado sin fuerzas y le dolía todo el cuerpo como si se lo hubieran desgarrado. Cuando expulsó la placenta, ni siquiera tuvo fuerzas para alzar la cabeza.

Rune demostró saber bien lo que se debía hacer en esos casos. Tras indicar a Zena que descansara, cortó el cordón umbilical con el canto de una piedra y luego desapareció. Al cabo de unos instantes regresó con unos tubérculos y un montón de musgo empapado en agua del lago. Zena chupó el musgo, pero estaba demasiado cansada para comer los tubérculos.

Después se sumió en un profundo sueño. Rune no se movió de su lado y, en cierto momento, cuando un halcón se posó junto a ellas, llamó a Dak para que ahuyentase al pájaro.

Al cabo de un rato el bebé empezó a lloriquear y Rune lo depositó con suavidad sobre el pecho de Zena. El pequeño se puso a mamar con avidez. Cuando terminó, Zena se quedó dormida de nuevo. El niño durmió plácidamente durante toda la noche, pero al amanecer comenzó a berrear. Zena comprendió que debía abandonar cuanto antes el lugar donde había parido a su hijo, pues los olores y los sonidos podían atraer a algún depredador.

Tras muchos esfuerzos consiguió incorporarse. Tipp asomó la cabeza por una roca y observó a su madre perpleja. No comprendía

el motivo de su larga ausencia ni por qué transportaba en sus brazos a una criatura que lloraba y hacía unos ruidos semejantes a los que había emitido el bebé de Myta al poco de nacer.

Zena mostró a Tipp el bebé recién nacido. La niña lo contempló con el ceño arrugado, como tratando de comprender quién era aquella criatura y de dónde había salido. Con timidez, extendió una mano para tocarlo pero Zena apartó a la criatura. Tipp dio media vuelta y se alejó, triste y decepcionada. Sin embargo, cuando Zena la llamó para que le ayudara a recoger el nido de hierba manchado de sangre, la niña obedeció alegremente. Deseosa de ayudar a su madre y a Rune, cogió un montón de hierba y las siguió hasta un lugar alejado del campamento, donde sepultaron la hierba debajo de unos matorrales. Al cabo de unos minutos, Zena se sentó y dejó que Rune y Tipp finalizaran la tarea, pues ella se sentía demasiado débil y las piernas apenas la sostenían.

Luego regresó al campamento con paso torpe, apoyándose en el estrecho hombro de Tipp. Los otros se congregaron en torno a ella, impacientes por ver y tocar al recién nacido. Rune soltó unos gruñidos para impedir que se aproximaran demasiado. Zena la miró con agradecimiento por sus cuidados y su protección y luego se echó a descansar. Más tarde, cuando intentó ponerse en pie para ir a lavarse en el lago, la cabeza le empezó a dar vueltas y se cayó redonda al suelo.

Zena permaneció inerte durante varios días, como si estuviera muerta. La sangre no cesaba de manar de sus entrañas, manchando el suelo. Por las noches, no paraba de tiritar; de día, el ardiente sol atormentaba su cuerpo febril. Los otros la observaban con inquietud. Zena había conquistado sus corazones y no querían perderla. Trataban de protegerla de los rayos del sol cubriéndola con ramas llenas de hojas y por las noches dormían junto a ella para proporcionarle calor.

Tipp exploró el área en busca de algunos tubérculos y bayas con que alimentar a su madre, pero ésta se negaba a ingerir alimentos sólidos. Cada vez que Zena rechazaba el manjar que le ofrecía

Tipp, la niña se echaba a llorar ante el rostro pálido y enjuto de su madre. Por fortuna, no se negaba a beber, y Rune aplicaba sobre sus labios musgo empapado en agua, que Zena chupaba con avidez; también le daba a beber un líquido que ella misma preparaba con las hojas de unas plantas, triturándolas con su gastada dentadura y añadiéndoles agua del lago.

Dak seguía con atención el curso de los acontecimientos, temeroso del desenlace. Siempre había sentido el dolor de Zena como el propio. Tiempo atrás, cuando la había oído gritar mientras sostenía el cadáver de Screech entre los brazos, sus gritos se le habían clavado en el corazón; ahora era como si Zena le hubiera contagiado su debilidad, y se sentía torpe e incapaz de ampliar la tarea de ir en busca de alimentos para el grupo.

A medida que los días pasaban, el temor de Dak iba en aumento. La hemorragia había cesado, pero Zena seguía sin moverse apenas y llevaba mucho tiempo sin probar bocado. Una mañana, Tipp apareció con un enorme huevo en las manos, el primero que veían desde hacía meses. La niña sabía que los huevos eran la comida favorita de su madre, de modo que clavó la uña en un extremo y luego en el otro, tal como le había enseñado Zena, y vertió el contenido en la boca de su madre. Zena abrió los ojos e ingirió el huevo con avidez. Tipp sonrió por primera vez desde que había nacido su hermanito, y corrió en busca de otro huevo.

Aquella noche Zena empezó a sudar de forma copiosa, pese a que soplaban una brisa fresca. Dak advirtió que la piel de Zena se mantenía constantemente húmeda, y a la mañana siguiente notó que tenía la frente helada. Alarmado, llamó a su madre.

Rune apoyó la mano sobre la frente y el abdomen de Zena y rompió a llorar. Dak observó a su madre con una mezcla de terror y desconcierto. No sabía si aquello significaba que Zena estaba mejor o que había empeorado. Por un momento, al ver las lágrimas de su madre, temió que el estado de Zena se hubiera agravado, pero al acercarse ésta abrió los ojos y sonrió. Dak se cubrió el rostro con las manos y lloró de alegría.

II

Aquel año las lluvias fueron intensas y prolongadas. Dos densos nubarrones que se deslizaban por el firmamento, en lugar de desaparecer al cabo de unas horas, como era habitual, permanecían anclados sobre el sombrío paisaje durante varios días, derramando una lluvia torrencial. Las gruesas gotas caían sobre el lago y la hierba, empapando la tierra. Desde los peñascos, donde se hallaban agazapados Zena y los demás, descendían unos riachuelos que trazaban amplios surcos en su recorrido hacia el lago.

Tiritando de frío, Zena estrechó al bebé entre sus brazos para impedir que se mojara. Pero era imposible huir de la lluvia. No tenían una cueva donde cobijarse, tan sólo los peñascos, y éstos no constituían un refugio adecuado contra aquel torrente de agua.

Al cabo de un rato Zena se levantó, nerviosa y hambrienta. Desde que se había recuperado del parto estaba siempre famélica, pero entre el fin de la estación seca y el comienzo de las lluvias resultaba difícil hallar comida. Las laderas no tardarían mucho en aparecer cubiertas de todo tipo de plantas, pero hasta que éstas dieran frutos debían contentarse con lo poco que encontraban.

Tipp echó a andar tras su madre. Desde el nacimiento de su hermano no apartaba la vista de Zena, por miedo a que le ocurriera algo. Zena le agarró la mano y la condujo hacia el conjunto de árboles que tenían en la ladera. Algunos ofrecían todavía nueces, pero era difícil alcanzar sus ramas.

Zena se refugió de la lluvia debajo de los grandes árboles y alzó los ojos. Avistó algunas nueces en unas ramas, pero estaban muy altas y no llegaba a ellas. Al abandonar la protección que ofrecían los árboles, Zena sintió de nuevo el azote de la lluvia sobre los

hombros y la espalda. De pronto tropezó con las ramas de un árbol que había sido abatido por la tormenta la noche anterior.

Tipp soltó la mano de Zena y corrió a explorar el árbol caído en el suelo. A poco rato regresó sosteniendo un nido de pájaro al tiempo que profería gritos de júbilo. El nido contenía cuatro pequeños huevos de cáscaras partidas, pero cuyo contenido estaba intacto. Tipp y Zena devoraron dos de los huevos y luego empezaron a explorar las ramas en busca de nueces. Había muchas, de modo que Zena llamó a los demás para que participaran del festín.

Los otros miembros del grupo no tardaron en aparecer, eufóricos ante la perspectiva de comer unas nueces. Tras llenar los estómagos, metieron el resto de las nueces en unas cestas; Zena había conseguido al fin confeccionar unas parecidas a los nidos que construían los pájaros tejedores.

Los mellizos, sin embargo, no se molestaron en investigar las ramas del árbol derribado, sino que treparon por otro que todavía se sostenía en pie y comenzaron a agitar sus ramas para provocar la caída de los frutos, pero fue en vano. En vista de ello, Klep agarró un palo, se encaramó al árbol y golpeó hasta que se desprendieron un montón de nueces. Dak y los mellizos cogieron también unos palos e imitaron a Klep. Al poco rato, el suelo estaba sembrado de nueces y otros frutos.

Después de saciar el apetito, Zena y Tipp regresaron al campamento, aunque no sin antes coger una rama llena de nueces para Rune. La humedad afectaba a la anciana, quien padecía dolores en las articulaciones, de modo que todos contribuían a llevarle comida para que no tuviera que desplazarse.

Zena sostuvo la rama llena de hojas sobre su cabeza para protegerse de la lluvia. Tipp observó el gesto con curiosidad y salió corriendo de nuevo hacia el árbol derribado; al regresar, sostenía con orgullo una gruesa rama sobre su cabeza, imitando a su madre. Los mellizos, para no ser menos, corrieron también en busca de

otras, y va con ellas sobre sus cabezas, echaron a andar hacia el campamento, arrastrando dos gruesas ramas más.

Dak también quiso participar en el juego, así que se acercó al árbol y regresó con una magnífica gruesa rama rebosante de hojas que introdujo en una hendidura entre dos peñas para cubrir una parte de la zona donde estaban sentados. Lop colocó otras ramas sobre ésta para reforzar el improvisado techado, pero fue Zena quien comprendió la utilidad de ese sistema. Tras indicar a Dak y a Klep que la ayudaran, colocó las dos gruesas ramas que arrastraban los mellizos sobre las peñas que rodeaban el área donde dormían y los otros se apresuraron a cubrirlas con otras ramas más pequeñas.

Tipp y los mellizos se instalaron bajo el techado, riendo satisfechos, y los otros les imitaron. Había espacio suficiente para todos si se apretujaban, lo cual no tuvieron inconveniente en hacer, pues estaban tiritando de frío. Zena sonrió complacida. Al fin podría conseguir que su bebé no se mojara y la anciana Rune dispondría de un techo bajo el que guarecerse de la lluvia.

Ya instalada cómodamente, Zena se puso a confeccionar otra cesta mientras los otros se entretenían afilando unas piedras. No había otra cosa que hacer hasta que cesara la lluvia. Durante semanas permanecieron bajo el techado, ocupados con sus labores. Zena empezaba a dudar que alguna vez volvieran a sentir el calor del sol. Pero al fin una mañana sus rayos aparecieron a través de las nubes y Zena salió de la cueva y se echó sobre la hierba para dejarse acariciar por el calor. Rune también abandonó la cueva, pero en lugar de tumbarse a reposar en el claro, decidió bajar al lago para contemplar las cigüeñas, los flamencos y demás animales que se acercaban a beber en sus aguas.

Zena observó con preocupación cómo Rune descendía por el embarrado y resbaladizo sendero acompañada por Tipp.

Tipp caminaba con aire serio junto a la anciana, procurando ajustar el paso al de ésta, pero en cuanto llegaron al lago la niña recuperó su acostumbrada vitalidad y alegría y echó a correr en

busca de ranas y tortugas. Le encantaba acercarse a ellas con sigilo para asustarlas y hacer que se precipitaran al agua.

Rune se sentó junto al lago, en un lugar donde le resultaba fácil alcanzar los bulbos y el musgo. Tras observarla durante un rato, Zena cerró los ojos para disfrutar del agradable sol. No vio las ondas que se formaron en la superficie del agua ni el lomo de un hipopótamo que apareció de pronto junto a Rune. La anciana tampoco lo vio, pero alzó la vista sobresaltada cuando un segundo hipopótamo, un gigantesco macho, se asomó por entre los juncos para desafiar al otro. Era la época del apareamiento, y los animales estaban irritables y agresivos.

Los hipopótamos se miraron de frente al tiempo que abrían la boca y mostraban sus afilados incisivos. Luego se precipitaron uno sobre el otro, creando unas grandes olas que se deslizaron hasta los pies de Rune. Enzarzados en el combate, los hipopótamos se fueron acercando a la anciana hasta echarse prácticamente encima de ella. Rune gritó e intentó apartarse. Demasiado tarde. Cuando Zena levantó la vista, alarmada por los gritos de Rune, el frágil cuerpo de la anciana había desaparecido sepultado bajo los gigantes animales.

Zena echó a correr hacia el lago llamando desesperadamente a Tipp. Cuando llegó, los hipopótamos habían retrocedido hacia el agua pero seguían luchando, propinándose dentelladas y lanzando sonoros gritos. Rune yacía inerte en la orilla del apacible lago.

Zena y Tipp contemplaron el cuerpo de la vieja hembra. Conmovida, Tipp rompió a llorar. Zena sintió también un nudo en la garganta, pero estaba demasiado aturdida para echarse a llorar. Rune había cuidado de ella y la había protegido, además de transmitirle sus conocimientos. Ahora, se había ido.

Dak se acercó a su madre con el rostro contraído en una mueca de emoción, se arrodilló junto a ella y la estrechó entre sus brazos. Al cabo de un rato, se levantó y transportó el cuerpo de la anciana hasta un lugar seguro. Con suavidad, depositó el cadáver en la hendidura de unas peñas situadas a orillas del lago, al abrigo de los

depredadores. Durante toda la noche permaneció velando el cuerpo de su madre, sin reparar en la presencia de los otros, que se acercaron para averiguar lo que había ocurrido. Imitando la fiereza de los hipopótamos, Zena les explicó con tristeza que la anciana había muerto víctima de los mismos. Después de tocar suavemente el cadáver, se alejaron.

La muerte de Rune dejó un gran vacío en sus vidas. A pesar de la avanzada edad, Rune había sido su líder, y la sabiduría y experiencia de la anciana los había salvado de numerosos desastres. Ella era quien organizaba los desplazamientos del grupo, quien controlaba su conducta y los ayudaba cuando estaban enfermos o tenían miedo. Con frecuencia, Dak y los otros se dirigían al lugar donde yacía Rune y permanecían un rato sentados junto al cadáver, en señal de respeto, mientras recordaban sus enseñanzas.

Al cabo de unos días empezó de nuevo a llover. El lago se fue haciendo más ancho y profundo a medida que caía la lluvia, hasta que sus aguas alcanzaron las peñas que ocultaban el cadáver de Rune. Al fin, el lago la sepultó y al día siguiente, cuando Dak se dirigió al lugar donde había depositado el cadáver de su madre, comprobó que éste había desaparecido.

La desaparición de Rune afectó a todos los miembros del grupo, que pronto empezaron a pelearse entre sí; era como si no supieran comportarse sin sus consejos y su presencia para imponer disciplina. Un día Klep asestó un golpe a uno de los mellizos por haberle robado una fruta; el otro mellizo acudió en defensa de su hermano, encarándose con Klep, mientras Dak trataba de poner orden. Turbada ante aquella insólita y violenta escena, Tipp se echó a llorar. Zena les soltó cuatro gruñidos, como hubiera hecho Rune, y al fin logró que se calmaran los ánimos. A partir de aquel día, Zena se convirtió en la cabeza del grupo. Era quien más se parecía a Rune, y los otros confiaban en su experiencia y sabiduría.

Cuando cesaron las lluvias, Zena los condujo en primer lugar a las marismas, igual que había hecho Rune. Pero del mismo modo que las lluvias se habían prolongado más de lo habitual, el calor y

la sequía que siguieron a las precipitaciones también fueron más intensos que en otros años. Hasta los pantanos habían empezado a secarse. Resultaba difícil hallar comida, y las charcas que antaño eran generosas en frutos se habían convertido en peligrosos lodazales. Uno de los mellizos se dirigió hacia un pequeño charco que había en medio del pantano, pero Zena, recordando lo que le había sucedido a su propia madre, lo obligó a retroceder.

Al día siguiente echaron a andar a través de una vasta llanura que estaba cubierta de nidos de termitas, algunos tan altos como Klep, éstos les procuraron sustento. En cierta ocasión tuvieron la suerte de encontrar tres huevos de avestruz. Más difícil era hallar agua. Habían cogido musgo en el pantano para calmar su sed durante el viaje, pero el calor no tardó en secarlo.

Por la noche se instalaron junto al lecho seco de un río. Zena escarbó en él con una rama hasta que apareció un pequeño charco. Los otros la imitaron, y todos consiguieron beber unas gotas de agua para aplacar la sed. Por la mañana Dak halló un lugar donde se había formado una gran charca; Zena se agachó para beber un largo sorbo antes de reanudar la marcha, e indicó a los otros que hicieran lo mismo. Por desgracia, se habían desprendido del musgo reseco y ya no podían empaparlo de agua.

Al cabo de un rato Zena divisó unos huevos de avestruz. Después de que todos participaran en el festín, Tipp y los mellizos se negaron a abandonar aquellos nuevos objetos, aunque estuvieran vacíos. Zena cogió uno y lo examinó detenidamente. La gruesa cáscara estaba intacta salvo por el agujero que había practicado en un extremo para chupar su contenido. Zena la sumergió en el charco y observó con satisfacción cómo se llenaba de agua. Dak y Lop llenaron las otras dos cáscaras de agua y a continuación prosiguieron la marcha hacia el río.

El río les brindó durante un tiempo comida y refugio, pero luego, al igual que había sucedido cuando Zena era una niña, la sequía azotó la tierra. Aquel año no llovió, ni tampoco al siguiente ni durante los tres años sucesivos. El cielo aparecía a menudo cubierto

de espesas nubes, pero éstas no derramaban la ansiada lluvia; tan sólo se oían truenos y caían unos rayos que prendían fuego a la reseca llanura.

Las aguas del río dejaron de fluir. Su abundante caudal se convirtió en unos charcos parduscos que disminuían día a día de tamaño, dejando unos cercos blancos sobre el barro. La hierba se marchitó y ardió bajo el fuego que se propagó a través de la estepa, pero en esta ocasión no aparecieron nuevos brotes en la tierra calcinada. En los arbustos no crecían bayas ni frutas en los árboles; no se oía el zumbido de los insectos ni el canto de los pájaros. Las aves y los animales que se alimentaban de los frutos que ofrecían las praderas desaparecieron. Durante un tiempo sólo los depredadores eran capaces de conseguir comida, pero también ellos terminaron por desaparecer o perecieron de inanición.

Zena recordaba tiempos pasados. Evocaba el terror y la soledad que había sentido de niña mientras observaba cómo se secaban la tierra y las plantas y desaparecían los animales. Cada día, al contemplar los reducidos charcos, se preguntaba cómo se las arreglarían para subsistir si pasaba otro año sin que lloviera.

Una mañana temprano Klep se acercó a Zena, seguido por los mellizos. En sus ojos se reflejaba una profunda tristeza que Zena no alcanzaba a comprender. Klep señaló hacia el horizonte y pronunció la palabra que significaba «partir». Luego abrazó a los otros sin cesar de repetir la palabra. Los mellizos se despidieron también de todos al tiempo que se abrazaban con fuerza a su madre, Myta. Acto seguido los tres varones dieron media vuelta y echaron a andar río abajo.

Tipp corrió tras ellos, pero Klep y los mellizos la obligaron a regresar. Entonces se agarró a su madre, sollozando con amargura. Desde el día en que nació, hacía ya diez años, los mellizos habían sido sus compañeros de juegos. Tipp temía no volver a verlos.

Zena abrazó a su hija con ternura. Dak y Myta se acercaron para consolarla. Como de costumbre, Lop se mantuvo a cierta distancia

mientras observaba cómo los tres varones se alejaban a través de la pradera.

Zena también los contempló hasta que desaparecieron, con los ojos llenos de lágrimas pero tratando de contener su emoción. Los otros dependían de ella y debía mostrarse fuerte. Klep y los mellizos tenían razón; al separarse del grupo no tendrían que compartir la comida con sus compañeros, y los otros también dispondrían de más alimentos. Los mellizos eran casi tan grandes como Klep, y todos ellos necesitaban mucha comida para alimentarse.

Sabía que después de Klep y los mellizos partiría otro miembro del grupo, y luego otro más, hasta que todos acabarían separándose. Pero no quedaba otra solución.

Al volverse, Zena comprobó que Dak la estaba observando. Se acercó a él y le agarró la mano con fuerza. La mera idea de abandonarlo le resultaba insoportable. Él era su compañero, el que siempre la ayudaba y consolaba. Ambos se abrazaron y al cabo de unos minutos Zena se apartó de Dak. El sol lucía en lo alto del cielo y tenían que ir en busca de comida.

Durante los días sucesivos, Zena y los otros procuraron permanecer unidos, temerosos de que pudiera ocurrirles algo malo. La ausencia de Klep y los mellizos les hacía sentirse extraños, como si los hubieran desprovisto de una parte de sí mismos. Klep, debido a su fuerza y arrojo, les proporcionaba seguridad. Pero además de temor, experimentaban una gran tristeza. Tipp no cesaba de llorar y Myta mostraba una expresión de profundo dolor. Zena observó también unas lágrimas en los ojos de Dak; a fin de cuentas Klep era su hermano, al que siempre había cuidado y protegido.

Zena empezó a tener pesadillas por las noches, al igual que años atrás, cuando perdió a su madre y se sintió sola. Veía al buitre que la había aterrorizado de niña precipitarse sobre ella, dispuesto a atacarla con su afilado pico; pero antes de alcanzarla se transformaba en un gigantesco y feroz tigre. Zena trataba de huir, pero la fiera echaba a correr tras ella, dispuesta a abalanzarse y despedazarla. Zena gritó de terror.

Al cabo de unos minutos se incorporó sobresaltada cuando oyó unos gritos. Todavía recordaba el sueño, pero no sabía si los gritos brotaban de su garganta o si los profería otro ser humano o animal.

Dak alzó la cabeza y la miró asustado. Luego cogió una piedra y se levantó apresuradamente. Zena también se incorporó. Entonces oyó otro grito, largo y profundo, que resonó en la quietud de la noche.

Después oyeron unos sonidos extraños y alarmantes. Zena jamás había oído nada parecido. Su bebé y la hija de Myta se despertaron y empezaron a berrear.

Tipp se acurrucó junto a ellos, temblando de miedo. Zena cogió también una piedra y se situó junto a los niños en actitud defensiva. No sabía qué clase de animal era capaz de hacer tanto ruido, pero cada vez sonaba más cerca.

Capítulo 8

I

Los sonidos se percibían ahora con gran claridad. Zena y Dak se miraron perplejos. Se trataba de unas voces, no de unos gritos de angustia o socorro; unas voces y unos sonidos que parecían risas. ¿Qué clase de criatura profería aquellas risotadas?

De pronto Dak saltó sobre el muro de ramas que habían construido en torno al refugio a modo de protección y echó a correr hacia el claro. Horrorizada, Zena corrió tras él para detenerlo. Pero Dak no le hizo caso, sino que se puso a gritar como un demente.

«¡Casa!», gritaba Dak una y otra vez. Del bosque, más allá del claro, brotó un grito de respuesta. Entonces echó a correr hacia el bosque y desapareció entre los árboles.

Zena permaneció inmóvil mientras un espasmo de alegría le atenazaba la garganta. Era imposible...

Tipp salió corriendo del refugio y se agarró al brazo de su madre. Su rostro se iluminó, pasando de la confusión al asombro y finalmente a la esperanza. Luego esbozó una sonrisa de felicidad como Zena jamás había visto.

«¡Dos!», exclamó excitada. Ésa era la palabra que empleaba siempre Tipp para referirse a los mellizos. Entre risas y lágrimas, echó a correr en pos de Dak.

De pronto salieron del bosque cuatro siluetas vagas que se confundían con los árboles, riendo, llorando, saltando y abrazándose entre sí.

Al verlas, Zena se echó a llorar. No lo había hecho cuando Klep y los mellizos abandonaron el campamento, pues quería mostrarse fuerte ante los demás. Sin embargo, ahora no intentó contener su

emoción y dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Habían regresado. Klep y los mellizos estaban allí, y el grupo volvía a estar unido.

Klep se acercó a Zena y le dio un abrazo cariñoso. Luego se dirigió hacia Lop, le agarró el brazo y lo sacudió con vehemencia. Los mellizos comenzaron a brincar en torno a Tipp, estirándole del pelo de forma afectuosa y manifestándole lo contentos que estaban de haber vuelto a casa. Al ver a su madre se pusieron serios. Myta los abrazó llorando de alegría. Ellos le acariciaron el rostro y las manos hasta que recobró la compostura, al tiempo que trataban de consolar a su hermanita, que no dejaba de llorar confundida y asustada.

Klep llamó a los mellizos y los tres hombres se dirigieron de nuevo hacia el bosque. Tipp los observó consternada. ¿Acaso iban a partir de nuevo?

Al cabo de unos momentos aparecieron de nuevo, transportando un objeto pesado. Zena los miró con asombro mientras los tres varones depositaban el bulto junto al claro. Se trataba de los restos de un jabalí que conservaba todavía casi toda la carne. Los jabalíes eran unos animales muy peligrosos, que destrozaban todo con sus colmillos. Jamás habían logrado capturar ninguno, al menos no tan grande como aquél.

Con pocas palabras y numerosos gestos dramáticos y elocuentes, Klep y los mellizos describieron su aventura. Habían descubierto al animal atrapado en un lodazal, casi muerto, pero no se atrevían a meterse en el lodo y sacarlo por temor a hundirse ellos mismos. Con ayuda de unas ramas consiguieron acercarlo un poco al borde del lodazal. Entonces colocaron un montón de ramas sobre el lodo, se subieron a ellas y acabaron de sacar al jabalí. Luego recordaron a sus compañeros y el hambre que éstos debían estar padeciendo. El jabalí les procuraría alimento durante varios días, de modo que decidieron regresar a casa con su trofeo. Durante el viaje de regreso, entre gritos y risas, habían empleado diversas

combinaciones de sonidos para ahuyentar a cualquier animal que pretendiera atacarlos o arrebatárles el botín.

En cuanto amaneció, desmembraron el jabalí con unas piedras afiladas y el grupo se dio un festín con la carne tierna y jugosa del animal. Tenía un sabor riquísimo, pero el olor a sangre era muy fuerte. Al poco rato aparecieron unos buitres, y Zena oyó los aullidos de unas hienas cerca del campamento. De día no se atreverían a acercarse, pero en cuanto oscureciera tratarían de atacarlos, a menos que apareciera primero un león o un tigre.

Hacia el atardecer cruzaron el firmamento unos relámpagos y cayeron unos rayos. Se habían empezado a formar de nuevo unas nubes, pero era demasiado pronto para confiar en que lloviera. A lo lejos vieron unos matorrales que ardían. Zena llamó a su hijo, Hoot, y a la hija de Myta, que nunca se separaba del niño, y los tres se dirigieron hacia los matorrales. A veces, el fuego obligaba a las aves a abandonar sus nidos. Los huevos les sentarían bien a los niños. Hoot era tan alto como Screech cuando éste murió, pero mucho más delgado, y siempre tenía hambre. En sus cinco años de vida, sólo había conocido la sequía y la escasez de alimentos.

Zena cogió una rama que yacía junto a los matorrales y atizó con ella unos arbustos que todavía no habían sido alcanzados por el fuego, pero no salió ninguna ave. Quedaban pocas, y aún menos nidos. Zena y los niños exploraron toda la zona, pero no hallaron huevos. Decepcionada, Zena regresó al claro.

De repente vio pasar sigilosamente una hiena. Zena llamó a los niños y agitó la rama para espantarla, y el animal dio media vuelta y huyó. Zena se detuvo, sorprendida. Era la primera vez que conseguía ahuyentar a una hiena con tanta facilidad.

Entonces se dio cuenta de que el extremo de la rama estaba ardiendo y que su resplandor era lo que había atemorizado al animal. Zena fue en busca de Dak y, tras dejar a los niños con Myta, lo condujo hasta los matorrales que se estaban quemando. Entonces indicó a Dak que la imitara, y ambos cogieron sendas ramas con la punta encendida y se dirigieron hacia una zona

herbosa donde las hienas solían ocultarse. Al aproximarse agitando las ramas percibieron unos gemidos de temor y unas pisadas que se alejaban apresuradamente.

Zena y Dak se miraron y, de forma instintiva, comprendieron que habían descubierto algo muy importante, algo que modificaría para siempre sus vidas. Llamaron a los otros, indicándoles que recogieran tantas ramas ardientes como les fuera posible. Al anochecer, las colocaron alrededor del jabalí y apilaron sobre éstas hierba y hojas secas para conseguir una gran fogata. Luego se ocultaron en su refugio y aguardaron a ver qué sucedía.

El primero en aparecer fue un joven león. El animal se paseó por el margen del claro, mientras observaba el fuego con cautela; en dos ocasiones avanzó unos pasos, como tratando de abalanzarse sobre los restos del jabalí, pero al final decidió retroceder y desapareció. Luego aparecieron las hienas, y se acercaron con gran sigilosidad al jabalí, pero también éstas huyeron espantadas por el fuego. Tampoco los buitres osaron acercarse.

Era asombroso el poder disuasorio de las ramas incandescentes. Salieron del refugio y se acercaron a la fogata. El intenso calor y las chispas que despedían las llamas los obligaron a retroceder de inmediato. Al cabo de un rato, cuando el fuego perdió fuerza, se acercaron de nuevo, hipnotizados por la extraña belleza de las llamas. Durante largo rato, permanecieron sentados ante las llamas escarlatas que danzaban airosamente, gozando de su calor y admirando su poder.

Poco a poco, el fuego se fue apagando hasta que sólo quedaron unas brasas. Zena y los demás, una vez liberados del poder hipnótico de las llamas, se levantaron y fueron en busca de más ramas y hierba secas. Habían entendido que éstas servían de alimento al fuego, manteniéndolo vivo. Durante la noche se turnaron para alimentar el fuego e impedir que se apagara. Cuando Zena se despertó a la mañana siguiente, notó que el aire estaba impregnado de un intenso olor a humo y lanzó un suspiro de satisfacción. El

fuego se había convertido ya en una parte importante de sus vidas, y no estaba dispuesta a prescindir de él.

El jabalí les proporcionó alimento durante varios días. Luego, a medida que su carne empezó a descomponerse bajo el calor del sol, el hedor se hizo insoportable, así que dejaron que los buitres devoraran los restos del animal. Cuando se quedaron sin comida, Zena comprendió que debían trasladarse a otro lugar. Klep y los mellizos habían visto antílopes y cebras pastando en las inmensas praderas que se hallaban al norte, y Zena los condujo en esa dirección. Llevaron consigo ramas que aún se mantenían encendidas para hacer unas fogatas por las noches.

Al alcanzar las praderas, el cielo estaba plagado de buitres. Sus cuerpos casi ocultaban el sol y sus chillidos roncós invadían el aire. Zena los contempló preocupada. Los buitres ya no la atemorizaban, pero jamás había visto tantos en un mismo lugar. El constante aleteo y el incesante clamor, aparte del fétido olor a muerte, le producían una extraña sensación de angustia.

Zena miró a su alrededor para establecer qué era lo que había atraído a los buitres. Al principio no vio los despojos, ocultos por los numerosos pajarracos. Luego distinguió la forma de unos hocicos, unos cuernos y unas patas. Zena se estremeció ante el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. El suelo estaba sembrado de cadáveres, cuyo hedor impregnaba el aire que los rodeaba, como si aquel cuarto año de sequía hubiera acabado con todos los animales más débiles al mismo tiempo.

A lo lejos, Zena vio unos leones que luchaban entre sí por los restos de una cebra. A la izquierda, un tigre arrastraba a un antílope hacia los árboles, seguido por unas hienas que no cesaban de gruñir y gemir. Unos perros salvajes, con las orejas tiesas y la barriga llena tras haber saciado su apetito, trotaban por entre los despojos. En lo alto revoloteaban unos buitres, observando la escena y lanzándose en picado sobre los hediondos cadáveres.

Zena trató de contener las náuseas. Necesitaban comida, y algunos restos de animales podían aprovecharse. Si agitaban las

ramas incandescentes, conseguirían ahuyentar a los depredadores y comer un poco de carne.

Myta y Lop se instalaron junto al lecho de un río seco, a la sombra de unos árboles, para cuidar de Tipp y los dos niños pequeños. Los otros siguieron a Zena a través de la hierba hasta que hallaron los restos de un animal muerto hacía poco. Los buitres se habían posado sobre la cabeza y las hienas devoraban los flancos traseros. Zena agitó la rama que sostenía, al tiempo que gritaba para ahuyentar a los depredadores. Los varones también se pusieron a gritar y agitar sus ramas. Las hienas se alejaron precipitadamente, pero los buitres se resistían a abandonar la presa. Al fin remontaron el vuelo, protestando de forma sonora.

El grupo se puso enseguida manos a la obra. Con ayuda de unas piedras afiladas, cortaron unos trozos grandes de carne y arrancaron una pata entera del animal. Luego echaron a correr. Las hienas habían regresado sin apenas hacer ruido y ahora gruñían con renovado valor; también los buitres habían aterrizado de nuevo junto a los restos del antílope, chillando y encarándose con quienes se habían atrevido a invadir su territorio.

Al día siguiente, y en los sucesivos, Zena y los suyos exploraron la zona en busca de cadáveres frescos de animales. Era una tarea peligrosa, pero no les importaba. Por primera vez en muchos años habían conseguido llenar sus barrigas y se sentían satisfechos. Cada mañana devoraban la jugosa carne de una cebra o un antílope, y por las noches dormían plácidamente, sabiendo que el fuego les protegía. Mantenía sus cuerpos calientes e iluminaba las impenetrables sombras. Los leones y las hienas merodeaban por los alrededores, pero se mantenían alejados.

El atardecer era el momento más agradable del día; arrojaban ramas y hojas secas sobre los rescoldos y esperaban a que las llamas brotaran, cautivándolos con su poder mágico. Era entonces cuando sentían que un íntimo vínculo los ligaba, como si el fuego fuera un potente lazo de unión. A veces intercambiaban palabras, en un intento de relatar las aventuras de la jornada: el hallazgo de una

nueva fuente de alimento, o la visión de un insólito animal. Unas veces intentaban describir los sentimientos que experimentaban; otras, guardaban silencio y se limitaban a contemplar el fuego, comprendiendo lo que los otros sentían sin necesidad de palabras. En aquellos momentos Zena sabía que debían permanecer juntos y que sería un error separarse.

Poco a poco, los cadáveres de animales quedaron reducidos a unos montones de huesos, y el hambre amenazó de nuevo. Zena envió a los otros, distribuidos en grupos de dos o tres, en busca de comida, a fin de cubrir la máxima extensión de territorio posible. Al final de la jornada, regresaban al claro para compartir con los demás lo que habían hallado y acostarse junto al fuego. Era peligroso salir en busca de comida en pequeños grupos, pero era el único medio de subsistir, a menos que se separaran y cada uno fuera por su lado. Pero ésa era una posibilidad en la que Zena no quería ni pensar.

Los leones y los tigres se habían convertido en un grave problema. Habían aumentado en número durante los primeros años de la sequía, cuando abundaban los animales que habían sucumbido a ella. Ahora, en cambio, la comida empezaba a escasear y el hambre convertía a esas fieras en un gran peligro. Cuando un miembro del grupo tardaba en regresar al refugio, Zena temía lo peor. Una vez Dak no apareció hasta el día siguiente, y ella permaneció en vela toda la noche.

Pero fue Lop, no Dak, quien cayó víctima de los depredadores. Una tarde fue con Myta en busca de agua. Ésta dejó en el suelo a su hijito recién nacido mientras se ponía a escarbar en la tierra con una rama y no vio al tigre que salía de entre los arbustos y se deslizaba con gran sigilo hacia el niño, pero Lop sí lo vio. Agitando la rama que sostenía y gritando, corrió a colocarse junto al bebé para protegerlo. Aunque de carácter retraído, Lop era muy agresivo cuando un animal amenazaba a alguien del grupo, sobre todo si se trataba de uno de los niños.

El tigre lanzó un rugido pero se detuvo. Lop se acercó a él y lo golpeó repetidas veces con la rama. Enfurecido, el animal alzó una gigantesca pata y mató a Lop de un zarpazo en la cabeza. Zena y los otros trataron de socorrerlo, pero era demasiado tarde. Cuando llegaron junto a Lop, lo único que se oía eran los lamentos que Myta profería mientras observaba cómo el tigre agarraba el cadáver de Lop con sus fauces y se lo llevaba a rastras.

La muerte de Lop dejó un gran vacío en sus vidas. Pese a su timidez y discreción, siempre estaba dispuesto a echar una mano, ir en busca de un niño que se había perdido, afilar unas ramas o compartir su comida con los demás. Su trágica desaparición les hizo sentirse vulnerables. El tigre los había atacado pese a que en el campamento ardía un fuego. Aquella noche permanecieron en vela, temerosos de que apareciera otro tigre.

Zena comprendió que debían partir, alejarse de las praderas donde cazaban los grandes depredadores antes de que éstos mataran a otro miembro del grupo. Pero no sabía adónde dirigirse. Ninguna zona había escapado al azote de la sequía, y al menos allí les resultaba fácil conseguir agua escarbando en el lecho del río.

Fue otro peligro lo que acabó convenciéndola de que debían marcharse. Un día se quedó en el claro con su hijita recién nacida, mientras los otros iban en busca de comida a los prados que rodeaban el campamento. Sólo Tipp permaneció a su lado para hacerle compañía.

De pronto Zena oyó el sonido que produjo una rama al partirse y se volvió alarmada, temiendo que se tratara de un depredador. Pero en lugar de un león o un tigre apareció un gigantesco macho, un extraño, de entre los arbustos y miró a Zena con expresión beligerante.

La niña, que dormía en brazos de su madre, se despertó y rompió a llorar. El extraño la miró y, con un rápido movimiento, agarró al bebé por una pierna. La niña soltó un grito de dolor. Zena se apartó apresuradamente y consiguió que el extraño soltara a la niña. Luego entregó el bebé a Tipp y pronunció la palabra «correr».

Tipp dudó unos instantes. No quería dejar a su madre sola con aquel extraño tan agresivo.

«¡Corre!», gritó Zena de nuevo, pero al ver que Tipp no se movía, profirió otro sonido.

«Otros», dijo ahora con vehemencia. Esta vez la niña dio media vuelta y echó a correr.

Zena se encaró con el extraño. Era un individuo muy alto, más que Klep, pero estaba esquelético. Su instinto le hizo desconfiar de él. Los ojos del extraño no expresaban bondad, sino hambre y desesperación.

El macho se volvió y echó a correr en pos de Tipp y el niño. Zena lo persiguió y consiguió agarrarlo de un brazo, pero era muy fuerte y no logró detenerlo. Siguió corriendo tras él durante un buen trecho, sin soltarlo, hasta que ambos tropezaron. El macho cayó sobre ella y la miró, sorprendido. Aprovechándose de su confusión y de la postura, Zena le ofreció sus genitales. Cuando el macho se inclinó para olfatearla, ella cogió una piedra y lo golpeó en la espalda con todas sus fuerzas. El macho soltó un grito y se apartó. Zena le asestó otro golpe en el hombro. El extraño hizo una mueca de dolor y levantó el puño, pero antes de que consiguiera golpearla se oyeron unos gritos y volvió la cabeza. En aquel momento aparecieron Dak y Klep, seguidos por los mellizos y por Tipp, corriendo a través de la reseca hierba y gritando. El extraño se levantó de un salto y desapareció entre los arbustos. Pero al día siguiente lo vieron merodear por los alrededores del refugio. Aparecía todos los días, en el momento más imprevisto. Zena comprendió que los estaba vigilando, a la espera de la ocasión de hacerse con el bebé.

A Zena el extraño le infundía más miedo que los leones y los tigres. Era un individuo semejante a ellos, pero estaba famélico y se le veía dispuesto a devorar incluso a una criatura de su especie. Zena procuraba mantenerlos a todos unidos, preparados para repeler el próximo ataque del extraño.

Un día que el extraño no se dejó ver por allí, Zena decidió que debían huir antes de que éste regresara. Tras reunir a los miembros del grupo, les indicó que debían partir. Todos asintieron y la siguieron en silencio a través del claro. Zena echó a andar hacia el río, guiada por la idea de que si excavaban a cierta profundidad hallarían agua. Tampoco parecía haber un mejor sitio al que dirigirse.

El número de depredadores fue disminuyendo a medida que se alejaban de las praderas, y no volvieron a ver al extraño. Aunque el temor del grupo comenzó a disiparse, el hambre y la sed eran tan acuciantes como cuando abandonaron el campamento. En una ocasión los mellizos hallaron un nido de termitas que todavía contenía insectos y Dak encontró unos tubérculos, pero estaban tan secos que apenas resultaban comestibles. Pasaron tres días sin probar bocado, deteniéndose de vez en cuando para beber un sorbo del agua que transportaban en una cáscara de huevo de avestruz. Zena sufría al ver cómo Tipp y los pequeños se frotaban sus abultados vientres para aliviar las punzadas de hambre que sentían. A fin de consolarlos, les dio las últimas gotas de agua que quedaban, sin saber cuándo conseguirían hallar más.

El reducido grupo siguió avanzando. Los días transcurrían con exasperante lentitud; por las noches, al acostarse, soñaban con comida y agua. Tan sólo la perspectiva del río les permitía continuar adelante, convencidos de que, como en otras ocasiones, éste les ofrecería agua, comida y refugio. Pero cuando alcanzaron su meta la confianza que los había animado durante tantos días se esfumó. Allí no había comida ni agua. Por más que excavaran la tierra, no brotaba ni una sola gota de agua.

Zena y los suyos se desplomaron en la tierra, agotados y vencidos por la desesperación. Todos miraron a Zena con aire interrogante, pero ella mantuvo la vista clavada en el suelo.

Al fin levantó la cabeza y vio en aquellos una infinita expresión de desaliento, producto del hambre, la sed y el temor. Furiosa, contempló el cielo cubierto de nubes que se negaban a descargar la ansiada lluvia. Era preciso que lloviera. A lo largo de las semanas se habían acumulado unos gruesos nubarrones, henchidos de humedad. Si no llovía pronto, todos morirían. Zena miró con rabia y tristeza a sus compañeros, a los seres que amaba.

Entonces golpeó con furia la tierra seca y luego alzó la vista hacia el cielo y blandió el puño. Dirigiéndose a las empecinadas nubes, gritó la palabra «lluvia» una y otra vez hasta quedarse ronca. Pero no obtuvo respuesta.

Poco a poco su ira se desvaneció para dar paso a una terrible sensación de impotencia. Se sentía como años atrás, cuando su madre había muerto arrastrada por el torrente y el tigre había merodeado alrededor de la cueva, tratando de atacarla. En aquellos momentos, sin la presencia y los consejos de su madre, Zena no sabía qué hacer. Ahora también ella se sentía desorientada, pero no iba a permitir que los otros lo percibieran.

Zena entregó el bebé a Tipp y fue a sentarse en un pequeño valle que se abría junto al claro. Era un lugar muy apacible. Se había detenido a reposar allí con frecuencia en otros tiempos, gozando de los sonidos y los aromas. Pero ahora los pájaros habían dejado de cantar y la reseca hierba no exhalaba ningún olor aromático.

Las dudas la consumían. ¿Debía abandonar el río, llevándose a los otros consigo, confiando en hallar un lugar donde hubiera comida y agua? ¿Acaso era mejor decirles que era preferible separarse? Pero la sola idea la hacía estremecerse de angustia. Zena no se sentía capaz de emitir los sonidos y hacer los gestos para indicar que debían separarse.

Poco a poco recuperó la confianza y la determinación. El grupo debía permanecer unido, y ella impediría que tuvieran que separarse. Tiempo atrás, su madre la había ayudado a sobrevivir a una terrible sequía; ahora era ella quien debía hallar el medio de ayudar a los otros.

Por su mente desfilaron las imágenes de su madre, de su abuela, a la que apenas recordaba, y de Rune. Sus rostros aparecieron una y otra vez en su imaginación como si quisieran consolarla con su presencia. Curiosamente, no estaban separadas sino que formaban un solo ser, una Madre grande, sabia y fuerte, una Madre que contenía a todas las hembras que se habían esforzado en ayudar a quienes dependían de ellas, tal como Zena estaba en esos momentos. Ellas comprendían el dilema en el que se hallaba y la guiarían y aconsejarían, como habían hecho su madre y Rune.

Zena permaneció inmóvil durante largo rato, sintiendo la presencia de esas madres que formaban una sola. Aunque no se quedó dormida, tuvo unos sueños. Cerró los ojos y vio unas piedras, un círculo de piedras. Arrugó el ceño, extrañada, pero dejó que el sueño siguiera su curso. Vio cómo cogía una piedra y la depositaba en el suelo; era una piedra redonda, erosionada por las tormentas y el paso de los años. Zena colocó otra piedra junto a ella, y luego otra más, hasta formar un inmenso círculo en el que cabían muchos seres. Después se vio a sí misma dentro del círculo...

El sueño se desvaneció. Zena miró a su alrededor y advirtió que junto al bosque había unas piedras como las que había visto en sueños. Eran grandes y redondas, pero no pesaban mucho. Zena cogió una y la depositó en el suelo, en medio del valle, oprimiéndola contra la tierra. Tenía un tacto fresco y suave. Luego, tal como había hecho en el sueño, cogió otra y luego otra más, y las dispuso en amplio círculo.

Al cabo de unos momentos apareció Dak, preocupado por la ausencia de Zena, y contempló con incredulidad la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Sin embargo, la expresión de su

compañera le aconsejó guardar silencio. Era como si Zena estuviera ausente, como si mirara a través de los ojos de otro ser. Dak observó con atención cómo ella cogía una piedra tras otra y las depositaba con cuidado en el suelo, formando un círculo. Al poco rato, Dak olvidó su desconcierto y empezó a ayudarla. Luego llegaron los otros. Al igual que Dak, primero contemplaron asombrados a Zena, pero después se dejaron contagiar por el ambiente de fervor y entusiasmo que reinaba en el valle y empezaron a recopilar piedras; sólo cogían las que eran lisas y redondas, como si ellos formaran también parte del sueño que había tenido Zena. Un rato más tarde, consiguieron completar el círculo.

La expresión de trance que mostraba el rostro de Zena se agudizó. Lentamente, como si un ser invisible la condujera de la mano, se dirigió hacia el centro del círculo de piedras y alzó los brazos al cielo. Luego pronunció la palabra «Madre», la misma que empleaban los niños del grupo para designar a la persona que les cuidaba y protegía, aquella que todos pronunciaban cuando estaban asustados, heridos o necesitaban ayuda. También utilizaban esa palabra para describir los sentimientos de paz y bienestar, así como la seguridad de disponer de comida, calor y un refugio que les inspiraba la presencia de la madre. Era una palabra poderosa, que encerraba al mismo tiempo alegría y temor.

Zena repitió la palabra una y otra vez con voz clara y enérgica. Luego bajó el tono y la pronunció casi en un susurro. Los demás se unieron a ella en el círculo, inclinando el rostro hacia las nubes y luego hacia el suelo sin dejar de repetir en voz alta la palabra «Madre» y de patear el suelo. En aquel momento estalló un trueno, seguido de un relámpago y patearon con más fuerza. La tormenta impregnó el aire y eso los excitó aún más.

Dak se apartó del círculo y cogió una rama, la agitó en el aire y luego golpeó el suelo con ella. Klep y los mellizos lo imitaron. A continuación se pusieron a saltar al tiempo que gritaban la palabra «lluvia», golpeaban el suelo con las ramas para, acto seguido, elevarlas hacia el firmamento.

Las hembras permanecieron dentro del círculo, en sus lugares, moviendo los pies ora lenta ora rápidamente, de forma acompasada. De sus gargantas brotaron dos palabras, la primera «lluvia» y la segunda «Madre», al ritmo de sus movimientos. Los machos, situados fuera del círculo, seguían pateando el suelo con furia mientras repetían las palabras que pronunciaban las hembras. El sonido de sus pies y las poderosas palabras resonaba en el valle, en el bosque, en la misma tierra.

Una y otra vez alzaban la cabeza hacia el cielo, hacia las densas nubes saturadas de humedad, y luego la inclinaban hacia la tierra reseca.

El ritmo de sus voces y movimientos se aceleró hasta alcanzar el paroxismo, repitiendo las palabras cada vez más rápido hasta quedarse roncós. Sabían que no tardaría en llover; lo presentían.

Al fin, cuando empezaron a caer las primeras gotas, permanecieron inmóviles, con la cabeza agachada en señal de gratitud mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, unas lágrimas tan irreprimibles como la lluvia que les empapaba el cuerpo. Alzaron de nuevo la cabeza y dejaron que el agua resbalara sobre su sedienta piel y sus labios agrietados y les refrescara la garganta, purificando sus cuerpos mientras alzaban los brazos en un gesto de auténtico éxtasis.

Sentían una inmensa felicidad, en gran parte debida a la lluvia, pero también a algo más profundo. Era como si hubiera otra presencia junto a ellos, una presencia más grande y poderosa que cualquier animal, la cual llenaba sus corazones con su magnificencia, así como la lluvia llenaba el cauce del río.

De pronto Zena cayó al suelo y los otros despertaron del trance en el que estaban sumidos. Dak corrió hacia ella, temiendo que le hubiera ocurrido algo malo. Zena permaneció tendida en el suelo durante unos instantes, inmóvil. Luego se incorporó y, sacudiendo la cabeza para despejarse, miró sonriendo a su alrededor y extendió las manos con las palmas hacia arriba. Los otros lanzaron un suspiro de alivio al ver que su compañera había recobrado el

conocimiento, se sentaron junto a ella, sin decir palabra, y gozaron de la lluvia que caía sobre ellos, aspirando los maravillosos aromas que flotaban en el aire. Al anochecer, se pusieron en pie poco a poco y se dirigieron hacia el refugio.

A la mañana siguiente, las aguas fluían de nuevo por el cauce del río. Entre el lodo aparecieron todo tipo de insectos y pececitos, que habían permanecido inactivos hasta el inicio de las lluvias. Los renacuajos brincaban en los charcos y en el claro surgían como por arte de magia unos pequeños brotes verdes. Después de aplacar su hambre y sed, Zena se dirigió al valle y se sentó en medio del círculo de piedras. Invasada por una profunda sensación de paz, así como de gratitud por la llegada de la lluvia hacia esas madres que configuraban una sola y la habían ayudado. Siempre les estaría agradecida.

El valle relucía bajo el sol, cuyos rayos se reflejaban sobre las gotas de agua que se adherían a la hierba, las piedras y las ramas de los árboles. Zena observó cómo las gotas se evaporaban lentamente y desaparecían. A la mañana siguiente todo aparecería de nuevo cubierto de agua, estaba segura de ello. Tenía la certeza de que pronto volvería a llover, y al día siguiente, y al otro, hasta que finalizara la época de las lluvias. Zena sabía que a partir de entonces llovería todos los años, y estaba tan convencida de ello como de que tenía dos brazos y dos piernas. Cada año regresaría al círculo de piedras para pronunciar las palabras mágicas y realizar los gestos que había aprendido en el sueño. Jamás olvidaría esa magia, la magia que le habían transmitido las madres que confirmaban una sola.



Zena mantuvo la promesa que se había hecho a sí misma. Cada vez que regresaba al río, lo primero que hacía era dirigirse al círculo de piedras para dar las gracias a las madres que conformaban una sola por haberla ayudado a lo largo del año. Cuando se aproximaba la estación de las lluvias y el cielo empezaba a cubrirse de nubes, reunía a todos en torno suyo para repetir el ritual que les traía el agua. Cada año del resto de su vida las lluvias aparecían con puntualidad. Cada vez que Zena extendía los brazos al cielo y pronunciaba las palabras sagradas, las nubes se abrían y liberaban la anhelada carga. Ella no sabía con certeza si aquel ritual que ejecutaban todos los años era lo que provocaba la lluvia, pero por si acaso jamás dejaban de practicarlo.

Durante aquellos años el grupo se amplió. Un día desapareció Klep y todos temieron que hubiera sufrido un percance, pero no tardó en regresar acompañado por una joven hembra. Poco después de morir Myta se incorporó al grupo otra joven, así como otro macho, tan dulce y amable como Lop. En cierta ocasión trató de atacarlos un macho alto y esquelético como el extraño que había aparecido años atrás por los alrededores del campamento, pero enseguida se libraron de él. Zena no permitía que semejantes individuos se unieran al grupo. Asimismo, se produjeron numerosos nacimientos. Tipp copuló con los mellizos y tuvo unos varones gemelos, y poco después parieron las dos nuevas hembras. La hija de Myta y Hoot, el hijo de Zena, también estaban preparados para copular.

Zena observaba satisfecha cómo se iba ampliando el grupo. Había olvidado la soledad de su infancia, pues los suyos le proporcionaban constantes alegrías. Siempre estaba dispuesta a escuchar sus problemas, a resolver sus disputas y ayudarlos a tomar decisiones.

Los años transcurrieron con rapidez. Zena se había convertido en una anciana achacosa que pasaba buena parte del tiempo sentada en una peña junto al lago, o en el círculo de piedras, recordando otras épocas. A veces acudía a su mente la imagen de

Screech, observándola sorprendido o con aire divertido mientras jugaban. A menudo pensaba en Dak, el cual había muerto durante el último viaje hacia el río. Zena lo echaba mucho de menos. Él había tenido la virtud de adivinar siempre sus pensamientos, sus penas y alegrías. También se acordaba de Rune, con sus ojos sabios y penetrantes, su brusco tono de voz y su talante solícito y maternal, así como de todas las madres que habían acudido a su llamada cuando Zena las necesitaba.

Un día, mientras se hallaba sentada en medio del círculo de piedras, absorta en sus pensamientos, se desplomó en el suelo. Cuando Tipp fue a buscarla al anochecer, comprobó que ya no respiraba. Tipp sonrió con ternura, pero no lloró. Tenía el corazón rebosante de alegría y no quería llorar. Permaneció sentada junto a su madre un rato y luego fue en busca de los otros. Hoot fue el primero en llegar, llevando a su hijo de la mano. Luego apareció la hija menor de Zena con una criatura recién nacida en sus brazos, seguida de los otros. Todos se acercaron para tocar a Zena y contemplar su rostro, a fin de conservar la imagen grabada en sus mentes y sus corazones.

Su muerte les entristecía, pues durante casi veinte años había sido una madre para ellos y le profesaban un gran amor. Pero por otra parte su muerte les alegraba, pues Zena pertenecía a ese lugar tan especial, al círculo de piedras que ella misma había creado. A partir de ahora, cada vez que visitaran ese lugar ella estaría allí esperándolos, dispuesta a ofrecerles su ayuda y sus consejos. Después de cubrir su cuerpo con ramas y hojas regresaron lentamente al refugio. Habían vuelto las lluvias, y era el momento de partir hacia el lago.

Tipp ocupó el lugar que su madre había dejado vacante. Al igual que Zena, era valiente, honrada y digna de respeto. Reunió a los otros y los condujo por senderos trillados desde el río hasta las marismas, y de allí al lago. Cuando llegó de nuevo la estación seca, regresaron al río. Cada vez que volvían allí lo primero que hacían era visitar el círculo de piedras en recuerdo de Zena y ella siempre

estaba allí. A veces su voz les llegaba por medio del viento; otras, la oían hablar a través de las estrellas, la luna o los animales que habitaban en el bosque.

Al cabo de un tiempo no sólo escuchaban a Zena, sino que su voz se convirtió en la voz de las madres que configuraban una sola, y su presencia se unió a la presencia que sentían cuando llevaban a cabo el ritual de la lluvia y que llamaban Madre. Ésta figura representaba el conjunto de todas las madres que habían parido y cuidaban no sólo de sus hijos, sino de quienes las rodeaban; era una fuerza poderosa capaz de provocar tormentas y lluvia, una fuerza que creaba vida nueva y se llevaba a los viejos y a los enfermos. La Madre habitaba en la tierra, en el cielo, en los ríos y lagos, en cada animal que caminaba, se arrastraba o volaba. Su morada era el círculo de piedras, donde la compasión de Zena hacia los seres que amaba había propiciado su nacimiento.